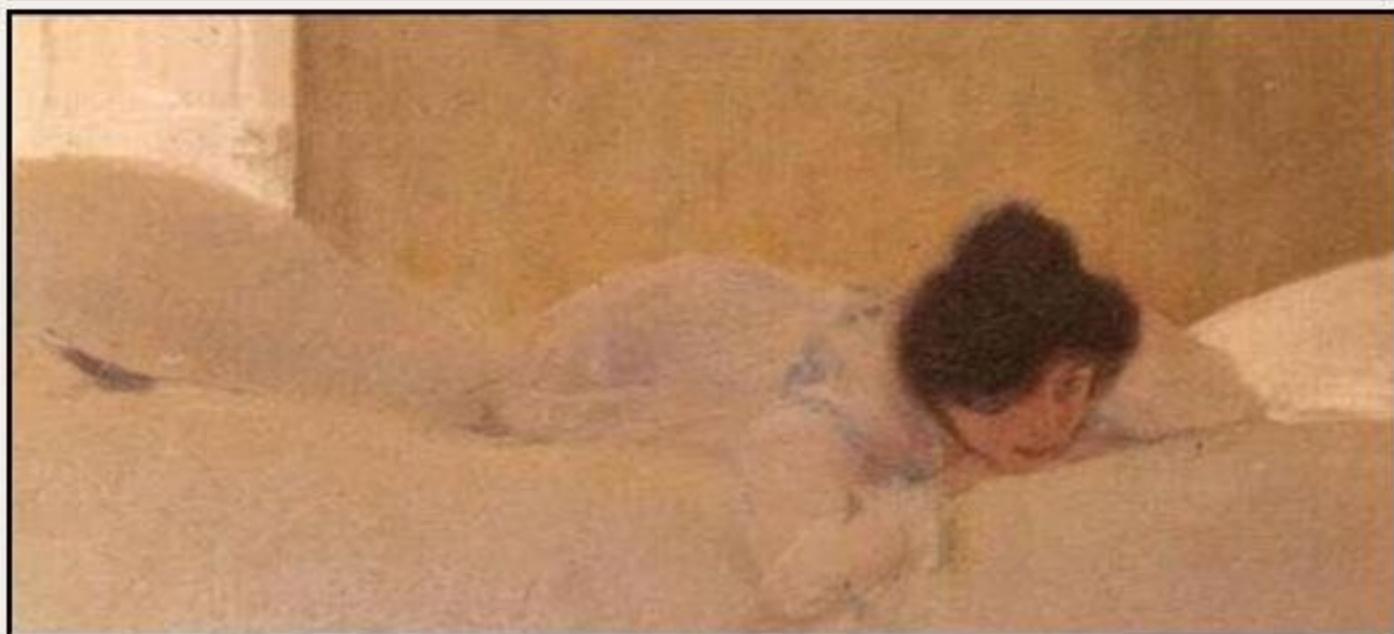


Juan José Saer
La ocasión



Premio Nadal 1987

N

Esta novela habla sobre Bianco, un mentalista italiano que se viene a instalar a la pampa, luego de sufrir una estruendosa humillación pública por parte del bando positivista de París. Estamos hablando de comienzos del siglo pasado. En estas tierras, se relaciona con un médico criollo de «buena familia» (Garay López) y se casa con una hija de inmigrantes italianos (Gina). El ambiente de la llanura es opresivo y hostil, sin embargo es lo que necesita Bianco para recargar energía y poder preparar una defensa escrita que mostrar en Europa. Bianco se ha vuelto progresivamente rico, y cuando parece que están dadas las condiciones para cumplir con sus planes, un hecho casual lo pone en alerta con respecto a la relación entre la joven Gina y el médico.

Los elementos que nos permiten hablar de un gran texto, a la altura de lo que Saer nos tiene acostumbrados, son varios. Por un lado, la historia del tape Waldo (con la que se enlaza acertadamente esta historia central) no tiene desperdicio. Lo mismo pasa con personajes secundarios de enorme riqueza (como el hermano de Garay López) o digresiones como la de Belén. Por otra parte, la manera en que las historias se incrustan en el momento histórico en que está situada la novela: toda referencia de época es de una claridad asombrosa para dar cuenta de cómo se fue desarrollando la Historia de la pampa argentina. Se trata de un texto riquísimo en imágenes autóctonas, pero no por eso empalagoso. Es que Saer tiene la notable capacidad de hacer novela histórica sin que nos demos cuenta de que lo es. Por último, y como elemento aglutinador, la envolvente y yo diría elegante prosa saeriana, que si bien en este caso no llega al límite de las posibilidades narrativas y de redacción, nos ofrece una muestra más de destreza autoral.

Lectulandia

Juan José Saer

La ocasión

ePub r1.0

Artifex 03.06.14

Título original: *La ocasión*
Juan José Saer, 1988
Diseño de cubierta: Destino

Editor digital: Artifex
Primer editor: Ramlord (escaneado)
Segundo editor: Oleole
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Para Laure y Philippe Bataillon

LLAMÉMOSLO NOMÁS BIANCO. Que en ciertos períodos de su vida él se haya hecho llamar Burton, le explicaría un día a Garay López, no se debía más que al color de sus cabellos, considerando que llamarse Bianco puede minar la credibilidad de un pelirrojo. A. Bianco tal vez, como lo estampa a menudo su firma lenta y cuidada, de rúbrica trabajosa y compleja, más atenta a la individuación bien definida que a la estética, A. Bianco, eco de lo que en otras épocas ha sido A. también, pero por Andrew, A. Burton y que, después de la escaramuza con los positivistas en París, decidió cambiar. ¿Andrea Bianco quizás? A.

Bianco, en todo caso, seguro, aunque la inicial, en vez de aclarar un poco el misterio, contradictoria, lo oscurece, de modo que ya que él lo prefiere, y aun cuando ese nombre entre en conflicto con su procedencia brumosa y con el color de sus cabellos, que todavía a los cuarenta y seis años se encrespa en matas abundantes y rojizas, lo vamos a llamar, nomás, para simplificar, Bianco.

El caso es que ahora, dubitativo, está parado en medio de la llanura, y a causa del aire gris, uniforme, no demasiado frío, de la tarde de fin de invierno, el pelo rojizo, las cejas y las pestañas rojizas, tirando a ladrillo, parecen más rojas todavía, y a unos doscientos metros a sus espaldas el rancho, única elevación rudimentaria en la tierra chata y monótona cubierta de pasto gris, constituye un fondo precario, un poco inconsecuente, más decorado que vivienda, cuya modestia contrasta con la vestimenta cara, a todas luces europeas, de su propietario —no únicamente del rancho, sino de toda la tierra chata que se extiende desde sus pies hasta el horizonte y que se extendería a su vez hasta el horizonte desde sus pies si estuviese parado en cualquiera de los puntos del círculo que, por ilusión óptica, junta a lo lejos el cielo gris con la llanura. Es la parte trasera del rancho, una pared rectangular de adobe, de un grisáceo pardo, rematada por el plano inclinado de una de las dos aguas del techo de paja. A la distancia, no parece tener más espesor que un telón pintado, ya que Bianco, al hacerlo levantar por uno de los peones de los Garay López, un criollo viejo especialista en la cosa, le ha pedido con insistencia la construcción más sencilla, la más austera, capaz de contener apenas un catre, un banco, una mesita, un farol, una fiambarrera, lo estrictamente necesario para subsistir algunos días de tanto en tanto lejos de la ciudad, en soledad total, dedicándose entero al pensamiento con el fin de refutar, de una vez por todas, a la camarilla positivista que, de algún modo, seis años atrás, lo ha forzado a abandonar Europa. Aunque ahora que ha salido un poco al campo, distraído, por ver si el cielo gris traerá lluvia y decidir si volverá a la ciudad esta misma tarde o mañana por la mañana, asaltado, como le ocurre a menudo, por un pensamiento práctico en medio de sus meditaciones filosóficas, se ha puesto a pensar en ladrillos, de modo que durante unos instantes sus pensamientos, las imágenes que se despliegan rápidas pero claras detrás de su frente, tienen el mismo color rojizo que el pelo abundante, encrespado en ondas un poco rígidas, que las recubre en la parte

exterior de la cabeza.

Cuando, seis años atrás, la ha visto por primera vez en los alrededores de Buenos Aires, a la semana de haber desembarcado, le ha parecido, casi de inmediato, que por su monotonía silenciosa y desierta, la llanura era un lugar propicio a los pensamientos, no los rojizos y rugosos, del color de sus cabellos, como los que tiene ahora, sino sobre todo los pulidos, los incoloros que encastrándose unos en otros en construcciones inalterables y translúcidas, le servirían para liberar a la especie humana de la servidumbre de la materia.

La extensión chata, sin accidentes, que lo rodea, gris como el cielo de finales de agosto, representa mejor que ningún otro lugar el vacío uniforme, el espacio despojado de la fosforescencia abigarrada que mandan los sentidos, la tierra de nadie transparente en el interior de la cabeza en la que silogismos estrictos y callados, claros, se concatenan. Pero él no desdeña tampoco los otros, cualquiera sea su color, ladrillo por ejemplo, como ahora, o los pensamientos que tiñe la carne mate de Gina, que se vuelven curvos, redondos, como las formas de su cuerpo, negros y lisos como sus cabellos, bruscos y un poco pueriles como su risa, blandos y húmedos como su abandono. Su desdén por las cosas materiales viene tal vez de la facilidad con que las comprende, las resuelve y las domina. Así, al llegar a la llanura con sus títulos de propiedad, ha decidido, de un solo vistazo, observando a los ricos del lugar, que él se dedicará al ganado y al comercio —hacer todo como hacen los ricos, si se quiere ser rico, ha sido, desde que ha podido frecuentar a los ricos y estudiarlos de cerca, su regla de oro, gracias a su facilidad, a su astucia práctica, que en él es un don como en otros la aptitud para la música, esa astucia que ahora tiñe sus pensamientos del mismo color ladrillo que sus cabellos, porque como sabe que los inmigrantes están llegando de a decenas, de a cientos de miles a la llanura en la que por leguas y leguas no se ve un árbol ni una piedra, esos inmigrantes, cuando hayan hecho un poco de dinero cultivando trigo y quieran vivir en casas más sólidas que los ranchos de barro y estiércol que se construyen cuando llegan, necesitarán ladrillos para construir esas casas, y es él, Bianco, quien los hará fabricar para vendérselos.

Rechazando esos pensamientos con displicencia, casi con desdén, en litigio atenuado consigo mismo porque sabe que a veces sus proyectos pragmáticos tienen algo de revancha pueril, y sobre todo ineficaz contra aquello que lo rechaza, Bianco avanza un poco, haciendo chasquear el pasto gris con sus botas europeas, y concentra su atención en la llanura. El eco de sus propios pasos se demora todavía en su recuerdo, tan nítido como en el instante en que chasquearon realmente sobre el pasto, apariciones sonoras incontrovertibles y bien definidas, con contornos perfectos en el interior del silencio sin límites, igual que objetos en el espacio e, incluso más que objetos afines, en la llanura, a los sentidos y a la memoria. Durante unos segundos, Bianco se extravía en la transparencia gris de lo exterior, bien presente y claro aunque

inconcebible, del que cada uno de los detalles, un pájaro negro que cruza, lento, el cielo en la altura, contra la capa uniforme de nubes grises, la extensión gris del pasto, el aire frío que colora un poco sus mejillas, la contundencia de su propio cuerpo, es como un desgarramiento o un peligro, masa o arista del magma material que lo aprisiona, la lava petrificada en la que los positivistas quieren enterrar a la especie, cuando él, Bianco, ya ha demostrado muchas veces que el pensamiento dirige la materia, la moldea a su gusto, la atraviesa y la desplaza; que, filtrándose por los huesos del cráneo igual que el agua por paredes porosas, el pensamiento reencuentra por sí mismo y más allá de los huesos y de los órganos al pensamiento, que basta con concentrarse, con trabajar y afinar los dones para vencer la inercia repugnante de la materia y demostrar, transgrediendo sus supuestas leyes ineluctables, su carácter de formación secundaria, de efecto menor de un plan que la desprecia o la ignora, de residuo excremental del espíritu. Europa entera ha debido rendirse ante la evidencia que, él, Bianco, durante casi diez años le ha presentado —piensa Bianco ahora, con indignación un poco humillada, sacudiendo la cabeza presa de una convicción impotente que lo exaspera y lo hace exclamar, en voz alta y en italiano:

—La ciencia ha verificado varias veces mis dones.

Sobresaltándose al oír su propia voz, mira a su alrededor, un poco avergonzado, temiendo que alguien haya podido sorprenderlo hablando solo en el desierto, aunque sabe que en varias leguas a la redonda no debe haber ningún ser humano, aparte del capataz y de los cuatro peones que se encargan del ganado, a los que por otra parte les ha dado órdenes de evitar en lo posible el rancho que le sirve de retiro, lo cual lo obliga a reconocer ante sí mismo, acrecentando de ese modo su humillación, que el sobresalto le viene de comprobar que a pesar de los seis años transcurridos, la herida sangra todavía hasta el punto de hacerle perder la calma y obligarlo a gesticular y a debatir en voz alta, en la siesta fría de agosto, con la llanura. Él puede leer los pensamientos ajenos, desplazar objetos a distancia por concentración mental, modificar la forma y hasta la substancia íntima de los metales por el simple contacto de sus dedos: el propio Maxwell, en Londres, que un poco más tarde unificaría el campo electromagnético, ha asistido a una de sus experiencias, verificando personalmente las condiciones de su realización, y ha debido inclinarse ante la irrefutabilidad de los hechos. De modo que no vale la pena ofuscarse. Es verdad que, después de la emboscada positivista en París, destinada a perturbar la experiencia, sus dones se han debilitado, y que durante algunos años, alterado por la campaña de los periodistas franceses contra su persona, se ha abstenido de practicarlos, pero desde hace varios meses, y gracias a la colaboración de Gina, en la que está casi seguro de percibir indicios del don necesario, ha empezado otra vez a trabajar su concentración y sus facultades de comunicación telepática.

Sin llegar a convencerse del todo, Bianco se deja apaciguar por sus pensamientos

y se aleja un poco más del rancho. La visión fugaz, ligeramente dolorosa, de la materia adversa que lo aprisiona, se vuelve de nuevo la llanura vacía y despejada, la tierra chata de la que, desde hace seis años, es único propietario y en la que el ganado que ha soltado en ella al tomar posesión, se multiplica sin descanso, pasivo, disponible y dócil. Con la misma facilidad con que sus virtudes utilitarias han sabido detectar las posibilidades de hacer dinero —observando con atención en cada lugar a los ricos de ese lugar y haciendo exactamente lo mismo que ellos, con la ventaja suplementaria de hacer de un modo consciente lo que en ellos es mero instinto de conservación— su pragmatismo constitutivo le ha permitido adaptarse al salvajismo casi obligatorio de la pampa y actuar en él con naturalidad tan perfecta que los gauchos que lo sirven, y a los que les paga el sueldo con exactitud y cierta generosidad, se basan menos en esa corrección un poco ostentosa que en el revólver bien visible en su cintura, para forjarle una reputación en la región que induce a los desocupados, aun a los más peligrosos, a mantenerse alejados del rancho estricto de sus meditaciones cuando saben que ha venido a retirarse en él por algunos días. «Chapeau, cher ami», suele decir, con admiración un poco burlona, el doctor Garay López, «usted ha conseguido en un par de años, por simple decisión unilateral, lo que a mi familia, que descende del fundador de la ciudad y tiene ya cuatro gobernadores en su haber, le ha insumido tres siglos de expoliación y látigo». De ese modo peculiar que tiene de conversar con él, mezclando frases en español, francés, inglés, italiano, y haciendo gestos elegantes e irónicos, un poco histriónicos tal vez, Garay López se lo recuerda a menudo, expresando en forma admirativa un sentimiento más bien reprobatorio que él tolera porque está convencido de que, si esa reprobación fuese auténtica, Garay López no se hubiese asociado con él para importar alambre de Alemania y vendérselo a los ganaderos de la provincia.

Parándose de golpe, Bianco alza la cabeza. A diferencia del que ha visto hace unos momentos, los pájaros que ahora cruzan el cielo, cinco o seis, lo hacen aleteando rápido, un poco en desbandada, como si algo los hubiese espantado, así que de un modo instintivo, baja de nuevo la cabeza y se pone a escrutar el horizonte, en la dirección de la que provienen los pájaros, y le parece ver, en el punto mismo en que la tierra se junta con el cielo, una mancha diminuta, achatada y moviente, como trazos irregulares y nerviosos hechos con un lápiz para borrar groseramente una línea horizontal. Intrigado, Bianco se inmoviliza, observando el borroneo móvil que perturba, sobresaliendo un poco contra ella, la lisura vacía del horizonte. Regordete pero sólido, menos arropado de grasa que morrudo o espeso, imberbe y preocupado, reconcentrado en sí mismo más bien, y con un dejo amargo en los labios aun en los días de su gloria europea, con su saco de cuero sobre la camisa de lana escocesa, los pantalones de terciopelo bordó que se hunden en las cañas altas de las botas, el pelo y las pestañas rojizas y las venas azuladas que viborean bajo las arrugas en la frente y

alrededor de los ojos, da la impresión de ser, durante unos segundos, no un ser humano, sino la estatua que lo representa, una reproducción en madera, tamaño natural, recubierta de colores un poco chillones, un anacronismo recién pintado erigido en medio de la llanura.

Es en Londres, unos quince años antes, hacia 1855, que ha comenzado su notoriedad. En esa época se hacía llamar Burton, A. Burton, y decía haber nacido en Malta, explicando de ese modo su inglés italianizado, rudo y transparente. Pero más tarde, en el continente, adoptará definitivamente el nombre de Bianco, para neutralizar la desconfianza legendaria del resto de los europeos hacia los ingleses y facilitar de ese modo su penetración en los medios intelectuales y científicos. La isla de Malta, con su prestigio esotérico y su tradición mixta, occidental y oriental, le permitía reforzar su aura y, disminuyendo la precisión de sus orígenes, aumentar, de un modo paradójico, su credibilidad. Únicamente más tarde, después de la conspiración positivista, cuando, decidido a dejar Europa, trabajará para el gobierno argentino a cambio de títulos de propiedad, incitando a los campesinos italianos a venir a instalarse en la llanura, adoptará la nacionalidad italiana, y hará del toscano su lengua materna, un poco atípica tal vez, a causa de los años pasados en Prusia, en Inglaterra y en Francia, y a su manía, casi a su superstición, de obstinarse en hablar todos los idiomas, no sin cierta facilidad, con un acento extranjero difícil de identificar y que a veces da la impresión de una malformación en la lengua que le impide pronunciar correctamente. A causa de esas indeterminaciones de varios órdenes, natales, raciales, lingüísticas, Garay López, para mostrar que no se le escapan, pero que como corresponde a un verdadero caballero ha decidido pasarlas por alto, lo interpela en varias lenguas a la vez «Cher ami... dear friend... caro amico!», apoyando fuerte la pronunciación en la última palabra y mirándolo fijo a los ojos con una sonrisa llena de sobreentendidos, lo cual irrita a Bianco, e incluso lo enfurece, sobre todo porque está obligado a simular que no percibe la alusión.

En Londres, hacia 1855, ha emergido de esa penumbra, en un teatro de segundo orden, ejerciendo sus poderes, la transmisión telepática, el desplazamiento de objetos a distancia, la distorsión de la materia por mero contacto, y afirmando que ese don, que él ha llevado a la perfección cultivándolo durante años, está en todos y que basta creer en él y disolver el residuo excremental del espíritu que es la materia, como le gusta llamarla, para ejercerlo plenamente, de modo que los teatros en los que actuaba fueron llenándose de gente que traía sus propias cucharas, sus propias barras de metal y sus viejos relojes de bolsillo a los que les habían saltado los resortes, y, concentrándose bajo su dirección, los apretaban con fuerza, cerrando los ojos, convencidos de la naturaleza secundaria de las sustancias aglutinadas, hasta que las barras de metal y las cucharas se quebraban o se retorcían como si hubiesen sido de caramelo blando o de arcilla y los relojes se ponían otra vez a funcionar. A medida

que los teatros iban volviéndose más céntricos y más espaciosos, las garantías científicas a las que apelaba públicamente para controlar sus demostraciones iban siendo cada vez más estrictas, y su táctica principal, visitar a los escépticos que lo denostaban en los diarios y proponerles sin restricciones la supervisión de los controles, logró convencer a sus detractores, obligándolos a abandonar las últimas reticencias. El propio Maxwell terminó por declarar a un periodista: «Mister Burton y yo trabajamos sin duda sobre un campo experimental similar, que sería difícil definir en el marco de una entrevista; sólo diferimos en nuestra metodología, en nuestros presupuestos teóricos y en nuestros objetivos.»

Otro de sus dones era la telepatía. A los psiquiatras que le presentaban objeciones, los invitaba al teatro, los hacía dibujar algo a escondidas en una hoja de papel, en un rincón del escenario, y él reproducía el dibujo ante el público, con tizas de colores, en un gran pizarrón, con mayor o menor exactitud pero casi siempre con una forma muy semejante a la del original, que después se desplegab para ser comparado con la reproducción hecha a tiza; y él, con seriedad y sin ningún orgullo desmedido, afirmaba que, a diferencia de las formaciones caprichosas y asimétricas de la materia, el espíritu se manifestaba en unas pocas figuras universales que reproducen, contienen y explican la esencia de las cosas y que bastaba solamente saber percibir las y descifrarlas. «Paciencia y autenticidad son suficientes», decía. «Nosotros —en el escenario usaba el plural mayestático— no queremos ni polemizar ni convencer a los materiales. No ignoramos la materia, no la negamos. Únicamente queremos demostrar su naturaleza secundaria.»

Dos años más tarde, se le abrían las puertas de la Universidad. No solamente las salas de conferencias, sino también los laboratorios de física y los anfiteatros de medicina y de psiquiatría. Un día, en uno de ellos, al final de una de sus demostraciones, un joven de aspecto enfermizo, prematuramente calvo y bastante tímido se le presentó, diciendo que era el hijo de un alto dignatario de Prusia y que deseaba invitarlo, en nombre de las autoridades de su país, a una serie de conferencias, pero que previamente le encantaría recibirlo a almorzar en Londres. Contrariamente a lo que dejaba suponer su aspecto raquítico, el joven prusiano comía con apetito, y tenía una conversación enérgica y abierta, y no sólo aceptó, sino que recomendó que, para dejar Inglaterra y comenzar a mostrar sus dones en el continente, Burton cambiara de nombre y comenzase a llamarse Bianco —lo que fue haciéndose, no de golpe, sino gradualmente, de modo que el primer año en Prusia llevaba los dos nombres a la vez, por momentos uno, por momentos el otro, y en ciertos casos los dos juntos, hasta que por fin adoptó de un modo exclusivo Bianco como primer nombre y Burton como apellido materno ya que, a decir verdad, había en el fondo de sí mismo una indecisión en lo relativo a su nombre, una resistencia a dejarse representar por uno solo, como si temiese que, a causa de una apelación

demasiado tajante, muchas partes de su ser se secaran y desaparecieran. Por seis o siete años todavía, seguiría proclamando Malta como su isla natal, Malta, en la que habían convivido o se habían cruzado templarios, gnósticos y sarracenos y que, arcaica y un poco indefinida acrecentaba, con destellos oscuros, paradójica, su aura.

Durante varios años, Prusia lo acogió y lo mimó —frecuentaba la nobleza, los medios científicos, las actrices, el Estado Mayor. De vez en cuando, las embajadas le preparaban giras de conferencias en el extranjero, presentaciones en las Universidades, encuentros con científicos e incluso con autoridades religiosas, que veían en sus teorías de la supremacía del espíritu sobre la materia una confirmación inesperada y moderna de algunos viejos dogmas de los que las masas empezaban a distanciarse. París lo sedujo y, de vuelta en Prusia, comenzó, un poco cansado de la vida provinciana, a preparar su retirada con el fin de hacer de París su residencia permanente y lanzar desde allí su mensaje al mundo entero. Pero temía que sus protectores prusianos no lo dejaran partir. Para su sorpresa, acogieron la idea con entusiasmo, y un día recibió la invitación de presentarse al Estado Mayor para una entrevista privada con uno de los oficiales principales. El oficial lo recibió amablemente, le ofreció un cigarro, y le explicó la razón de la entrevista: el servicio de contraespionaje prusiano deseaba que Herr Bianco se encargase de penetrar, con sus evidentes dones telepáticos, las intenciones del Estado Mayor francés, eso naturalmente, de manera poco sistemática, aprovechando sus eventuales amistades en París, y su frecuentación de las esferas en las que la embajada de Prusia se encargaría de introducirlo.

«Malta, mi coronel, es mi isla natal», respondió Bianco, «Inglaterra el escenario de mis primeras demostraciones científicas, pero Prusia es mi patria de adopción, y la patria impone deberes que el honor y el reconocimiento no saben eludir».

Así que se instaló en París. Escépticos menos por convicción íntima que por intereses profesionales, los medios académicos lo consideraron con reticencia, pero de salón en salón, de fiesta en fiesta, de adulterio en adulterio, fue conquistando las relaciones necesarias, y al año siguiente ya era un personaje público que un puñado de adeptos consideraba como la prueba viviente de la irrealidad sórdida de la materia mientras que un enjambre de snobs se disputaba su presencia en lanchas multitudinarias y en chocolates. Los diarios polemizaban sobre su caso; un miembro del Instituto lo atacaba, pero la Academia de Ciencias, más prudente, lo defendió, arguyendo que los ataques a priori no condecían con el método experimental y que el siglo autorizaba su aplicación imparcial a cualquier objeto, y que por tales razones la Academia de Ciencias, hasta tanto no se hubiesen hecho las verificaciones necesarias, no se expedía ni en favor ni en contra.

En sus demostraciones públicas, más espaciadas, él continuaba retorciendo cucharitas y barras de metal, poniendo en funcionamiento otra vez relojes

desahuciados, reproduciendo casi a la perfección, por transmisión telepática, dibujos ocultos, dándoles forma poco a poco en un pizarrón, después de un momento de concentración dolorosa, con tizas de colores. Su simple proximidad llenaba de indecisión a la brújula, encabritaba la electricidad, volvía caprichosos a los imanes, dotaba a los tornillos de un movimiento de insectos. Vayan a sus casas, concéntrense, olviden el prestigio de la materia, decía, y su resistencia obstinada va a evaporarse cuando la sometan al fuego incesante del espíritu de cuya fuerza yo soy la prueba viviente. Y los relojes empezaban a funcionar otra vez, las barras de metal se retorcían, la brújula vacilaba.

De tanto en tanto, redactaba un informe para la embajada de Prusia, sin mucha convicción, esperando el momento de liberarse de su misión, por considerarla indigna de sus dones y peligrosa para su reputación; pero cuando dejaba vislumbrar la posibilidad a los funcionarios de la embajada, los funcionarios le daban a entender que esa posibilidad era remota, y que desde el momento en que había redactado el primer informe, su destino personal y el del Estado Mayor seguirían unidos hasta el fin de los tiempos. Bianco asentía con una sonrisa resignada, que acentuaba todavía más la expresión amarga de sus labios, de la que no se sabía si debía atribuirse a la forma original de su boca, o a una mueca adquirida en los primeros treinta años brumosos de su vida.

Un día, la Academia de Ciencias le mandó una carta, invitándolo a realizar una demostración en sus laboratorios. Era el momento, decía la carta, de probar sus dones telepáticos y telecinéticos ante un grupo reducido de científicos, sin la presencia del gran público, y en condiciones de experimentación que la Academia misma establecería. La Academia partía del principio de la buena fe de ambas partes, y pensaba que una experimentación meticulosa no podía sino ser útil a la ciencia. Bianco no dejó de percibir el laconismo perentorio y ligeramente severo de la carta, pero el desafío lo excitaba, aun cuando vislumbraba una trampa, y aceptó, sabiendo que si salía vencedor, lo que él llamaba en los salones y en los teatros su simple verdad adquiriría un carácter inquebrantable y definitivo. Una tarde de invierno, solo, se dirigió a la Academia y se sometió a la experiencia. Ocho personas la controlaban; entre ellas, un señor maduro, vestido de negro, que lo miraba todo el tiempo con simpatía. Al anochecer, lo liberaron sin expedirse sobre los resultados. En la calle, el señor maduro lo alcanzó, lo escrutó un momento con curiosidad admirativa, y lo invitó a cenar. A su juicio, los miembros de la Academia parecían convencidos de la autoridad de sus dones, y sin duda las conclusiones tardarían en hacerse públicas, en forma de comunicación por parte de alguno de los científicos presentes que asumiría el papel de relator. Él, en cambio, estaba totalmente convencido, pero sólo era abogado y periodista. Él pensaba que, para obligar a la Academia a expedirse rápidamente, Bianco debía hacer una gran demostración pública en algún teatro. Si

Bianco estaba de acuerdo, él se encargaría de organizarla. Bianco meditó en silencio durante unos minutos, entibiando su copa de cognac en la palma encogida de la mano, y por fin aceptó.

El periodista hizo bien las cosas: llenó el teatro más grande de París de adeptos y detractores, periodistas, científicos, artistas, funcionarios y militares. Además de las experiencias habituales, organizó un debate en los intervalos para que Bianco pudiese explicar el origen de sus trabajos y para que sus partidarios y sus enemigos intercambiaran libremente sus argumentos, pero al subir al escenario, Bianco intuyó que la velada sería tormentosa, y, por los gritos y los disturbios constantes de la platea, que el número de los escépticos era infinitamente superior al de los convencidos. A pesar de todo, empezó a hablar, él no era de ningún modo un hombre de ciencia, sino un humilde objeto que se ponía a su disposición: él mismo había dudado, en su juventud, de sus poderes, inmerso como estaba, a causa de la educación recibida, en el magma excremental de la materia, que era en el siglo un objeto de culto; el escepticismo que ostentaban muchos de los que estaban en esa sala, él lo había padecido durante años de duda y extravío, resistiéndose a creer en sus propios poderes que por otra parte, estaba seguro, existían, atrofiados por la falta de uso, en cada una de las personas presentes en el teatro. Durante su discurso, debió soportar algunos gritos, risotadas, y una o dos interrupciones, pero sus partidarios, y algunos de sus detractores, también alzaron la voz para imponer silencio, con solemnidad y energía, Por último, algunos científicos exigieron la realización de las experiencias. Bianco adujo que la sala estaba demasiado perturbada como para obtener la concentración necesaria, pero sabiendo que si reculaba lo que él llamaba su simple verdad corría el riesgo de estallar en pedazos, empezó su demostración, ante el silencio precario y la atención malévola de la sala, retorciendo, por simple imposición de manos, las consabidas barras de hierro, las cucharas, desplazando, sobre una mesa transparente, pequeños objetos de metal, haciendo funcionar otra vez relojes rotos y enmohecidos desde hacía años, obligando a las brújulas a vacilar y reproduciendo, por absorción mental, sobre un pizarrón, con tizas de colores, el dibujo que alguien hacía en la otra punta del escenario, fuera de su vista, en un papelito que después plegaba cuidadosamente en cuatro. Cuando terminó su demostración, los gritos y los silbidos apagaban los aplausos, hasta que uno de los científicos logró obtener silencio otra vez, después de muchos esfuerzos, y dirigió un breve discurso a la sala: «Vamos a realizar un examen comparativo entre la demostración de Monsieur Bianco, y uno de los miembros eminentes del Instituto (risas), que ha tenido la gentileza de prestarse a nuestra experiencia.» Y señalando con el brazo hacia las bambalinas, al mismo tiempo que una orquesta oculta en el foso comenzaba a tocar bruscamente una música de circo, incitó a entrar a alguien que esperaba fuera del escenario.

Un payaso, la cara oculta por un antifaz y una narizota colorada, hizo su

aparición, simulando hacer grandes esfuerzos para correr pero avanzando muy despacio, hasta que estuvo en medio del escenario y, sin pronunciar palabra, actuando al ritmo de la música que se hizo más lenta, empezó a realizar, con gran rapidez y facilidad, todas las experiencias de Bianco, torciendo las barras de hierro, poniendo en funcionamiento relojes rotos, haciendo oscilar rápidamente en ambos sentidos la brújula, recibiendo objetos de un grupo de científicos que estaba a su derecha, y pasándoselos modificados a otros científicos que estaban a su izquierda, hasta que empezó a hacerse una ronda, bajo la mirada aterrada de Bianco, los científicos de la derecha que recibían del público cucharas, pedazos de hierro, relojes y brújulas, los científicos de la derecha que se los pasaban al payaso, el payaso que ponía en marcha los relojes y retorció las barras de hierro y se los pasaba a los científicos de la izquierda que los examinaban y los volvían a pasar al público.

«¡Yo soy prestidigitador! ¡Yo soy prestidigitador!», empezó a gritar el payaso. «¡Yo soy prestidigitador, pero también soy positivista!» La sala entró en un estado de furor, y empezaron a llover sobre el escenario, en dirección de Bianco, cucharas, relojes, barras de hierro, brújulas rotas. Bianco se abalanzó sobre el payaso, pero unos cuantos de los que estaban en el escenario lo retuvieron, mientras el payaso, que ahora comenzaba a hacer aparecer de la nada palomas, ramos de flores, un conejo, cintas de seda, papelitos de colores que flotaban en el escenario, gritaba sin parar: «¡Soy positivista! ¡Soy positivista! ¡Soy positivista!», con furia desmesurada, casi en una especie transe, hasta que, dándose vuelta, se aproximó a Bianco y murmuró: «Yo he pasado por algo semejante, estimado colega. Hace veinte años, tuve la misma tentación, y también terminó mal.» Y como se sacó el antifaz y la narizota colorada, Bianco pudo reconocer al periodista, a su propio socio, de cuya ausencia, algo en el fondo de sí mismo se había estado inquietando un rato antes, mientras realizaba su demostración, ya que sus ojos lo buscaban infructuosamente en el escenario y en la sala.

Al día siguiente la noticia salió en todos los diarios. Como uno de ellos insinuaba que aparte de farsante y de mitómano, Bianco era probablemente un espía al servicio de uno de los enemigos tradicionales de la república, no sólo se le cerraron las puertas de todos los salones, sino también las de la embajada que, ante la insistencia de las insinuaciones, se vio obligada a publicar un comunicado donde se precisaba que el sujeto en cuestión había abandonado precipitadamente Prusia unos años antes, después de haber sido convicto repetidas veces de abuso de confianza y de mistificación. Después de retirarse un tiempo en Normandía, en una casa cuyos fondos daban al Sena, Bianco, que dos por tres se topaba, aun en la provincia, con alguno que lo reconocía (su retrato aparecía a menudo en diarios y revistas, antes y después del escándalo), pensó que era tal vez necesario para él reintegrar por un tiempo la zona brumosa, imprecisa, de la que había emergido alrededor de los treinta

años y, juntando todos sus bienes, que a pesar de los reveses no eran pocos, ya que su sentido práctico y su cautela en materia de finanzas no estaban para nada contaminados por su desmesura y su gusto del riesgo en el otro plano, tomó un barco en Le Havre y se instaló en Sicilia.

Tenía un buen pasar, pero el rencor lo corroía. Al principio, aun en Sicilia le parecía percibir, en algunas miradas que cruzaba en la calle, la alusión burlona a las humillaciones pasadas. En su italiano endurecido por ese acento extraño con que hablaba todos los idiomas, un día increpó a un hombre que lo miraba de un modo más prolongado que lo conveniente, comprobando que el hombre ni siquiera lo había visto, ya que su mirada distraída se había estado perdiendo en un punto cualquiera del espacio, mientras escuchaba una cajita de música que tenía en la mano. Otra vez, se levantó furioso de un restaurant, porque le parecía que un grupo de personas que hablaban en voz alta y se reían en la mesa de al lado, estaban burlándose de él. Durante varios meses, padeció esos raptos alucinatorios. Una noche, en un burdel de Palermo, abofeteó a una prostituta porque era francesa y porque le había preguntado riendo si conocía París. Pero después se fue calmando, adormeciendo más bien, entrando en una especie de semisueño un poco sarcástico, acompañado de cierta glotonería y un alcoholismo reactivo, ligeramente ostentatorio, que en los restaurantes de los hoteles más lujosos de Sicilia los servidores consideraban con cierta condescendencia. Era como si, comiendo y bebiendo, estuviese tratando de enterrarse en su propio cuerpo, igual que en un sótano del que, al final, no tendría más que bajar sobre su cabeza el panel de entrada como si fuese una lápida. Pero eso no duró mucho tampoco, su cuerpo no lo soportaba. Al cabo de un mes de cama, a causa de una especie de reumatismo, un dolor general, terrible pero difícil de fijar en algún punto preciso del cuerpo, empezó a calmarse y a decirse que, después de todo, si salía otra vez a la calle con su bastón, sus mejores ropas, su sombrero, si se iba a pasear por la orilla del mar, y se encontraba cara a cara con alguno de los que había estado esa noche en París, no había que ofuscarse, ya que si los adictos de lo secundario, de las aglomeraciones residuales que constituyen la materia, habían ganado una escaramuza, él podía tomarse la revancha escribiendo contra ellos, que una velada en un teatro no puede no ser aniquilada por el tiempo sin dejar rastros, pero que un escrito, una suma de pensamientos concatenados y puestos uno debajo del otro sobre una hoja blanca y después multiplicados por la imprenta, era algo indestructible. Que él debía perderse otra vez, durante años, en la penumbra, y resurgir con esas páginas luminosas.

Un encuentro casual favoreció sus planes. Un día, en un hotel de Agrigento, conoció a un diplomático argentino, un cónsul o algo por el estilo que andaba recorriendo Italia para convencer a los campesinos pobres de venir a instalarse en la llanura en tierras que el gobierno les suministraría. A decir verdad, al cónsul le

interesaba más la Magna Grecia que la agricultura, y después de un par de días de recorrer ruinas y de comer juntos en el restaurante del hotel, el cónsul le dijo que, si le interesaba convertirse en promotor del gobierno, él podía ofrecerle títulos de propiedad de unas veinte leguas cuadradas de buenas tierras para siembra y pastoreo en el noroeste de la llanura que el gobierno quería poblar. Él sólo tenía que convencer y embarcar hacia la Argentina el mayor número posible de campesinos italianos dispuestos a instalarse en la llanura. Seis meses más tarde, con sus títulos de propiedad en la valija, en un barco cargado hasta la temeridad de inmigrantes, apoyado en la borda del puente superior, el pelo color ladrillo encrespado un poco por el viento, observaba, con interés pero sin emoción, el puerto casi inexistente de Buenos Aires.

La tierra sin relieves a ras del agua, sin una sola roca, penetrando en el gran río marrón que prolongaba el mar, la costa desierta, el caserío insignificante, y, en los puentes inferiores, los inmigrantes arracimados entre bultos harapientos contemplando como hechizados el borde de lo desconocido, tratando de adivinar lo que podía haber detrás, con la esperanza de encontrar todo lo que él, Bianco, yéndolos a buscar a los campos de Piamonte, de Sicilia o de Calabria, les había prometido, hasta convencerlos de embarcarse, en una promiscuidad indecible, en tercera clase e incluso en las bodegas, mientras él viajaba en el puente superior, en un camarote especialmente preparado, contiguo al del capitán, con el que había jugado a la escoba durante toda la travesía y al que, para entretenerlo, en las noches de borrachera, le hacía algunos pases mágicos con las cartas, valiéndose únicamente de la mano izquierda, porque a causa de un abceso enorme en el anular, que iba empeorando a medida que avanzaba la travesía, tenía la derecha inutilizada. El abceso, que venía de una uña encarnada, formando una bola de pus en la punta del dedo, que había reventado varias veces y que se había vuelto a formar, cada vez más grande, le parecía, secretamente, el punto en el que su cuerpo concentraba los últimos vestigios de las humillaciones pasadas, la expulsión final de esos sedimentos de materia corrupta y engañosa que, igual que un veneno, había estado corriendo por su sangre en los últimos tiempos, de modo que, apoyado en la borda, desvió la mirada del desierto estimulante que lo esperaba, y del que veinte leguas cuadradas eran ya de su propiedad, y la fijó en el anular hinchado y rojo, deformado por un gran reborde de pus alrededor de la uña, con un esbozo de esa sonrisa amarga de la que no podía saberse si ya venía inscripta en la forma original de sus labios o si era una marca, análoga a una cicatriz, que le quedaba de los años oscuros.

Inmovilizado en medio de la llanura, Bianco escruta el horizonte. El borronero leve, móvil, que alteraba la línea en la que cielo y tierra gris se juntan, se ha transformado en una mancha nerviosa, alargada, que empieza a cobrar relieve sobre la línea horizontal, y poco a poco, a medida que se despega de ella y va

aproximándose, se desagrega y se transforma en una infinidad de puntos, y después de manchas oscuras que se sacuden y que van agrandándose, progresivas, y levantando un rumor remoto que todavía no llega a los oídos de Bianco pero que los pájaros, los topos, las liebres, las perdices y las comadrijas de la llanura ya han percibido, empezando a agitarse, escapándose en todas direcciones. Una liebre pasa a toda velocidad, esquivando a los saltos, despavorida, las matas de pasto reseco y ralo. Dos perdices salen de entre los pastos, y volando bajo, pesadas, recorren un trecho por el aire y vuelven a hundirse en la maleza y a levantar vuelo otra vez un poco más lejos. En el aire, bandadas de pájaros se dispersan a toda velocidad. Un topo golpea varias veces la pared de su cueva, bajo la tierra, y después se inmoviliza. Ahora, el rumor creciente que viene del horizonte empieza a llegar a los oídos de Bianco y poco a poco, del mismo modo que la mancha original ha ido desagregándose en una proliferación de manchitas oscuras y todavía sin forma, el rumor apagado va desplegándose en un ruido creciente y múltiple, que conserva sin embargo cierta uniformidad, y del que Bianco deduce que es producido por el galope de muchos caballos. Bianco palpa su revólver en la cintura y, arrancándose brusco de su inmovilidad, sale corriendo en dirección al rancho. Al doblar por la pared lateral y llegar a la parte delantera, casi tropieza con los dos caballos maneados que lo han traído de la ciudad y que lo llevarán de vuelta, y que tascan, indiferentes, y sin apetito ni convicción, briznas de pasto seco. Bianco entra al rancho, recoge una carabina de sobre la mesa, y sale otra vez al campo.

La tropilla avanza a todo galope por la llanura, dispersa y creciente como por cambios discontinuos de tamaño, y el ruido de los cascos resuena y repercute, desenvolviéndose bajo las patas de los caballos, y se disemina por el aire en el que los pájaros escapan en todas direcciones. Desentendiéndose de la llovizna fina que empieza a caer y que se aplasta, silenciosa, en su cara y en sus cabellos, Bianco, comprendiendo que ningún jinete los monta, baja la carabina y contempla con una expresión en la que la alarma va abriendo paso a la sorpresa y después a la maravilla, la enorme tropa de caballos oscuros que se acerca a toda velocidad alborotando el desierto un poco adormecido por el final del invierno. Deben ser más de dos mil, más de dos mil, piensa, moviéndose un poco excitado y golpeando el suelo, muchas veces, para calmar su excitación, con la culata de la carabina.

Los caballos, todos oscuros, el pelo de un tinte casi idéntico, con el mismo ritmo, la misma velocidad, en la misma dirección, masa sombría y palpitante, de una multitud unificada por todos sus miembros y al mismo tiempo dispersa en cada uno de ellos, aglomeración de carne caliente, de músculos y nervios y de sentidos, va propagando el estruendo por el campo vacío y saturándolo tanto con él, que hasta los pensamientos maravillados de Bianco son cubiertos por la proliferación sonora y se vuelven inaudibles o incomprensibles para él en su propia mente. Vigorosos,

disciplinados y salvajes, parecen la pasta arcaica del ser desplazándose como un viento cósmico, dividida en un número indefinido de individuos idénticos, como una infinitud de estrellas separadas por la negrura pero constituidas todas por la misma substancia, o como una hilera de álamos brotados de la misma semilla y que, observados desde cierto punto del espacio, se superponen y se funden hasta dar la ilusión de ser uno solo. O semejantes a las gotas discontinuas y finas que van cayendo del cielo y que, formando la llovizna, empiezan a hacer relumbrar las cosas diseminadas en el vacío gris con destellos atenuados y húmedos.

Bianco comprende que la tropilla, sin dueño, recorre la llanura buscando campos verdes para invernar, y empieza a correr hacia ella con la intención descabellada de detenerla, apropiársela, domesticarla, hasta tal punto la carrera estrepitosa, inesperada, de los caballos, le ha hecho perder su sangre fría, la fachada de calma y decisión inalterable que ya es casi una leyenda para los otros —Garay López, Gina, los peones, sus relaciones comerciales, el mundo entero— aunque en su interior, detrás de la máscara a la que el pelo y las pestañas color ladrillo le dan un aire al mismo tiempo extraño y pueril, detrás de los labios amargos, la trepidación sea a veces tan intensa como la que producen los cascos en la llanura. Indiferente a sus corridas, a sus gesticulaciones, sin cambiar ni de dirección ni de velocidad, sin detenerse, sin siquiera advertir su presencia, como si él y los caballos evolucionaran en un espacio, en un tiempo diferentes, la tropilla llega a su altura y empieza a alejarse, siempre en línea recta, hacia el punto opuesto del horizonte, y Bianco alcanza a ver la ondulación de los lomos oscuros que restallan a causa del sudor o de la llovizna, mientras el estruendo de sus cascos va disminuyendo, y los caballos mismos perdiendo nitidez en el agua silenciosa que va haciéndose cada vez más densa, hasta que el ruido deja por fin de oírse y únicamente queda la mancha oscura, móvil y anónima, y cuando por fin se pierde más allá del horizonte, desapareciendo del todo, revela la naturaleza insidiosa de su aparición fugaz y problemática, de materia rugosa o de visión, y tan inasible ya para la experiencia, que su pasaje definitivo a los manejos caprichosos e inverificables de la memoria, no hará sino disminuir sus pretensiones de realidad.

Aturdido todavía por la aparición, sacudiendo un poco la cabeza, Bianco percibe por primera vez la llovizna y, corriendo sin apuro, dando de vez en cuando un saltito para evitar una mata un poco más alta que el resto, entra en el rancho sin siquiera dirigirles una mirada a los dos caballos que se sobresaltan un poco al verlo aparecer. Con un trapo que cuelga de un travesaño se seca la cara, el cabello, y ordenando rápidamente el rancho, guardando dos o tres libros y unos papeles en un bolso de cuero, se cubre con una capa impermeable que le llega casi hasta los tobillos, se cala el sombrero con lentitud y cuidado, y sale a ensillar los caballos.

«Si todo va bien, estaré con Gina al anochecer», piensa, golpeando con los tacos

los flancos del caballo que monta para hacerle apurar el trote. El caballo, dócil, se apresura un poco, envidiando tal vez al de recambio que, libre por ahora de todo peso, trota junto a él con mayor facilidad, casi con alegría. El hombre y los caballos, encastrados en la llovizna, bien nítidos a causa de los destellos húmedos y grises, tienen sin embargo algo de fantasmáticos en el campo liso y vacío y tan idéntico a sí mismo en todas sus partes, que a pesar del trote rápido, ellos parecen estar realizando una parodia de cabalgata en el centro exacto del mismo espacio circular. Únicamente la luz va cambiando, de manera imperceptible y uniforme, penetrando las partículas blanquecinas de la llovizna, transformándolas en una especie de neblina de un gris lívido que al cabo de una hora se vuelve de un modo brusco verdosa, de un verde sombrío, como el de el fondo de un acuario, para pasar más tarde a un azul cada vez menos translúcido y que se adensa alrededor de Bianco y de los caballos y en las matas de pasto, hasta dar la impresión de que los cascos chapalean, en su pantomima monótona de cabalgata, en un charco de tinta.

Antes de que la negrura se trague todo, Bianco, casi sin detener el trote, cambia de cabalgadura, introduciendo una brevísima anomalía en el sistema rítmico que se mantiene desde hace horas, y que después de ese hiato casi imperceptible, prosigue del mismo modo hasta que Bianco y los caballos se van haciendo primero un poco inciertos, después ligeramente más sombríos y de contornos indefinidos, y por último invisibles en la oscuridad.

Pero con la noche llegan también, escasas en las afueras, dejando pasar al exterior por las ventanas las luces de los faroles, las primeras casas de la ciudad. Empapado, jadeante, Bianco apura, infructuoso, a su caballo; intimidado por los primeros obstáculos, los árboles, las casas, algunas siluetas sombrías que se apresuran bajo la llovizna, el animal trota con reticencia, y a pesar de su ansiedad, de su fatiga, Bianco lo deja hacer, de modo que llegan casi al paso hasta la casa. Desensillando, Bianco observa los postigos cerrados, pero unas rayas de luz se proyectan hacia el exterior a través de las junturas. Después de atar rápidamente las riendas a un poste, casi sin hacer ruido, con su saco de cuero en la mano, atraviesa el zaguán, y, bruscamente, abre la puerta de la sala.

Sentada en un sillón, el cuello apoyado en el respaldo, la cabeza echada un poco hacia atrás, las piernas estiradas y los talones apoyados en otro sillón, los zapatos de raso verde caídos en desorden en el suelo, Gina, con los ojos entrecerrados y una expresión de placer intenso y, le parece a Bianco, un poco equívoco, le está dando una profunda chupada a un grueso cigarro que sostiene entre el índice y el medio de la mano derecha. En otro sillón, con una copa de cognac en la mano, inclinado un poco hacia ella, Garay López le está hablando con una sonrisa malévola, y Bianco no puede precisar si la expresión de placer de Gina viene del cigarro o de las palabras de Garay López que, a pesar de sus ojos entrecerrados, parece escuchar con atención

soñadora.

Durante una fracción de segundo, Bianco se queda inmóvil, con la mano derecha en el picaporte, la izquierda aferrando el bolso de cuero, recibiendo en la cara empapada el primer relente de aire de la habitación templada por el fuego de la chimenea, y sintiendo que los músculos de la cara se estiran un poco para no traicionar el tumulto que se arremolina en su interior y hace presión contra el reverso de su mente, duda, odio, desesperación, desprecio de sí mismo, furia, desaliento y violencia, pero después, cuando ve a Gina saltar del sillón atragantándose con el humo y ponerse a toser, y a Garay López levantarse y dirigirse hacia él con un asombro un poco confuso, Bianco se sobrepone y con tranquilidad lenta, casi maciza, cierra la puerta y empieza a atravesar la habitación.

—Qué sorpresa tan agradable, cher ami —dice Garay López, cambiando la copa de cognac de mano, extendiéndole la derecha que Bianco aprieta y sacude un poco con la suya, sin demorar el apretón.

—La mía, debo confesarlo, es menos definida —dice Bianco, y acercándose a Gina, que tose todavía atragantada por el humo, le saca con suavidad el cigarro de entre los dedos y lo tira a la chimenea.

A causa de la tos, a Gina le han saltado las lágrimas.

—No te esperaba hasta mañana —dice, secándose los ojos con el dorso de los dedos.

—La lluvia me decidió —dice Bianco.

—No hay nadie, ni cocinera, ni sirvienta, nadie —dice Gina, en tono de protesta y al mismo tiempo de disculpa—. Voy a ver qué puedo hacer de comer. ¿Usted se queda, Antonio?

Garay López vacila y, antes de responder, mira a Bianco, sin poder disimular su expresión interrogativa, esperando encontrar en él una respuesta a la pregunta un poco brusca de Gina. Pero Bianco simula no percibirlo. También él desearía escrutar las caras de Gina y de Garay López para saber qué imágenes, qué recuerdos, qué pensamientos chisporrotean detrás de la frente, en el fondo de los ojos que no traicionan nada de aquello que él quisiera saber, y cuya sospecha lo hace estremecerse y al mismo tiempo volverse liso, un poco rígido, en su esfuerzo por parecer natural y no traicionarse tampoco él. Pero eso le exige un esfuerzo desmesurado, sobre todo cuando observa a Gina, cuyo vestido rosa, bien ceñido en las caderas, está desabotonado hasta la mitad del pecho, dejando ver la camiseta de lana que suele ponerse en invierno bajo el vestido para protegerse del frío sin sacrificar su elegancia, y también cuando recuerda que al abrir la puerta y sorprenderla chupando el cigarro, sentada en el sillón con las piernas estiradas, Gina tenía el ruedo del vestido recogido hasta casi las rodillas. También la sonrisa malévola de Garay López, hablándole en voz baja y generando en ella una expresión

de placer intenso, se ha incrustado, brutal, en la memoria de Bianco, y errabundea en ella desde que ha entrado en la habitación. Por otra parte, Bianco adivina que la visita dura ya desde hace mucho tiempo, porque sobre una mesita, cerca de los sillones, hay dos tazas con fondos de chocolate ya casi secos, restos de pasteles en una fuente, y varios cigarros aplastados en el cenicero.

Bianco simula no haber escuchado tampoco la pregunta de Gina y se queda esperando, sin tomar ninguna decisión, sin moverse, sin hablar, con la cara y el pelo empapados por la llovizna que ya están empezando a secarse al calor de la chimenea, de tal modo que la piel de la cara le tira un poco y de tanto en tanto siente un movimiento leve en los cabellos que la llovizna ha mojado a través y por los bordes del sombrero, cada vez que una mata de pelo, aplastada por la humedad, empieza a encrespase nuevamente. Casi sin darse cuenta, desearía que Gina o Garay López tomen alguna iniciativa, pero a pesar de su pregunta Gina sigue sin moverse, un poco cortada y recuperándose poco a poco de la aparición inesperada de Bianco, carraspeando de tanto en tanto a causa de su atragantamiento, mientras que Garay López, después de haber buscado unos segundos, de manera infructuosa, la aquiescencia de Bianco, vacía de un trago la copa de cognac, deja la copa sobre la mesita y empieza a acariciarse, con aire indeciso, la barba negra y bien recortada.

«Está pasando demasiado tiempo. Decir algo», piensa Bianco, y, como si no hubiese escuchado la invitación de Gina, propone a Garay López, con bonhomía contenida y una naturalidad laboriosa que se abre paso a través de su voz un poco enronquecida:

—No lo dejo irse sin otro cognac.

—De acuerdo. Pero es el último —dice Garay López comprendiendo que, de ese modo, piensa Bianco, la invitación a cenar queda anulada, y la copa de cognac representa una solución de compromiso.

—¿Me disculpa unos momentos si voy a secarme un poco y a cambiarme? Vengo galopando bajo la lluvia desde las tres —dice Bianco.

—Y nosotros aquí tan bien instalados. Me asaltan los remordimientos —dice Garay López.

—Voy a la cocina —dice Gina. Y a Garay López, sin siquiera estrecharle la mano antes de salir—: Hasta mañana quizás.

—No. Mañana vuelvo a Buenos Aires. Ya está todo arreglado.

Gina se vuelve hacia Bianco.

—¿Te ayudo a sacarte las botas? ¿Te hace falta ropa limpia?

—Puedo arreglarme —dice Bianco.

Gina mira los zapatos verdes tirados en el suelo y, sentándose en el sillón, empieza a calzárselos. Entre los tres parece haberse establecido un convenio tácito, según el cual se da por sentado que Bianco no saldrá de la habitación antes de que

Gina se haya retirado, y en los pocos segundos que le lleva ponerse los zapatos de raso y salir en dirección de la cocina, Bianco y Garay López la observan en silencio, admirándola y tal vez compadeciéndola un poco, a causa de su juventud extrema, o de su sexo tal vez, imaginándola desposeída, inerme en razón de su belleza, en la que parece haber un elemento de inconciencia, y sin duda un poco turbados por la evidencia cruda de sus formas que el vestido rosa, demasiado estrecho, resalta en vez de disimular. Cuando desaparece cerrando la puerta tras de sí, una sensación, no totalmente extraña al llanto, a la crueldad y al peligro invade la pieza, entre los crujidos levísimos de los muebles y del piso encerado y el bramido discreto de las llamas en la chimenea. Casi inmediatamente, Bianco sale de la habitación, justo para ver, en el fondo de la galería, la fosforescencia atenuada del vestido rosa desaparecer en la penumbra junto a la puerta de la cocina.

Cruzando el patio de mosaicos cerca del aljibe, bajo la llovizna, Bianco llega a la galería de enfrente y entra en el dormitorio. No necesita encender la lámpara para comprender por la mancha blancuzca que empieza a vislumbrarse apenas sus ojos se habitúan a la oscuridad, que la cama está deshecha. En la penumbra deja su bolso de cuero, y, saliendo a la galería, se saca el sombrero y la capa, dejándolos sobre un sillón de caña y después, sentándose en el sillón, jadeando un poco por el esfuerzo, se saca las botas y las deja en el suelo, junto a las patas del sillón. En medias, sin hacer ruido, entra otra vez en el dormitorio y enciende la lámpara. Dirigiéndose hacia el lavatorio, cuelga el saco de una silla, se saca la camisa escocesa, el pantalón bordó, las medias y los calzoncillos, y, mientras va desnudándose, ni una sola vez su mirada se dirige hacia la cama totalmente deshecha, las sábanas retorcidas, la frazada amontonada a los pies, uno de cuyos vértices de seda toca el suelo, la almohada doblada en dos y apoyada contra el respaldo, y un almohadón blanco en el centro de la cama, un poco hundido como si un cuerpo hubiese estado apoyándose en él. Completamente desnudo, las nalgas chatas y blancas, el tórax inflado y formando una sola saliente con el vientre bastante elástico todavía, las piernas, la espalda y los hombros cubiertos de pecas, el sexo perdido en las bolsas de los testículos que cuelgan entre un matorral de pelos colorados, Bianco empieza a echar agua de la jarra en la palangana para lavarse, y recién entonces se atreve a mirar la cama, a través del espejo inclinado que cuelga encima del lavatorio y que la refleja en su totalidad, como si esa manera indirecta de observarla lo ayudase a paliar y a hacer retroceder el montón de pensamientos abominables que, igual que las hormigas de un hormiguero en llamas, salen despavoridos y sin orden de lo oscuro y empiezan a agitarse en su conciencia. Deja la jarra sobre el mármol del lavatorio y se dirige hacia la cama sentándose, desnudo, en el borde. A causa del frío sin duda, o por alguna otra razón desconocida, el vello ralo, rojizo, que le cubre el dorso de las manos, las muñecas, los antebrazos, empieza a desenroscarse, a erguirse, y la piel se llena de protuberancias

pequeñas que inflan los cráteres diminutos de los poros, cuando se inclina hacia el almohadón, hacia la sábana cuyos pliegues acanalados la palma de su mano trata de alisar con movimientos infructuosos y, entrecerrando los ojos, examina la cama con cuidado, con interés, con atención profunda, sintiendo unos latidos obstinados en la nuca y una rigidez dolorosa en los músculos de la espalda.

—Qué transformación, cher ami —dice Garay López cuando lo ve entrar, recién lavado y peinado, con sus zapatos de entrecasa, su camisa escocesa cuadriculada en tonos diferentes a los de la que se acaba de sacar, y su pantalón de terciopelo azul eléctrico, un conjunto tan chillón como el de la tarde pero que utiliza una gama de colores diferentes, como si alguna anomalía en la percepción o en zonas oscuras de su personalidad requiriese esa abundancia cromática para equilibrarse, a diferencia de Garay López, cuya elegancia, que linda con el dandismo, se complace en la combinatoria diestra y deliberadamente pobre de tres o cuatro tonos apagados. Haciendo un gesto ambiguo con la mano para disimular la importancia de la supuesta transformación, Bianco invita a Garay López a sentarse no sin observar que, durante su ausencia, Gina ha vuelto a la sala, ya que la bandeja con los restos de los pasteles, las tazas de chocolate y el cenicero han desaparecido. Bianco se sienta frente a Garay López, se sirve una copa de cognac sin ofrecerle, y comenzando a calentar la bebida en la palma de la mano encogida contra el fondo del vaso cuyo pie pasa entre el medio y el anular, se apoya contra el respaldo del sillón y dirige a Garay López una mirada francamente interrogativa.

—Lo hacía en Buenos Aires —dice.

Garay López asiente, sacudiendo la cabeza, y se explica: para poder firmar el contrato de la sociedad de importación de alambre con Bianco, le ha sido necesario discutir un poco con su padre, ya que los capitales de que dispone por herencia materna, le son necesarios para vivir —Buenos Aires es un monstruo devorador que únicamente el oro apacigua de tanto en tanto—, y sólo una parte de la herencia paterna puede suministrarle las sumas necesarias para integrar la sociedad en los términos convenidos con Bianco; por lo tanto, y aprovechando la libertad que le han dejado en el hospital, se ha tomado el vapor la semana pasada para venir a pasar unos días en la ciudad. Está aquí desde el domingo a la noche, y mañana viernes al anochecer tomará de vuelta el vapor que baja desde el Paraguay para poder reintegrar el domingo por la noche la guardia en el hospital. Pero Bianco no tiene que preocuparse: ya todo está arreglado; no solamente su padre le ha acordado las sumas necesarias, sino que ha aceptado incluso continuar con la sociedad en el caso de que a él, Garay López, y sólo en ese caso, y si Bianco naturalmente está de acuerdo, llegase a su-cederle algo. Ayer por la tarde, han ido a firmar los dos ante las autoridades competentes, de modo que desde la tarde anterior, él y Bianco son ya legalmente socios y pueden comenzar las importaciones; de lo que él, Garay López, se

enorgullece.

¡El domingo a la noche! Bianco, sin dejarlo aparentar, se estremece un poco y sus dedos se cierran sobre la copa de cognac mientras piensa que es justamente desde el domingo a la noche que él ha ido a retirarse al campo, y que tal vez Garay López ha estado viniendo todos los días a su casa durante su ausencia, de modo que la imagen terrible de Gina chupando el cigarro con los ojos entrecerrados y una expresión de intenso placer, en tanto Garay López, inclinado hacia ella le habla sonriéndole con expresión malévola, vuelve a asaltarlo, pero aflojando un poco los dedos y tomando un trago de cognac, le pregunta con interés imparcial y con entonación afectuosa:

—¿Y su hermano? ¿Qué reacción?

La cara de Garay López se ensombrece. Ah, cher ami: irrecuperable. Como cada vez que él llega de Buenos Aires, su hermano Juan ha desaparecido en el campo y sin duda no reaparecerá hasta no estar bien seguro de que él se ha vuelto a Buenos Aires. Es inexplicable tanto odio. Es apenas un muchacho y tiene aterrorizada a toda la familia; el padre ha debido armarse de todo su coraje para decidirse a firmar el contrato, porque también le tiene un poco de miedo. Y otra de las razones por las que ha accedido a adelantar una parte de la herencia, es porque en el fondo piensa que, si llegara a morir, Juan se quedaría con todo. No por avaricia, no: por odio simplemente.

Garay López se interrumpe, toma un trago de cognac con expresión soñadora, y alzando la mirada le sonrío con blandura:

—Pero todo esto es poco interesante. ¿Qué es de usted? ¿Cómo le ha ido en sus meditaciones?

Bianco señala el techo con la cabeza.

—La lluvia las interrumpió —dice.

Reticente, Bianco cambia de conversación: le parece que después de la escena que acaba de descubrir, hablar con Garay López de otra cosa que de la Sociedad de Importación de alambre, entrar en nuevas confidencias sobre su proyecto de refutación a los positivistas, sería acrecentar su inferioridad ante él, ponerse todavía más en sus manos si por las dudas la escena que presenció al llegar significara lo que sospecha en su fuero interno. Y adoptando el tono más jovial que puede desenterrar con esfuerzo desmesurado de entre capas y capas de desaliento y pesadumbre, le cuenta que a la hora de la siesta ha visto pasar una tropilla de más de dos mil caballos salvajes, que deben estar viajando sin duda para invernar, y que eso le ha hecho pensar en la urgencia de las importaciones de alambre y de lo acertado de la asociación.

—El otoño que viene, estaré alambrando mis campos. Cuando vean el resultado, van a venir ellos solos a comprarnos alambre.

—No me cabe la menor duda —dice Garay López.

Bianco lo mira. La devoción de Garay López parece sincera. El cabello y la

barba, lacios, renegridos y cuidados, circundan la cara pálida y los ojos oscuros en los que refulge la mirada insistente, brillante, tan franca y provocativa a veces que parece lindar con la insolencia. De un modo inesperado, Garay López se para y deja sobre la mesita la copa en la que todavía queda un fondo de cognac.

—Quiero pasar la última noche con mi padre y mis hermanas —dice—. ¿Nos veremos en Buenos Aires?

—Por ahora no lo creo.

—El año que viene tal vez. Yo no creo tampoco que venga por aquí en mucho tiempo. La atmósfera es malsana.

Bianco se pone de pie y lo acompaña, dejando atrás el aire tibio de la sala para internarse en el zaguán oscuro y helado. Atados al poste, los caballos soportan inmóviles la llovizna, pateando de tanto en tanto el barro de la calle.

Los dos hombres se detienen en la puerta.

—Voy a entrar los caballos —dice Bianco.

En la oscuridad, Bianco tiende la mano, en un gesto irrisorio, ya que su ademán es invisible en la penumbra, pero Garay López, con una efusión inhabitual, lo abraza y lo aprieta contra su cuerpo, de un modo tan rápido, excesivo y firme, que Bianco, con los brazos estirados a lo largo de su cuerpo, trastabilla cuando el otro lo suelta, después de murmurarle casi al oído:

—Ha sido un inmenso placer, cher ami.

Bianco se queda unos minutos en la puerta, oyendo los pasos de su socio alejarse en la oscuridad, y después se decide a afrontar la llovizna en la vereda para entrar los caballos.

—Es todo lo que pude encontrar —dice Gina un poco más tarde, sirviendo una tortilla de papas y recogiendo los platos de sopa ya vacíos para apilarlos sobre el aparador antes de sentarse a la mesa. Bianco, cortando dos porciones de la tortilla circular y empujando la fuente para que Gina se sirva primero, responde encogiéndose de hombros mientras se sirve otro vaso de vino. En la calma bien iluminada del comedor, los movimientos de la pareja, repetidos día tras día en el momento de la cena, recuerdan los desplazamientos calculados y los gestos falsamente espontáneos de las representaciones teatrales y van llenando el tiempo que transcurre, impalpable y translúcido, igual que un puñado de cuentas de colores un frasco transparente. Seria, sin mirar a ninguna parte, Gina va cortando con el borde del tenedor pedacitos de tortilla amarilla que se lleva con distracción a la boca y que mastica despacio, con los labios entreabiertos, y tragando únicamente de tanto en tanto, cada tres o cuatro bocados, hasta que de golpe, en el momento en que está pinchando un trozo diminuto de pasta amarilla, deja caer el tenedor contra el plato y sale corriendo del comedor. Bianco la encuentra en la galería, parada en medio del chorro de luz que sale de la cocina y que, prolongándose en forma de trapecio

alargado hacia el patio, ilumina una porción bien delimitada de la llovizna que cae lenta y blancuzca sobre los mosaicos. Los hombros de Gina se sacuden por los sollozos y, cuando lo siente llegar, Gina empieza a secarse las lágrimas y la nariz con la manga del vestido.

Impenetrable y neutro, Bianco se para a su lado, sin tocarla, esperando que ella alce los ojos y lo mire. En el patio, más allá de la galería, la llovizna cae sobre sus dos sombras alargadas que se proyectan en el piso de mosaicos.

—No debiste haberme arrebatado el cigarro —dice Gina—. Todavía estoy muerta de vergüenza.

Bianco oscila entre el furor y el alivio. La ha seguido hasta la galería convencido de que, aceptando el hecho de haber sido sorprendida en una intimidad equívoca con Garay López, ha decidido reconocer lo intolerable, y ahora que está junto a ella, Gina se pone a reprocharle un gesto que, si recuerda bien, realizó no con el fin de censurarla, sino para protegerla del humo que la estaba haciendo toser. Pero al mismo tiempo reconoce en su fuero interno que la expresión de placer con que Gina lo chupaba en el momento en que él abría la puerta fue una de las razones principales de su estupor.

—Lo hice porque tosías —dice Bianco, fingiendo sorpresa y empleando un tono inocente y protector.

Los sollozos de Gina se hacen más agudos, más rápidos, semejantes a un jadeo, y sus manos se aferran a la camisa de Bianco, tironeándola.

—Tengo que aguantarme a tu socio toda la tarde, servirle chocolate, cognac, escuchar sus idioteces... —aferrada a la camisa, Gina sacude a Bianco con violencia, ritmando sus palabras a cada sacudón, hasta que Bianco la agarra con fuerza de las muñecas y le arranca las manos de la camisa. Después, inclinándose hacia ella, le pregunta, insidioso, en voz baja, casi en el oído:

—¿Te dijo algo? ¿Te hizo algo?

—Me aburre. No veía las horas de que se fuera para meterme otra vez en la cama —dice Gina, parando súbitamente de llorar.

—¿Estuviste en la cama? ¿Todo el día? ¿Sola? —dice Bianco.

—No, con quién voy a estar —dice Gina.

—Todo el día sola, digo. No sola en la cama —dice Bianco.

Gina se echa a reír, abrazándolo.

—Entiendo todo al revés —dice. Y después, besándole con suavidad la mejilla—: No me trates así delante de nadie. No lo vuelvas a hacer. Me das miedo.

—No, no, no —dice Bianco en un murmullo rápido.

Y agarrándola del brazo, la arrastra despacio al comedor. Burlándose más bien con ironía familiar que con crueldad de las rarezas y de las manías de Garay López, terminan la cena.

Gina afirma que Garay López, con sus pretensiones de autor dramático, es más bien tacaño y está enamorado de sí mismo, de lo que es prueba el cuidado que pone en arreglarse y vestirse, siempre con la barbita recortada y el cabello perfumado y, según Gina, ni uno solo de sus gestos es espontáneo o exento de afectación. Pero Bianco, sorprendido por la locuacidad de Gina, lo defiende diciendo que es un buen médico, que de no haber sido por él al llegar a Buenos Aires le hubiesen cortado el dedo, y que su conversación es de lo más apasionante. En medio del alegato el humor de Bianco se ensombrece, y Bianco se pregunta si Gina, valiéndose de tácticas sutiles, no ha estado llevándolo al punto exactamente opuesto a aquel en el que hubiese debido encontrarse. Advirtiendo las fluctuaciones oscuras que deja pasar su mirada, Gina, que ha terminado de juntar la mesa apilando la vajilla sucia sobre el aparador para que las sirvientas la recojan a la mañana, le propone a Bianco que se pongan a trabajar: y dice que mientras él estaba en el campo, ella ha estado haciendo ejercicios de concentración y que esa misma tarde, sin ir más lejos, ha puesto un almohadón en el medio de la cama y, apoyando en él los hombros y la cabeza, ha tratado de entrar en comunicación telepática con Bianco. Sin esperar su respuesta, Bianco va a buscar al cajón del escritorio los instrumentos de trabajo y los deja caer sobre la mesa de madera lustrada.

—Estoy demasiado cansado para concentrarme —dice Bianco.

—Esta noche tal vez lo logremos —dice Gina, apoyando la mano sobre el hombro de Bianco y sacudiéndolo un poco, con mucha suavidad, para sacarlo de su abatimiento.

Bianco la mira y despliega sobre la mesa desnuda lo que ellos llaman los instrumentos: son tres rectángulos de cartón, idénticos, los vértices ligeramente curvos, de color azul claro, como tres naipes, pero cuando Bianco los da vuelta, en vez de los palos habituales de las barajas, aparecen tres estampas de un juego infantil que representan cada una una fruta diferente: una nuez, una banana y un racimo de uvas. Las estampas están hechas con trazos gruesos, netos, y los dibujos, bastante estilizados, representan cada una de las frutas en su acepción más simple, casi geométrica, sobre un fondo de color único bien parejo, contra el que el dibujo resalta de manera evidente. Así, la nuez, ovalada y dividida en dos partes iguales por dos paralelas verticales y muy juntas, marrón claro sobre fondo blanco, contiene en cada una de sus dos mitades varias líneas curvas simétricas que representan sus anfractuosidades; la banana, bien amarilla, se imprime en diagonal sobre un fondo rosa, y el racimo de uva consiste en realidad en una multitud de circulitos de un azul violáceo, formando en varias hileras irregulares de número decreciente un triángulo invertido, contra un fondo encarnado que le da al racimo somero una especie de relieve.

Bianco se pone de pie, echándole una última mirada a las estampas, y Gina ocupa

su lugar.

Bianco entra en la sala a oscuras, y después de esperar unos segundos que sus ojos se acostumbren a la oscuridad, se desliza sin vacilar entre los muebles y se sienta en un sillón. Durante unos momentos todavía, realiza una serie de movimientos corporales, hace girar los omóplatos, sacude la cabeza para distender los músculos del cuello, se estira los dedos de las manos haciendo sonar las articulaciones, se refriega con lentitud los ojos y, después de cubrirse la cara con las manos y de cruzarlas en seguida, blandas, sobre el regazo, cierra los ojos y se inmoviliza. En los cuatro o cinco minutos que siguen ningún ruido humano, aparte de la casi imperceptible respiración de Bianco, puede oírse en la casa: únicamente, de tanto en tanto, los crujidos del piso de madera, de algún mueble, se escuchan, inconcebibles de tan nítidos, y no el rumor de la llovizna que cae y envuelve la llanura entera con su blancura densa y silenciosa, pero sí el agua acumulada en travesaños, en árboles, en desagüaderos, que desde hace un buen rato ha empezado a gotear o a correr en chorritos indecisos y entrecortados. Por fin Bianco se levanta, decidido y macizo, y, sin ninguna vacilación y mesándose al mismo tiempo con la mano blancuzca que relumbra en la penumbra los cabellos color ladrillo, atraviesa la sala y entra en el comedor. Gina está sentada ante la mesa, con los dedos apoyados en las sienes y los ojos cerrados que se abren cuando oye abrir la puerta de la sala. Sobre la mesa hay una de las imágenes boca abajo, de modo que sólo puede verse su reverso azul indiferenciado.

Bianco se detiene junto a ella.

—Racimo —dice.

Gina sacude la cabeza.

—Nuez —dice, y con dos dedos largos y delicados da vuelta la estampa y muestra, sobre la mesa, el óvalo marrón claro, lleno de anfractuosidades simétricas, resaltando contra un fondo blanco.

Cuando entra en el dormitorio, advierte que, antes de la cena, Gina ha arreglado la cama.

El cubrecama de tela sedosa, a rayas blancas y verdes, brilla a la luz de la lámpara, y Gina, que aparece por la otra puerta, ya está en camisón, y bostezando y desperezándose, levanta el cubrecama y se mete bajo la frazada. Con calma, Bianco se desviste, despacio, con meticulosidad, pensando en el cuerpo juvenil, lleno de redondeces oscuras, ya un poco tibio sin duda, que estará contra el suyo unos minutos más tarde. Pero cuando entra en la cama, Gina está dormida. Bianco la contempla: el cuerpo de Gina, esa aglomeración insensata de materia, él lo tiene delante, puede palparlo con sus manos blancas y ya un poco rugosas en el dorso, traerlo hasta su interior a través de las yemas de los dedos, con los labios, con la punta de la lengua, en una formación de sensaciones confusas y deliciosas, pero lo impalpable de adentro

se le escapa, ese soplo inaccesible en el que tal vez se mecen ahora en su nuevo estado recuerdos incomunicables y únicos, sensaciones propias que Gina le arranca, con su cuerpo, al mundo ávido y espeso. Bianco apaga la luz y se hunde entre las sábanas. Cuando se despierta, la luz gris de la mañana entra por la claraboya. Gina, en camisón, está arreglándose frente al espejo y cuando advierte que él está con los ojos abiertos, clava los suyos en ellos a través del espejo, y le dice, con convicción y naturalidad: «Me penetró y, dos veces, sin sacarla, me hizo acabar.»

Bianco salta en la cama, gritando, y Gina se despierta.

—¿Qué pasa? —dice.

Bianco no le responde y se hunde otra vez entre las sábanas. Gina, murmurando palabras incomprensibles, se levanta y empieza a caminar, descalza, por el dormitorio. La cabeza hundida contra la almohada, con los ojos bien cerrados, Bianco la oye pasear, indecisa, por la pieza. El sueño que acaba de tener, y que hubiese debido llenarlo de asco, de odio, le produce una excitación inesperada, intensa, a tal punto que, aferrándose el sexo con la mano, lo aprieta y se da vuelta, apoyándose contra el respaldo, para mirar a Gina que ahora, bien real, se ha desnudado frente al espejo del lavatorio para lavarse. Gina advierte su mirada y, soñolienta, y a través del espejo, de la misma manera que en el sueño, le sonrío. Bianco alcanza a distinguir todavía, dentro de sí mismo, como dos cursos de agua que están por juntarse y confundirse en uno solo, los ramalazos de odio y deseo que se precipitan y lo arrasan, y trata de seguir fijando en Gina una mirada neutra, larga, sin preeminencias ni interrogaciones, pero Gina comprende y, dejando sobre el lavatorio la jarra que ha estado empezando a inclinar hacia la palangana, viene a la cama y se tira en ella boca abajo. Sus nalgas se inflan, oscuras y elásticas, lisas, en tanto que el vello finísimo, en la parte posterior de los muslos, se eriza lento y diminuto. Con la cara aplastada contra las rayas verdes y blancas de la sobrecama, Gina alza la mirada y ve que Bianco tiene los ojos en sus nalgas. Una sonrisa pesada, que empieza siendo burlona pero termina mezclándose con relentes soñadores y dolorosos, aparece en sus ojos más que en sus labios. «Mi culo», dice Gina, marcando bien cada una de las sílabas en una entonación de asombro enojoso, de reproche, considerando impensable que esa parte de su cuerpo que para ella es remota, indiferente, casi extranjera, pueda ejercer en Bianco tanta fascinación, pero en seguida, casi a su pesar, entrecierra los ojos y empieza a respirar rápido y a mover la lengua, frenética, en el interior de su boca, de tal modo que la punta rojiza, que aparece a veces, fugaz, en el exterior, le infla y desinfla las mejillas, mientras su vientre, aplastado contra las rayas blancas y verdes de la sobrecama, empieza a realizar un movimiento circular que se propaga por todo el cuerpo y sobre todo por las nalgas redondas y lustrosas. Bianco sale de la cama y se desnuda. Al odio, al deseo, se suma ahora el terror, la convicción de que el deseo de Gina es independiente, autónomo del suyo propio, como una ondulación que

viene de más lejos que todos los propósitos, todos los sentimientos y todas las determinaciones. Agarrándola de los hombros, la hace girar y la pone boca arriba. Una franja de vello, vertical, parte del ombligo de Gina y se estira a través de su vientre, hasta formar con el triángulo del pubis una flecha negra que parece indicar, inequívoca, el camino al abismo rojizo. Bianco entra en ella. Aterrado, se deja caer contra el cuerpo que se sacude, en forma palpitante y casual, sin otra ley que las de sus propias transformaciones, sus apetitos químicos, sus tejidos ávidos y sus humores, materia arracimada en ganglios, en nervios, en piel, en sangre humeante, y se siente otra vez vencido, sin ganas de estar vivo ni de recomenzar, soplo preso en las garras excrementales de lo secundario, hasta que borrando incluso su asco y sus vacilaciones, arrastrándolo durante un tiempo incalculable por un pasadizo negro, sobreviene el orgasmo, la lluvia súbita de esperma que libera, fecunda y perpetúa.

AL ANOCHECER, los pastores se han echado a dormir, mientras uno de ellos sigue velando sobre el rebaño. Al cabo de un momento, el que ha estado velando los despierta, sacudiéndolos, hablando en voz muy alta, casi gritando en verdad, y muy excitado:

«Mientras dormían, un ángel vino a anunciarnoslo, estaba naciendo un rey en Belén, en un establo, y el ángel dijo que, así como nosotros apacentamos a las ovejas y a las cabras, ese rey nos apacentará. Despierten, despierten, que hay que ponerse en marcha para Belén», y los pastores se levantan, un poco aturcidos, refregándose los ojos, sin saber todavía muy bien si están despiertos o si todavía duermen, y empiezan a caminar, tanteando y tropezando de tanto en tanto en la noche, en dirección a Belén. De pronto, uno de ellos alza los ojos al cielo y, entre todas las estrellas, hay una que parece venir de oriente y que, creciendo visiblemente de tamaño, empieza a desplazarse, única entre las demás que siguen inmóviles, anónimas, hacia un punto del cielo que, los pastores están seguros, cae justo arriba de Belén. Y un cortejo que encuentran en el camino les confirma que no se equivocan, y cuando, apurando un poco el paso para no perderlo de vista llegan a la par, se enteran de que el cortejo lo forman tres Reyes de Oriente con sus servidores que van también a Belén, porque han tenido una visión semejante, ya que bajando del cielo, le cuenta un servidor a los pastores, un ángel le dijo a los reyes que así como ellos reinan sobre sus pueblos, una criatura que acaba de nacer en Belén reinará sobre ellos, será el rey de todos los reyes. Y los pastores se juntan con el séquito. La estrella grande, luminosa, desplazándose en el cielo mucho y en una dirección propia respecto de las otras, que, en comparación, parecen pálidas, fijas y anónimas, va guiándolos, segura, hacia Belén, y en el camino, como muchos otros esperaban, debatiéndose con esfuerzos cada vez más débiles en la red gris de sus días, que un acontecimiento, una aparición, venga por fin a sacarlos de esa red gris, campesinos, nobles, mujeres, hombres, los que se sienten más débiles que sus crímenes o sus esperanzas, los que quisieran dormirse de una vez y tener una pesadilla porque el no poder dormir ni de día ni de noche es para ellos su pesadilla, los que en la luz del sol no encuentran otra cosa que hambre, pena o delirio, los que quisieran saber por fin si su presencia en esos caminos pedregosos y blancos que el día calcina obedece a una casualidad o a un llamado, mucha gente va saliendo, un poco soñolienta, incrédula, de los campos oscuros para integrar, con los ojos fijos en la estrella, la comitiva. Es un campesino, un campesino que acaba de nacer en Belén, murmuran entre sí los campesinos, que así como nosotros trabajamos la tierra, nos trabajará para hacer brotar de nosotros algo más verde que la noche y el desaliento. Hasta que, creciendo todavía un poco, destacándose todavía más sobre el fondo de las otras, remotas y opacas, la estrella se detiene sobre Belén.

Hay un momento de indecisión en la comitiva, ya que, como el pueblo está

dormido, nadie, ni reyes, ni campesinos, ni pastores, sabe adonde dirigirse. La estrella parece señalar, con sus cintilaciones azuladas, un establo, así que después de algunos conciliábulos, con los tres reyes a la cabeza, se dirigen hacia él y, empujando la puerta de madera, un poco vieja y desvencijada, penetran en el interior. No ven casi nada en la penumbra, de modo que encienden una antorcha y, entre las sombras movientes, fugaces, y un poco diformes que la llama proyecta, se ponen a recorrer el establo que, a parte de unos arneses polvorientos y sin duda en desuso, y de paja, podrida y reseca, dispersa en el suelo, está, sin error posible, vacío. Un murmullo recorre la comitiva expectante, como una onda indecisa, las dos palabras que algunos no escuchan bien, y que deben hacerse repetir varias veces, en voz baja y una entonación decepcionada o intimidada: «Está vacío. ¿Cómo? Vacío, parece que está vacío.» Tal vez nos hemos equivocado de establo, se dicen algunos, o hemos interpretado mal la señal de la estrella, que sólo indicaba Belén y no precisamente un establo, este establo, o tal vez la estrella, en su lengua genérica, inhumana, indicando el establo, no quería decir este establo, sino de un modo más general establo, para que reyes, campesinos y pastores, se pongan a buscar, gracias a esa orientación, el verdadero establo, único, predestinado, en el que el rey de reyes, el labriego de labriegos, el pastor de pastores, ha decidido hacer, por fin, su aparición. Y saliendo de ese establo genérico, simple signo abstracto del verdadero, empiezan a recorrer el pueblo dormido. Se dividen en varios grupos y, cada vez más expectantes, inquietos y desorientados, y con una excitación creciente también, se ponen a buscar el establo. El pueblo silencioso empieza a llenarse con las voces, y gradualmente los gritos, y a la luz bailoteante de las antorchas, los grupos se dispersan en las callejas pedregosas, abriendo con cierto frenesí, y en algunos casos forzando, las puertas de los establos. La gente de Belén se despierta, saliendo de las casas: qué es ese ruido, ese tumulto, se preguntan entre ellos los habitantes del pueblo, hasta que se topan con los reyes quienes seguidos por una pequeña turba, sin prestarles atención, violentan la puerta de un establo en el que sólo se encuentran dos o tres animales abúlicos y entredormidos. Somos unos reyes de oriente, le explican los reyes a los habitantes extrañados, y hemos llegado a Belén siguiendo esa estrella, porque con sus puntas incandescentes, nos indica que, en uno de los establos, acaba de nacer un rey del que nosotros, los reyes, somos los súbditos reconocidos, un pastor que, día y noche, pastoreará a los pastores. La gente de Belén se echa a reír. ¿Quién les ha contado semejante historia? En el pueblo no ha nacido nadie, pueden preguntarle a quienes lo deseen, no se registró ningún nacimiento, desde hace muchas semanas, por otra parte: ni muerte ni nacimiento. Y ellos, los habitantes de Belén, tienen la prueba, por si a los extranjeros no les basta su palabra: ayer sin ir más lejos, ayer mismo, por orden de Cirenio, gobernador de Siria, que tenía a su vez órdenes de Augusto César, hubo un empadronamiento, un censo, y todos los habitantes del pueblo fueron repertoriados,

contados y vueltos a contar, y estaba exactamente la cantidad prevista, nadie nació ni desapareció desde que llegó la orden del censo, nadie se sustrajo al registro, todos fueron empadronados. Los habitantes de Belén, sin perder la calma por la intrusión de los extranjeros, alzan la cabeza y contemplan el cielo: en efecto, la estrella es grande, un poco más grande que lo normal en verdad, pero no parece desmesurada. En Babilonia y en Caldea, ya tenían una ciencia precisa del cielo, y no veían tantos presagios ni en el brillo, ni en la ruta, ni en el tamaño de las estrellas. Y por otra parte, esas puntas que los extranjeros pretenden interpretar como un signo, a ellos, los habitantes de Belén, que tienen la suerte de gozar de un cielo despejado (suerte de la que tal vez carecen en oriente), esas puntas de la estrella que, en efecto, está esta noche muy luminosa, no les dan la impresión de estar indicando nada, ningún establo en particular, ni siquiera Belén incluso, porque a la altura en que se encuentra la estrella en relación con el pueblo, sería demasiado temerario pretender lo contrario. No, no, lo que ellos han tomado por un presagio es un hecho aislado, la visión de los ángeles que han tenido reyes y pastores, un sueño, agradable por cierto, pero no más palpable que una fantasmagoría, y el crecimiento, la luminosidad y la ruta de la estrella, justo en el camino y en los campos en los que ellos se encontraban, una coincidencia. Miren, miren: como ya llega el alba, ha empezado a retroceder. No se nota mucho todavía, pero en poco tiempo será más perceptible y, cuando llegue el alba, inequívoco. Los reyes, los pastores y los campesinos, arracimados y perplejos de contemplar un momento el cielo, no logran convencerse de que la estrella retrocede. Los de Belén, se sonríen entre ellos: son campesinos, claro, pastores, y los reyes vienen de Oriente, donde la gente es demasiado crédula, un poco atrasada; tienen la mirada extraviada, y, aunque ignorantes, parecen de buena voluntad: abrámosles todos los establos de Belén para que se convenzan.

Y así lo hacen. Con tolerancia algo ostentosa y aquiescencia un poco teatral, los habitantes de Belén les abren a los extranjeros no únicamente las puertas de todos sus establos, sino también de todos sus albergues y posadas, e incluso de sus propias casas, mostrándoles todas las habitaciones y destapando y a veces alzándolos en sus brazos para que los vean bien, a todos los bebés nacidos en los últimos meses, para demostrar que no hay entre ellos ningún recién nacido, ninguno que lleve sobre la frente la marca de ninguna predestinación, que sea algo más que el engendro regordete de comerciantes, artesanos o recaudadores de impuestos, hasta que, convencidos, los extranjeros salen otra vez a las calles en las que la noche empieza a palidecer. Pueden buscar donde quieran, les dicen los de Belén antes de irse a dormir, les dejamos las llaves, vayan a las casas de campo de las inmediaciones, a los pueblos vecinos, digan que vienen de nuestra parte y les abrirán todas las puertas. Cuando los extranjeros se quedan solos, el aire está lívido y helado; al levantar la cabeza comprueban que la estrella ha desaparecido, volviendo a ganar su lugar entre las

otras, pálidas, remotas y gélidas, y que ya es imposible reconocerla entre la multitud de puntos incomprensibles y vagamente luminosos a los que está empezando a borrar la claridad de la mañana. Sin decir palabra se dispersan, los campesinos a trabajar la tierra antes de que el sol empiece a calcinarla, a resecarla nuevamente, los pastores a buscar el ganado que, con un poco de suerte, tal vez los espera paciente y confiado, sin dispersarse, los reyes, con sus presentes inútiles, por el camino de regreso. En el aire ceniza apenas si son visibles sus caras cenicientas, contra piedras color ceniza, que el sol que sube, indiferente y periódico, pronto empezará a blanquear, volviéndose incandescente, fruto también él, fugaz, de otras coincidencias no menos neutras y pasajeras.

Bianco se queda un poco perplejo. No hace una semana que ha bajado del barco y ya está comiendo en el restaurant del hotel con el doctor Garay López, casi quince años más joven que él, el médico que le ha reventado el abceso en el dedo oponiéndose al jefe de servicio en el hospital que se lo quería cortar, Garay López que, cuando ha ido a verlo por segunda vez dos días más tarde para hacerse limpiar la herida y cambiar las vendas, le ha hablado de Paracelso y de Pitágoras, le ha recitado en sus respectivas lenguas versos de Coleridge y de Baudelaire, poeta este último apenas conocido de unos pocos incondicionales entre los que él, Bianco, no se incluye, le ha propuesto cenar juntos, y cuando han terminado de comer, le ha referido en detalle, mezclando, como parece ser su costumbre, el francés, el inglés y el italiano, su alegoría teatral, como la llama, en siete cuadros, titulada Los reyes magos, con mucha convicción y hasta cierta exuberancia gestual, un poco histriónica, exagerando adrede para ironizar sobre sí mismo, aunque ahora que ha finalizado su relato, inmovilizándose contra el respaldo de la silla, clava un poco ansioso sus grandes ojos oscuros en los de Bianco, para tratar de adivinar en ellos el efecto que ha producido su proyecto de creación literaria.

A decir verdad, la capacidad de juicio y aun el interés de Bianco por la literatura son bastante limitados, por no decir inexistentes y él llama literatura a todas las obras impresas en diarios, revistas y libros, que tratan del único tema que le parece importante, las relaciones entre el espíritu y la materia, juzgando buenas todas las obras que reivindicaban la preeminencia del espíritu sobre la materia y malas las que sostienen lo contrario, pero aunque la alegoría teatral de Garay López parece más bien pertenecer a la segunda categoría que a la primera, Bianco, por cortesía, porque Garay López se ha interesado por la infección de su dedo con tanta solicitud y porque es la única persona que tiene para dialogar en el inmenso continente desconocido, se abstiene de emitir un juicio definitivo y expresa una opinión ambigua en medio de tanteos lentos y de vacilaciones calculadas. Hay, dice, tal vez, un exceso de materialismo en la concepción.

Garay López se distiende con una sonrisa condescendiente:

—Error, cher ami. El arte no es ni materialista ni espiritualista: únicamente es.

Bianco asiente, aunque no ha entendido bien el argumento de Garay López y aunque en el fondo está en total desacuerdo con lo que le parece haber entendido, pero se siente satisfecho de que Garay López no haya tomado a mal su objeción ya que, un poco aturdido por el verano desolado de Buenos Aires, la compañía del médico y su conversación ligeramente errática no sólo le permiten una distracción, sino también, para su instalación inminente en la llanura, informes que le son de gran utilidad. Sobre todo porque, en la segunda visita al hospital, dos días antes, ambos se han dado cuenta, con ese asombro jovial que producen algunas casualidades, que las tierras de Bianco, al sur del río Salado, en la parte norte de la llanura, son vecinas a las de la familia Garay López. Después de esa comprobación eufórica, y de todos los ofrecimientos necesarios para la instalación de Bianco, la mirada de Garay López, mientras terminaba de venderle por segunda vez el anular, se ensombreció un poco. Y ahora que han acabado de cenar en el restaurant del hotel, Bianco, intrigado por ese cambio de humor, está esperando la ocasión de volver a hablar del tema para tratar de sondear a Garay López. Inesperadamente, es Garay López quien, después de encender un cigarro y fumarlo un momento pensativo, vuelve a sacar el tema.

—Usted se preguntará qué hago yo en Buenos Aires, cuando toda mi familia y mis propiedades se encuentran a cien leguas de aquí —dice mostrándose, por su expresión, dispuesto a las confidencias.

—No me permitiría semejante indiscreción —miente Bianco, menos por hipocresía que por parecerle innecesario demostrar demasiado interés ya que, de todas maneras, está casi seguro de que la confesión se avecina.

—Me ahogaba en esa ciudad. A los dieciocho años, obtuve que me mandaran a estudiar a Europa. Estuve siete años entre París, Londres y Roma. Y como cuando volví el año pasado al mes de estar con mi familia me ahogaba más que antes de irme, decidí instalarme en Buenos Aires.

Bianco escucha en silencio, las manos blancuzcas cubiertas en el dorso de un ralo vello rojizo apoyadas sin energía sobre el mantel, entre migas de pan y manchas pálidas de vino sobre la tela amarilla. Con expresión atenta, casi distante, en la que trata de poner, del modo más natural posible, la más comprensiva credulidad, está preguntándose sin embargo qué se abstienen de formular esas generalidades que adoptan un aire de confidencias, hasta que comprende que Garay López, cohibido justamente por su excesiva credulidad, está esperando de su parte un interés más activo para seguir adelante.

—Creo haber vivido problemas semejantes —dice Bianco.

Garay López se inclina hacia él cabeceando un poco para dispersar el humo de su cigarro.

—¿Problemas de familia? —murmura, bajando la voz, echando una mirada

rápida hacia las otras mesas, más discreto respecto a la intimidad de Bianco que de la suya propia.

Bianco hace un ademán vago, que puede significar muchas cosas a la vez, la negativa o su contrario, un poco brusco en su ambigüedad, que en vez de reforzar la discreción de Garay López enciende, del modo más imprevisto, por primera vez, esa chispa de insolencia, que le inspira el pasado brumoso de Bianco y que con el tiempo irá haciéndose cada vez más descarada, con el fin tal vez de exasperarlo y de obligarlo a abandonar su circunspección.

Pero algo todavía más imprevisto se produce: la reserva de Bianco, en vez de inducirlo al silencio, vuelve a Garay López más franco, e incluso más dicharachero, como si esa reserva le restara dignidad a su propia vida y hasta los detalles más personales pudieran ser expuestos, sin ningún límite, en la vía pública. Es casi un adolescente todavía, está empezando a envejecer sin haber madurado completamente por dentro, piensa Bianco, oyéndolo referirse a su propia familia con volubilidad, casi con cinismo.

Según Garay López, no únicamente su ciudad natal lo ahoga, el caserío chato y disperso en la proximidad del gran río, la ciudad que es como un desierto perdida entre las islas que hierven de serpientes y de caimanes, y en la que no sólo las solteras o los viejos espían, sin otra ocupación que esperar la muerte, detrás de las ventanas, sino también las lindas herederas que apenas si saben deletrear el abecedario y los hombres de veinte años a quienes les basta obtener un diploma gracias a sus relaciones en Córdoba o en Buenos Aires para estar seguros de que veinte años más tarde ocuparán el sillón del gobernador; no solamente la ciudad, con las afueras miserables y anónimas en las que el verano terrible reseca los basurales y las carroñas, con los patios de los ricos que son todos parientes entre ellos y que entre ellos son propietarios de casi toda la llanura en la que únicamente tienen que dejar multiplicarse el ganado para multiplicar su fortuna, no solamente la ciudad, continúa Garay López, aunque los anochece sin nadie, pero nadie con quien hablar, con quien comparar algún pensamiento, algún estado de ánimo que difiera ligeramente de lo que los que poseen todo han decidido que todo el mundo debe pensar o sentir, esos anochece sin nombre, inenarrablemente tristes y vacíos, bastarían para deseárselo a ese caserío inexistente que tiene el impudor de llamarse a sí mismo una ciudad el mismo destino que a Nínive y a Sodoma.

—Todas las ciudades son iguales desde ese punto de vista —lo interrumpe Bianco—. París, Londres, Roma. Todas.

—Tal vez —dice Garay López, sin parecer haberlo escuchado. Y después, como para sí mismo—: Tal vez.

Pero no solamente la ciudad: es la familia sobre todo, el padre, las dos hermanas, el hermano menor. La madre, dice, murió cuando traía al mundo a su hermano. Garay

López baja la voz disponiéndose a decir algo, no por discreción, sino como ahogado por un gemido de odio que lo hace inclinarse un poco, entrecerrar los ojos, y mirar fijo a Bianco, de abajo hacia arriba, como si, a causa de lo que está por decir, se aprestase a recibir el golpe que le será devuelto inevitablemente a causa de su frase: «No se da a luz impunemente a un incendiario.»

Al oírla, Bianco mueve ligeramente la cabeza y mira la botella de vino, vacía, de vidrio oscuro, que descansa sobre la mesa. Garay López adivina su pensamiento y se echa a reír:

—No, cher ami. No rebaje a alcoholismo mi indignación.

—No. Simplemente, quería pedir otra —dice Bianco.

—Un cognac —dice Garay López.

Piden cognac. El calor casi insoportable de la calle es todavía más insoportable en el restaurant, y el cognac le hace brotar a Garay López unas gotitas amarillentas en la frente que empiezan a deslizarse por los pómulos y a perderse, dejando unos regueros tortuosos sobre las mejillas, en la barba negra. Un cliente le grita a uno de los mozos que abra las puertas para dejar pasar un poco de aire y, como es todavía temprano, la conversación, el sonido de las voces, toma cierto relieve contra un fondo sonoro de cascos de caballos y de ruedas de vehículos que chocan o se deslizan, ruidosos, sobre el empedrado. Mido mis palabras: un incendiario, dice Garay López. Es mi íntima convicción.

Y le cuenta. Los registros de propiedad, en la llanura, son imprecisos, y los ganaderos disponen de la tierra como si toda la provincia les perteneciera. Desde hace un siglo, cuando empezaron a explotar el ganado salvaje y a domesticarlo, las cosas pasan de esa manera. Y cuando logran hacer recular de unas leguas a los indios, se reparten entre tres o cuatro familias las tierras conquistadas. De esas mismas familias salen los gobernadores, los jueces, los obispos, los militares. Sus miembros se casan entre ellos y se multiplican del mismo modo que sus ganados. Su propia familia es prácticamente la más poderosa. El gobernador es un tío suyo, hermano de su madre. Multiplicarse ellos y el ganado, ensanchar sus tierras: es todo lo que les interesa. Su propio padre hubiese podido ser gobernador, pero después de la muerte de su madre vive retirado, aterrorizado por la idea de la muerte y por su propio hijo, que lo tiraniza desde los trece o catorce años. Es su hermano Juan el que manda en la casa, el que dispone. Como creció sin madre, el padre, por compasión al principio y por temor un poco más tarde, le ha ido cediendo en todo. Y ahora es el esclavo de su propio hijo, un tirano irascible y caprichoso de veinte años.

Cuando murió su madre, al nacer Juan, él, Garay López, tenía siete años. También él, dice, ha crecido sin madre y, sin embargo, nunca cedió a la cólera, a la violencia como Juan, que desde que empezó a caminar tenía aterrorizado a todo el mundo, sirvientas, amigos, parientes. Es hosco, frío, reservado. Ya a los diez años desaparecía

en el campo durante días enteros, en pasatiempos brutales, solo en medio de la llanura, con un cuchillo más largo que su brazo cruzado en la cintura, en diagonal entre los riñones, y una carabina en la mano, recorriendo la tierra a caballo y durmiendo a la intemperie. A los quince años, una de las hermanas se lo había contado en una carta, mandaba a los peones a rebencazos y ya para esa época los peones, hombres de treinta, cuarenta años, capaces de degollar de un solo gesto a cualquiera que los mire de un modo un poco prolongado, le tenían miedo y al mismo tiempo lo adoraban como a un dios. Se harían matar sin vacilar por él. El año anterior él, Garay López, ha recibido la visita de uno de ellos, un degollador de indios que, haciendo girar nerviosamente el sombrero con las yemas de los dedos, casi en lágrimas, le pedía que intercediera por él ante su hermano, porque Juan, no sabe por qué razón, lo había echado de la estancia diciéndole que no quería volver a verlo en la región. Con él, con Garay López, las relaciones, durante la infancia, y a su vuelta de Europa el año pasado, han sido difíciles, por no decir inexistentes, el último año. Él, en la infancia, se había apiadado de Juan, de esa criatura que había visto todavía ensangrentada salir del vientre de su madre agonizante. Pero Juan no aceptaba ni el afecto ni la compasión. Era imposible penetrar sus pensamientos y, si había un dolor en su vida, ese dolor debía ser incluso para él mismo oscuro, incomprensible, ignorado, olvidado en sí mismo de ser dolor para salir hacia afuera en forma de rencor callado, de orgullo desmedido y de violencia.

A causa del cognac y tal vez de la comida, de la atmósfera pesada y caliente que parece acumulársele en la nariz y en la garganta, del restaurant del hotel en el que a pesar de las puertas abiertas no sopla ningún aire, Bianco deduce que gotas de sudor semejantes a las que se forman en la frente de Garay López deben estar brotándole en la espalda, porque la camisa se le pega a la piel en la que se le desplaza una especie de cosquilleo húmedo. Y piensa: «Por lo que cuenta de las costumbres del país, uno se pregunta si al hermano no le sobran las razones para ser intratable.» Pero después de vacilar un poco, ya que Garay López ha vislumbrado que un pensamiento acaba de atravesar su mente, comenta:

—No parece fácil su tierra.

—La tierra es inocente, cher ami —dice Garay López—. El problema son los que viven en ella.

Y lo mira con fijeza un momento.

Bianco sacude despacio la cabeza, con una expresión deliberadamente ambigua, que Garay López registra y comprende, porque, sacudiendo a su vez la cabeza con una risita sarcástica adopta por segunda vez durante la cena esa expresión insolente que, aun cuando produzca en Bianco una ligera irritación, es en realidad una especie de aquiescencia.

Hablan en francés, en inglés, en italiano. Por momentos, en un solo idioma,

durante varias frases, después, mechando uno de los idiomas con frases hechas o interjecciones de los otros dos, y, en los momentos en que el diálogo se exalta un poco, en los tres idiomas a la vez. De tanto en tanto, Bianco se aventura a proferir una que otra frase en español, para mostrar que, a pesar de que hace apenas una semana que ha desembarcado en esas costas chatas y ardientes, no está dispuesto a dejarse extraviar en las trampas invisibles que le tiende el idioma y que ya empieza a practicarlo con pronunciación vacilante y, como con todos los otros idiomas, aun el materno, peculiar y extranjera.

—Y los que viven en ella... —dice Garay López, y se interrumpe un momento, pensativo.

Toma un trago de cognac y prosigue: todo hubiese podido seguir así, dice, hasta el fin de los tiempos. Pero al gobierno nacional se le ocurrió, vaya uno a saber por qué, y usted, cher ami, tal vez lo sepa mejor que yo, traer agricultores de Europa para distribuirles tierras fiscales y hacerlos sembrar trigo, y ese tipo de cosas, ¿no?, tal vez pensando que, si la esposa del presidente de la república se ve alguna vez obligada a viajar a las provincias del interior, la comitiva podría hacer un alto en alguna de esas pequeñas propiedades y descansar una noche antes de llegar a destino. Lo cierto es que, con sus familias, algunos italianos, suizos, dos o tres asturianos, se instalaron en los alrededores y se pusieron a sembrar trigo, dice Garay López. A sembrar trigo, agrega, en una franja de tierra que el gobierno nacional les había atribuido, pero que, por una de esas malas casualidades, venía a quedar justo en unos campos de pastoreo que su familia, la de él, la de Garay López, consideraba como de su pertenencia, aunque, a decir verdad, no figuran en ningún catastro. El pasto de la región no es el mejor de la llanura; hay demasiada arcilla en el suelo, lo que impide la absorción de humedad; pero el pasto de los campos familiares es de todos modos de buena calidad, y el de esa franja de atribución flotante, casi tan bueno como el del sur de la provincia de Buenos Aires, a la que el gobierno nacional no destina ningún inmigrante, por la sencilla razón de que esos campos pertenecen justamente a los miembros del gobierno. Juan, según Garay López, había ido a hablar con su tío, el gobernador, que le respondió, según Garay López, querido sobrino, los tiempos cambian, no puedo echarme atrás porque, justamente, para aceptar a esos inmigrantes, le pedí en cambio al gobierno unas buenas tierras de pastoreo al sur del río Carcarañá, cosa que me fue acordada, de lo que deberías sentirte satisfecho porque ya pertenecen a la familia, pero según Garay López el hermano no quiso saber nada, y al cagatintas de la gobernación que lo quiso acompañar hasta la puerta, lo hizo a un lado de un rebencazo. Al principio, los inmigrantes no se dejaban intimidar ni por las presiones, ni por las amenazas, y se instalaron nomás a sembrar trigo. Sin ser tan buena como la del sur de la provincia de Buenos Aires, esa franja flotante es tan buena que puede dar hasta dos cosechas de trigo por año, dice Garay López. Exige trabajo, sacrificios

incluso, pero los devuelve con creces —es lo que he oído decir, dice, con su risita habitual Garay López, ya que como lo puede comprobar, estas manos (y las extiende en el aire, las palmas hacia arriba, por encima de las copas de cognac y de los platos en los que se enfrían los restos de comida) no han trabajado mucho la tierra en sus veintisiete años de existencia. Pero cuando la primera cosecha de trigo estaba a punto, bien madura, lista para ser recogida, se produjo un incendio que la destruyó por completo. Es verdad que fue un año muy seco y que esos accidentes son frecuentes, pero como por casualidad, las otras tres cosechas que siguieron tuvieron un destino semejante: la siguiente, cuando ya el trigo había sido cortado y almacenado, listo para ser mandado a la ciudad; y las dos otras, dos o tres días antes de la cosecha. Después del cuarto accidente, los campesinos, comprendiendo por fin la alusión, abandonaron los campos y se volvieron, algunos a la ciudad, otros a Buenos Aires, y otros incluso a Suiza o a los campos de Asturias. Desde entonces, la franja de tierra está abandonada, y el ganado de mi familia masca otra vez tranquilo esos pastos jugosos.

—Una serie de coincidencias desdichadas —dice Bianco.

—Le agradezco su delicadeza —dice Garay López.

—No hay que torturarse —dice Bianco.

Pero, a decir verdad, la historia no lo ha impresionado. A distancia, se está preguntando por qué el hermano eligió esa solución, la última que él, Bianco, hubiera elegido, pensando también que él tiene demasiado sentido práctico como para llegar a esos extremos, y con la celeridad de un estratega que dos minutos más tarde tiene que mandar sus tropas al campo de batalla, pasa en revista toda una serie de soluciones intermediarias que él hubiese adoptado y de la que no únicamente él, sino incluso los campesinos hubiesen quedado verdaderamente satisfechos. Y todo eso sin ningún tipo de proyección psicológica sobre los campesinos, ni ningún estímulo humanitario, sino simplemente considerando a los inmigrantes como un factor más de un problema práctico que exige una solución, de la misma manera que cuando el cónsul en Agrigento le propuso su trabajo a cambio de tierras, y él empezó a recorrer Italia para enrolar a los campesinos en la aventura, en ningún momento su actividad le pareció otra cosa que la fase inevitable de un proceso que le permitiría a él, Bianco, instalarse en una región del planeta lo bastante alejada como para escapar al escándalo y lo bastante retirada y capaz de ofrecerle un buen pasar como para disponer del ocio que le requeriría su refutación a los positivistas. Y pensando también: su familia es la más rica de la provincia por dedicarse al ganado. Por lo tanto, hay que dedicarse al ganado.

Garay López, satisfecho a causa de sus confidencias, o del cognac tal vez, o de la velada en general, al principio de la cual ha estado evocando recuerdos de París, Londres, Roma, se desploma un poco en la silla y, dándole las últimas chupadas a su cigarro, en medio de una nube de humo grisáceo, lo aplasta contra el plato, entre los

restos ya fríos de comida, y después de asegurarse que no queda ninguna brizna de tabaco encendida, levanta la mirada sonriente pero un poco melancólica hacia Bianco.

—Lo aburro con estas historias de familia —dice, y metiendo la mano en el bolsillo saca su reloj.

—Al contrario, son muy instructivas —dice Bianco, viendo a Garay López abrir el reloj, mirar la hora, llevarse el reloj al oído, sacudirlo varias veces, tratando de escuchar el tic-tac, dándole cuerda y volviéndoselo a llevar al oído y volviendo a agitarlo varias veces hasta que, con expresión resignada, se dispone a guardarlo otra vez en el bolsillo.

—Está roto —dice.

Bianco estira la mano abierta hacia él y, con aire obediente pero sorprendido, Garay López lo deposita sobre la palma. El reloj de plata, cerrado, chato, se apoya sobre la palma abierta de la mano derecha, rozando el borde de la venda en el anular que el propio Garay López le ha cambiado el día anterior. Bianco inclina levemente la palma hacia Garay López para mostrarle bien el reloj y la palma, que permanece todo el tiempo abierta, hasta que después de unos segundos de transición, durante los que se queda inmóvil y rígido y con los ojos entrecerrados, estira el índice y el medio de la mano izquierda y los hace girar lentamente varios centímetros encima del reloj, sin tocarlo, describiendo en el aire unos movimientos circulares cada vez más estrechos, como si, a decir verdad, más que círculos, los dos dedos estirados y bien pegados uno al otro estuviesen describiendo en el aire una espiral. Por fin se detiene, abre los ojos, y le ofrece a Garay López su reloj con un ademán ceremonioso. Garay López lo abre, lo mira, controla la hora en el péndulo que cuelga en una pared del restaurant, se lleva el reloj al oído con una sonrisa, sacudiendo afirmativamente la cabeza, y después, cerrando el reloj, se lo guarda nuevamente en el bolsillo.

—Chapeau, cher ami.

Bianco se encoge de hombros. Cuando salen del restaurant, ya es más de medianoche, pero el aire sigue caliente, pringoso, y después de caminar unos metros, se sacan los sacos, se arremangan la camisa, y con el saco sostenido con un dedo por el cuello, dejándolo caer a lo largo de la espalda por encima del hombro, o plegado sobre el brazo, se dirigen hacia el río.

—En mi provincia —dice Garay López— los pasos de un hombre siempre lo llevan instintivamente hacia el río.

En la ciudad en penumbras, de tanto en tanto cruzan algunos cuerpos, un poco más oscuros, que se mueven en la oscuridad. De tanto en tanto también, en las veredas, hay alguna familia sentada en sillas o en los umbrales, resistiéndose a ir a dormir, empeñándose en querer respirar el aire fresco, puramente imaginario, de la madrugada.

Cuando llegan a la orilla del río, ven dos o tres faroles que se desplazan, lentos y duplicados por el agua, y Bianco siente por primera vez en su vida, él, que a los cuarenta años creía conocer ya todos los olores, el olor peculiar del río, a pescados salvajes desconocidos, a greda empapada, a detritus vegetales, a carroña subacuática, a tierra arrasada o carcomida.

—Pescadores —dice Garay López aludiendo en la penumbra a las luces duplicadas que se desplazan horizontales por el río casi invisible. Y después le dice que, cuando venga al hospital a cambiarse la venda en el anular, le dará unas cartas de recomendación para su familia.

Pero al día siguiente, cuando recién acaba de despertarse, a eso de las once de la mañana, el pelo color ladrillo empapado y pegado a las sienes, las sábanas mojadas por su propio sudor, la luz matinal desmesurada y amarilla entrando por las rendijas de los postigos, unos golpes a la puerta lo sacan de su entresueño vagamente extrañado, y cuando pregunta quién es, la voz de Garay López le responde en un francés jovial:

—Estoy al tanto de sus penas. Pero no se preocupe. Seré una tumba.

Y cuando entra en la habitación, ligeramente excitado, dándole apenas tiempo para vestirse, despliega sobre la mesa tres o cuatro revistas francesas del año anterior, llenas de largos artículos sobre su escaramuza con los positivistas, artículos que él, Bianco, ya ha leído y releído cincuenta veces, con furor, con desprecio de sí mismo, con resentimiento, con proyectos asesinos y también con desesperación. Una revista le ha incluso dedicado la tapa, una gran caricatura en colores en la que Bianco, regordete, los brazos y las piernas finas, el pecho y el vientre prominentes y una gran cabeza en la que su cabello rojo aparece representado como una llamarada turbulenta, mira perplejo a un payaso que, encaramado al Big Ben, realiza sobre la esfera del reloj el mismo movimiento espiralado que él ha hecho la noche anterior sobre el reloj de Garay López. Durante unos segundos, desconectándose de Garay López, del presente, del mundo, de su propio ser, Bianco se vuelve un borbotón ciego de humillación y de furia, hasta que, con gran esfuerzo, empieza a murmurarse en su interior, calma, calma, he venido a enterrarme aquí justamente para refutar todo eso, tengo un baúl lleno de libros y la fuerza de mi pensamiento sigue intacta, y cuando alza los ojos, o los abre, o simplemente sin haberlos ni bajado ni cerrado empieza a ver otra vez el exterior, a medida que el borbotón de furor y vergüenza refluye otra vez, se encuentra con la cara grave de Garay López, a cuyas mejillas, tan deliberadamente pálidas, han subido dos manchas rojizas, y la boca, abierta entre el matorral de barba negra, lacia y bien recortada, se ha abierto, sorprendida y un poco temblorosa.

—Discúlpeme —dice Garay López—. No pensé que iba a ponerse así.

—¿Así? ¿Cómo? —responde Bianco, riéndose, y ordenando, con tranquilidad

calculada, satisfecho de sentir que sus manos no tiemblan, las revistas—. Simplemente, estoy sorprendido de comprobar que podemos contar con información europea en estas tierras tan lejanas. Agradablemente sorprendido.

Si él hubiese sido verdaderamente un espía prusiano, ¿habría venido a enterrarse en medio de la pampa? La camarilla positivista de París mostró, lanzando esas calumnias, su incapacidad de rebatir con verdaderos argumentos científicos la realidad de sus poderes, poderes que él, lejos de utilizarlos para sus fines personales, tuvo la inocencia y la buena fe de poner a la disposición de esos señores. Él mismo, durante años, descreyó de su fuerza —en nuestro siglo, doctor, nacemos positivistas y únicamente después y sí tenemos suerte, algunos pocos tropezamos a veces con verdades más sólidas y más esclarecedoras.

Únicamente por obstinación obtusa, si uno se topa con esas verdades, puede quedarse en la mera apariencia de la materia. La materia es el corolario del espíritu; lo que creemos percibir no hacemos más que representárnoslo; nos representamos lo rugoso, y nos representamos las yemas de los dedos con las que creemos tocar lo rugoso.

A medida que va hablando, Bianco observa, con miradas rápidas y disimuladas, la reacción de Garay López, que es sin la menor duda satisfactoria ya que, desde hace un momento, moviendo afirmativamente la cabeza, Garay López se apresta a decir algo que probablemente aprueba e incluso refuerza las palabras de Bianco, pero se contiene para no interrumpirlo, de modo que Bianco, para verificar su observación, termina su frase y hace silencio dando lugar a la respuesta.

—Es lo que he podido comprobar en la facultad de medicina —dice Garay López—. Es el chiste predilecto de mis colegas: nunca logré dar con el alma durante las disecciones.

Pero él, Garay López, que se ha pasado ocho años removiendo vísceras humanas, sabe que al alma no hay que buscarla entre esas vísceras sino en la mano que maneja el escalpelo.

—Esa alma sin la cual no hay escalpelo —dice Bianco. Y en seguida—: Ya que tuvo la amabilidad de invitarme anoche en mi propio hotel, ¿me permite que lo invite a almorzar en el lugar que usted prefiera?

Y salen a la calle, al mediodía de verano. Bianco nota otra vez, en las calles derechas y llanas, la presencia del campo, no únicamente en los baldíos, en los patios y en los jardines, sino en la atmósfera misma, en la disposición de las casas, en las calles de tierra, en las juntas del empedrado, en las que, a pesar de las idas y venidas de coches y de caballos, crece el pasto hacia arriba, verde, flexible y terco, y las gramillas se ramifican. Pero también en algo indefinible, en los frentes de las casas, de ladrillos sin revocar, y en la sensación inequívoca de que todo eso es reciente, precario, y que visto desde la llanura, el caserío dispuesto en ese esquema

cuadrículado, ha de parecer un amontonamiento irrisorio y chato y aun un espejismo. Cuando han andado unas cuadras, un hombre se cruza de vereda y plantándose frente a ellos les sonrío, hablando italiano, e impidiéndoles avanzar. A Bianco le cuesta varios segundos recordar dónde ha visto su cara, hasta que reconoce en el hombre a un calabrés que venía en el barco, y con el que ha conversado una noche que se paseaba por el puente inferior.

—Cómo lo tratan, ilustrísimo —dice el calabrés.

—Por ahora bien —dice Bianco—. ¿Y a usted?

El calabrés hace un gesto vago, encogiéndose de hombros y sonriendo ligeramente, un gesto que podría significar que la situación es incierta pero que él está dispuesto a aceptar lo que se presente.

—¿La familia? —dice Bianco.

—En el puerto —dice el calabrés.

—¿Todavía? —dice Bianco.

El calabrés hace un gesto consistente en frotar rápidamente las yemas del índice y el pulgar, para significar que no tiene dinero.

—Por suerte hace calor. Se puede dormir afuera —dice el calabrés.

Bianco saca unos billetes, y se los pone en el bolsillo superior del saco, no sin que el calabrés presente una resistencia cohibida, retorciéndose un poco, para tratar de impedir que los billetes entren en el bolsillo.

—Mil gracias, ilustrísimo —dice por fin, inmovilizándose para dejar entrar los billetes.

—Hasta la vista —dice Bianco.

Sacándose el sombrero y volviéndoselo a poner, el hombre se despide, acompañando su gesto de una breve reverencia. «La única manera de hacerse verdaderamente rico, sin problemas, en este país o en cualquier otro, es tener a los pobres de su lado», piensa Bianco, bajo la mirada discreta pero admirativa de Garay López, quien, a decir verdad, desde que lo ha conocido, parece dispuesto a concederle un crédito ilimitado de simpatía, por razones un poco oscuras, propias del carácter de Garay López quizás y que, después de todo, Bianco no sólo no encuentra completamente injustificadas, sino que incluso extrae de ellas cierto placer, una especie de confianza, en sí mismo o en su buena estrella, en los días y los años que se preparan, y también en ese hombre joven, de cabello y barba renegridos, lacios y bien recortados, vestido con un traje elegante de hilo color habano, que ahora, una cabeza por lo menos más alto que él, pasea a su lado por las veredas irregulares bajo un cielo azul turbulento de tan puro, que el sol, no lejos del cénit, horada con sus fluctuaciones incandescentes y ásperas.

—Comprenderá por qué anoche puse ciertas objeciones a su... ¿cómo la llama? Su escrito sobre los reyes magos.

—Alegoría teatral —dice Garay López.

—Alegoría teatral. Eso —dice Bianco—. Me pareció percibir en ella, al menos como usted la describe, relentes del abominable materialismo de este siglo. Yo también combato a los dioses, pero en nombre del espíritu. También ellos llevan la marca de la materia.

—No sabe lo cerca que lo siento de mi pensamiento —dice Garay López.

—Tan cerca, espero —dice Bianco, jovial, y refregándose las manos— como estamos nosotros del restaurant.

Pasa en Buenos Aires todo el verano, en primer lugar porque el registro oficial y definitivo de sus tierras en el norte lleva más tiempo del que había previsto, y también porque Garay López le desaconseja que se instale en la ciudad en verano, a causa del calor —es todavía más terrible que en Buenos Aires, dice Garay López, más terrible que todo lo que usted pueda imaginar, en esos días de enero uno se siente más abandonado, más perdido, más irreal; si en los días templados ya la vida parece irrazonable y vacía, en los meses de verano la condición de los hombres y de las cosas se fragiliza y todo tiende, ligeramente febril y exhausto, a la aniquilación. Ante esas declaraciones, las cejas rojizas de Bianco se fruncen un poco y una sonrisa escéptica aparece en sus labios, acentuando el rictus amargo: él, Bianco, suele responderle a Garay López, es indiferente al invierno como al verano, a los días claros o nublados, le da lo mismo la sequía que el chaparrón, es siempre idéntico a sí mismo, indiferente a los cambios del exterior, y no se atiene más que a un objetivo: instalarse lo antes posible en sus tierras, al sur del río Salado, largar en esas tierras algunos animales, y dedicar la mayor parte de su tiempo al pensamiento, a la abstracción, a la elaboración bien concebida y limpia de un sistema que desbarate por fin las patrañas positivistas, y a recuperar el pleno uso de sus poderes que, debe reconocerlo, los acontecimientos de París han debilitado un poco.

Así que a fines de marzo remonta el río en un vaporcito que avanza lento, tembloroso, cargado de bultos y de pasajeros —italianos, vascos cuyo oficio es cavar la tierra, irlandeses, un francés tísico— y dos días más tarde desembarca en la ciudad.

«No me da la impresión de ser la Sodoma que usted me pintó», le escribirá, en francés, la semana siguiente a Garay López, «pero admito que el otoño es todavía caluroso. Ahora entiendo por qué no hay mosquitos ni en Londres, ni en Berlín, ni en París: la cantidad que zumba en el aire a mi alrededor mientras le escribo agota la capacidad de producción de la madre naturaleza. Todos los individuos de la especie parecen celebrar esta noche su congreso anual. O tal vez esta ciudad es la Babilonia de los mosquitos. He encontrado una habitación en la fonda que usted me indicó y la esposa del Español cocina bastante bien. Hay un patio magnífico; las naranjas estarán a punto dentro de un mes más o menos. Todavía no he ido a conocer mis tierras, ni me he permitido visitar a su familia, donde estoy seguro que seré bien recibido, por

una parte al menos, gracias a su amable carta de presentación. Estoy dándome mi tiempo. Paseo mucho por la ciudad, y no veo en ella, se lo repito, los atributos satánicos que cierto joven doctor demasiado sensible a quien conocí en Buenos Aires, pretende encontrar cuando divaga por las calles. Reconozco que no me esperan muchas diversiones, pero por ahora sólo me preocupa empaparme del lugar que, sin duda, será mi centro de operaciones en los próximos años. De Buenos Aires, aparte de su inteligente y utilísima compañía, extraño a ciertas señoritas que, con preocupación de higienista, usted tuvo el tino de hacerme conocer».

A decir verdad, si no ha ido a visitar todavía a los Garay López, es porque quiere fijar bien, en los documentos oficiales de la provincia, la ubicación, los límites y las dimensiones exactas de sus tierras antes de conocerlos, quiere llegar a ellos como propietario, hablar con Juan de igual a igual, darle a entender que, si son vecinos e incluso si él, Bianco, decide un día arrendar sus tierras a campesinos para que siembren trigo, la mala suerte del incendio repetido de las cosechas no le desalentará como a los pequeños propietarios del año anterior; y también porque le parece prudente observarlos de lejos, saber algo más sobre ellos antes de empezar a frecuentarlos, convencido, ya desde los años oscuros, que, en toda relación, el que sabe más del otro está en posición de fuerza, tiene la superioridad del conocimiento, puede sacar partido de lo que sabe. Así que una noche de lluvia, después de la cena, invita al Español a su mesa cuando todos los otros clientes se han retirado, y se ponen a conversar. El Español hace años que vive en la ciudad; primero ha sido arrendatario de un campito al este de Córdoba, pero un par de años la lluvia y otro la sequía le arruinaron las cosechas, así que decidió abandonar el campo. Un vasco le propuso que dejaran las familias en Córdoba y se fueran a cavar zanjas al sur por una temporada. Los criollos no quieren cavar; piensan que es un trabajo deshonesto. Y la única forma que tienen estos —con esa palabra y con un movimiento vago de la cabeza el Español designa todo el país— de fijar límites en la llanura a la propiedad, al ganado y a los indios, es cavar zanjas. Es un trabajo matador. En una sola temporada, se destrozó las manos y los riñones, pero como en el país nadie quiere cavar, es también un trabajo bien pagado. Un trabajo de brutos, dice el Español, para irlandeses o para vascos. Mire cómo me quedaron las manos, y eso que hice una sola temporada, hace más de diez años. Bianco mira las manos, que no se muestran demasiado arruinadas, pero en las que el Español parece fijar, como otros en un relicario, sus recuerdos. El vasco se compró un campo y un montón de ovejas y él vino a instalar la fonda en la ciudad con lo que ganaron cavando en esa temporada. Bianco le sirve otro aguardiente, y el Español sólo acepta después de verificar, con miradas furtivas que recorren rápidas todo el salón, que su mujer no anda por las intermediaciones. ¿Los Garay López?, dice, contestando con una pregunta a la pregunta de Bianco. Y después, bajando la voz: son dueños de todo. El hijo mayor es médico,

pero vive en Buenos Aires. No se entendían con el hermano. El padre está muy enfermo; los nervios, parece. Es Juan, el hijo, el que dirige la estancia. Cuando está en la ciudad, a veces viene a comer a la fonda. Les encarga un guiso a la mañana y cae a la noche con cuatro o cinco vagos y dos o tres mujeres de mala vida, negras de las afueras, y se quedan comiendo, tomando y jugando a las cartas hasta la madrugada. La mujer del Español no quiere ni verlo; prepara el guiso a la tarde, lo deja en la hornalla para que la sirvienta lo recaliente, y se va con las criaturas a lo de unos vecinos. Él, el Español, lo había visto borracho más de una vez: se pone rígido, los ojos helados, y una mala expresión en la cara. Tiene veinte años, y ya está casi completamente calvo. Es difícil arrancarle una palabra; lo arregla todo a rebencazos. Entra y sale de la Gobernación como si fuese su casa.

Se entiende, dicen, mejor con el tío, el gobernador, que con el propio padre, que le tiene miedo. Veinte años, se da cuenta, dice el Español. Baja otra vez la voz y lanza sus miradas furtivas por el salón para verificar que la mujer no está en las inmediaciones: Muy putaño, dice. Podría tener las negritas más lindas de la provincia, apareárselas, todas muy limpias y bonitas, de catorce o quince años, que estarían contentas de que él las preñe, pero él prefiere las mujeres de mala vida, mucho más viejas que él; dicen, dice el Español, que se hace mandar de a dos o tres para él solo a la estancia. Cuando llegan nuevas al prostíbulo, las prueba primero él; y siempre vuelve con las más viejas, las más feas, las más pasadas. Hay que verlo pasar a caballo por las calles; renegrado por el sol, la calva despellejada por los flechazos, de modo que tiene un poco de vergüenza y rara vez se saca el sombrero, perdido en pensamientos que le hacen chispear de rencor los ojos. Y en el campo, siempre a caballo también con los peones de la estancia, una banda de animales, dice el Español, unos brutos analfabetos que no se bajan del caballo ni para dormir, con unos cuchillos grandes así en la cintura, que por un sí o por un no le marcan a uno la cara o peor todavía le sacan las tripas afuera y si andan con ganas de divertirse lo degüellan a uno, lo achuran, como dicen ellos. Gauchos brutos que no le pisan la ciudad, y que mejor no se los cruce uno en el campo ni de día ni de noche, dice el Español. Él los trata como perros, y como perros también le obedecen ellos. Si él les pidiese la madre se la traerían a la cama, dice el Español. Hace dos o tres años uno de los peones le dio veinte puñaladas a un inglés que le había llevado la hermana, y el hermano del inglés vino de Córdoba a buscarlo con unos soldados para hacerlo fusilar. Créame, él se opuso, dice el Español. No se lo pudieron llevar. Le dieron unas vacas a cambio, después de muchas tratativas. Era eso o nada, o tal vez otras veinte puñaladas para el inglés de Córdoba a lo sumo. Así que el inglés de Córdoba no tuvo más remedio que aceptar, dice el Español.

Bianco le sirve una tercera copita de aguardiente; después de echar sus consabidas miradas rápidas por el salón, el Español se manda un trago, se limpia los

labios con el dorso de la mano y, pensativo, se mesa un poco la barba entrecana: son dueños de todo, dice, bajando nuevamente la voz, como si la frase que acaba de pronunciar fuese el peor de los insultos o la más peligrosa de las revelaciones. Por eso andan siempre en guerra con los de Buenos Aires, con los del Paraguay, con los de Montevideo, con los de Corrientes o los de Córdoba, dice. Un día se juntan unas provincias contra otras, otro día las que eran enemigas se vuelven aliadas y luchan contra las demás; y en la mitad de la guerra, dice el Español, se traicionan por un poco de ganado. Campo y ganado los vuelven locos a estos —dice el Español, moviendo otra vez con un vago sentido circular la cabeza, para indicar el país entero—. Por campo y ganado, dice el Español, degüellan y traicionan; para ellos una vaca vale más que un hombre, dice el Español. Aquí es mejor quedarse callado y trabajar cada uno en lo suyo, dice bajando un poco la voz. Él y su esposa se ocupan de la fonda; se sacrifican pero gracias a Dios les va bien, no se meten en política, y con esa gente, no se codean.

Unos días más tarde, cuando los trámites del registro finalizan, cuando ya han sido fijados en los documentos oficiales de la provincia los límites, la ubicación y las dimensiones exactas de sus tierras, Bianco compra tres caballos, se prepara un equipaje liviano en el que no faltan ni un revólver ni dos o tres libros, ni un poco de papel y tinta, ni una carabina, y una mañana de otoño, bien temprano, sale a recorrer la llanura.

Vuelve a la ciudad recién para la primavera. Hombre, le dice el Español de la fonda cuando lo ve entrar al cabo de seis meses: pensábamos que ya no volvía. El Español no lo nota, pero a Bianco unas arrugas finísimas que tiene alrededor de los ojos se le han hecho un poco más profundas. El pelo colorado, las cejas de color ladrillo, encrespados, largas, retorcidas, tienen una consistencia metálica, como si la intemperie de tantos meses las hubiese recubierto de una película finísima de cobre. Cuando se acuesta esa noche en su habitación de la fonda, es la primera vez en seis meses que su cuerpo, un poco más reseco, menos inflado que antes de partir, experimenta el contacto de una cama. A Bianco le parece demasiado blanda, incómoda, y los músculos, acostumbrados a la resistencia indiferente y firme del suelo, se acomodan mal a la docilidad del colchón. En los seis meses en que ha desaparecido de la ciudad, Bianco ha recorrido la llanura en todas direcciones, evitando los pueblos escasos e incluso los ranchos aislados o las estancias, viviendo todo el tiempo a la intemperie, casi sin bajar del caballo durante el día, indiferente a la lluvia, al sol que castiga incluso en invierno, al viento o a las heladas, cazando para subsistir o haciendo sus provisiones en las pulperías un poco desoladas del desierto a las que los criollos lo veían llegar, silencioso, serio, con el revólver en la cintura, montando en un caballo y arriando los otros dos o trayéndolos con una rienda larga al costado o detrás de su cabalgadura. En los seis meses, no ha dormido una sola vez

bajo techo ni en una cama, casi no ha hablado con nadie, a no ser dos o tres diálogos convencionales cruzados con el patrón de alguna pulpería o con algún jinete de paso en medio de la llanura, hablando ya sin timidez y sin vacilaciones el idioma del lugar, con un acento extranjero todavía más fuerte que el que tiene cuando habla hasta su idioma materno, si pudiese saberse con exactitud cuál es ese idioma materno. Ha observado con atención la tierra, los pastos, los animales, el cielo, viendo borrarse al alba, poco a poco, las constelaciones, ha estado atento a la dirección y a la fuerza de los vientos; acurrucado bajo una capa impermeable, casi entre las patas de los caballos, ha esperado que pasen las lluvias torrenciales que duran dos o tres días, las tormentas eléctricas, el granizo. Por momentos, ha parecido una presencia fantasmal en la tierra lisa y vacía, con sus tres caballos bien elegidos, mejores que casi todos los otros que ha cruzado en la llanura. Adrede, se ha exhibido un poco en los campos desiertos, ha pasado y vuelto a pasar por los mismos lugares, para señalar bien su presencia, su existencia, su realidad y ha recorrido varias veces el perímetro de su tierra para marcar de un modo inequívoco su territorio y hacérselo evidente a los otros, se ha instalado en la llanura para recorrerla desde dentro, tratando de interiorizarla, hacérsela a sí mismo connatural, tendiendo a reconstruir en su interior la percepción que tienen de ella los que han hecho su aparición en ella, los que, como Adán con el del Paraíso, están amasados con el barro gris que pisan los cascos de sus caballos, estancieros, peones, indios, arrieros, carreros, ladrones de vacas e incluso prófugos de la justicia y asesinos. De modo que cuando al final de ese ir y venir incesante, imperturbable y casi estoico, una semana antes de volver a la ciudad, desensilla en una pulpería para contratar dos o tres peones, ya no únicamente el pulpero sino también los peones, los vagos y los asesinos que están tomando aguardiente o ginebra junto a la reja o en unas mesas desvencijadas, lo conocen, han sabido, quién sabe cómo, que a pesar de su pelo colorado no es un inglés, que tiene veinte leguas cuadradas al sur del río Salado, que sin duda está tratando de poner animales en ella, y que con toda seguridad está bajando del caballo ante la entrada de la pulpería para proponerles trabajo a los que estén libres en ese momento. Cuando sale de la pulpería, dos o tres gauchos lo acompañan, retraídos, casi tímidos ante el extranjero que monta un caballo mejor que los de ellos y que lo monta con la misma agilidad y destreza que ellos, y que ya parece conocer la región tan bien como ellos. No es el revólver que lleva en la cintura lo que los induce a respetarlo, el revólver que forma parte de su indumentaria, como el sombrero o el pantalón, y que el extranjero lleva como olvidado en la cintura, aunque algo les dice que no vacilará un segundo en utilizarlo si fuese necesario, no, no es el revólver, sino todos esos meses pasados a la intemperie y la imperturbabilidad que adquirió mientras los pasaba o gracias a la cual pudo pasarlos, el haberse metido bajo la piel de la llanura y haber cavado en ella sus propias galerías como un topo, el haberla atravesado indemne, aceptando sus leyes

sin embargo dejarse aniquilar por ellas. Lo que los peones no saben es que lo que ellos consideran una iniciación, casi una gesta, para Bianco no es más que la consecuencia de un cálculo, un período obligatorio por el que debe pasar, ya que está dispuesto a hacerse rico y para eso sabe que tiene que conocer y en cierto sentido dominar la tierra en la que va a instalarse y los hombres que la habitan.

Todo ese gran rodeo por la llanura no ha sido más que un trayecto laborioso pero necesario para pasar del estado en que se encuentra a otro mucho más intenso y placentero, mero pretexto también para disponer del ocio necesario destinado a la refutación de los positivistas, pasto servil de la materia y escritas encaramados a los pretendidos puestos de vigía del siglo. Lo que los peones creen que Bianco ha realizado para ser igual a ellos, en realidad, atravesando sin detenerse en él el pasaje de esa identidad, lo ha hecho para diferenciarse mejor de ellos, y su aprendizaje no es más identificatorio que las observaciones de un cazador sobre las costumbres de un tigre con el fin de domesticarlo o de vender su piel. Lo cierto es que cuando vuelve a la ciudad, aun si no ha soltado todavía ni un solo animal en el campo, ya los peones trabajan para él.

Varias cartas de Garay López lo esperan en la fonda. La primera es una respuesta a la que Bianco le enviara al llegar a la ciudad, una especie de sátira narrativa un poco disparatada sobre las aventuras de Bianco entre los notables, en los chocolates, en los bailes y en los negocios, pero en la segunda carta ya Garay López se extraña de que no haya ido todavía a visitar a su familia, como lo ha sabido por la carta de una de las hermanas. En la tercera se inquieta un poco por el silencio de Bianco, y hasta se le escapa en ella cierta irritación, un tono de reproche que hace sonreír fugazmente a Bianco mientras la lee. La última, en cambio, adopta, por despecho tal vez, ese tono insolente, un poco indiscreto que le inspiran los orígenes misteriosos y la reserva calculada de Bianco. «Cher ami... dear friend... caro amico... No sé en qué idioma encabezar esta carta para expresarle mi preocupación y también mis perplejidades. Sé que usted encarece el misterio, que es tal vez en su caso un gaje del oficio, pero le aseguro que este silencio de su parte de más de cuatro meses, me inquieta un poco ya que he sido informado por su casero de que todas sus pertenencias siguen amontonadas en un altillo y que usted no ha dado desde su partida ninguna señal de vida. Lo creo lo bastante prudente como para no cometer errores fatales, pero esas tierras salvajes pueden tomarlo desprevenido con asperezas insospechadas. Créame que le atribuyo la más noble de las superioridades, la del espíritu, pero me perturba un poco la atmósfera equívoca que su reserva alimenta y me parece intuir en usted, detrás del busto sereno del pensador, la sombra del aventurero.»

Con la pluma en la mano, en el aire, la hoja blanca sobre la mesa, Bianco se queda inmóvil, pensativo, antes de decidir las palabras con que comenzará su respuesta, y después de unos momentos de indecisión, moja por fin la pluma en el

tintero. «Caro dottore», empieza en italiano para seguir después, hasta el final de la carta, y un poco explicablemente, en francés, «En una de sus cartas me reprocha usted no haber visitado todavía a su familia, pero me desagradaba hacerlo cuando ciertos problemas prácticos no estaban aún resueltos, por temor de imponerle esa resolución a su familia. Ahora que tengo la impresión de ser ya un hombre de la zona, puedo permitirme hacerles una visita totalmente desinteresada. Le informo que he pasado todos estos meses en el campo, en la más completa soledad, viviendo de la caza, sin hablar con nadie, alternando el ejercicio del pensamiento puro con la acumulación del saber pragmático. Aunque injustificada, le agradezco su preocupación, y en otro orden de cosas, debo decirle que tomo la palabra aventurero, estampada por usted no sin vehemencia aunque con cierta ligereza, en su acepción épica y no moral».

Por fin, a la semana de haber vuelto del campo, Bianco va a visitar a la familia de Garay López —se hace anunciar por el mandadero de la fonda, enviando con él para que lo anteceda, la carta de presentación de Garay López, y de las manos del mismo mandadero recibe, redactada con una escritura femenina un poco laboriosa, una invitación para el día siguiente. Una sirvienta paraguaya lo introduce al patio, donde, bajo una glicina florecida, que deja pasar, por huecos múltiples, el sol de las cinco, el padre y las dos hermanas de Garay López, sentados en sillones de mimbre, lo están esperando, y el padre, con aire ligeramente indeciso, se levanta a medias al verlo entrar.

—Mi hijo nos anunció su visita hace varios meses. ¿Qué le pasó?

Bianco nota que el hombre trata sinceramente de ser amable pero que algo en la situación lo incomoda, el hecho de que Bianco llegue a ellos con una carta de presentación de su hijo mayor tal vez, lo cual, piensa Bianco, puede traerle complicaciones con el menor, si es cierto que los dos hermanos se odian tanto. Pero hay algo más: el hombre entero trasunta una incomodidad general, una inadaptación a su cuerpo o al mundo, que se percibe en su cara flácida y movediza, en la forma torpe de los pies, en la solicitud vacilante que manifiesta hacia los demás, menos por cortesía que por temer tal vez que la iniciativa de los otros, haciéndolos existir demasiado en la expresión de sus deseos, no lo destruya. Aunque apenas si debe tener sesenta años, ya se siente desmoronado y perdido —algo debió quebrarse en él en un determinado momento de su vida, tal vez mucho antes de la muerte de su mujer, que ha sido el pretexto y no la causa de la aparición de ese tinte ruinoso, de esa voluntad en disolución. Y las hijas, que deben tener entre veintidós y veinticinco años, acurrucadas en esa sombra venenosa, ya están empezando, prematuras, a marchitarse. Parecen haber depuesto todo deseo, en nombre de quién sabe qué principios ignorados incluso por ellas, pero distribuidos sin cesar en todo su ser por la circulación de los humores y la continua renovación de los tejidos. Dan la impresión,

no de no esperar nada, sino de no desear esperar algo, agrisadas aún en la proximidad del verano que despliega una luz caliente entre las glicinas. Bianco, quien antes de venir se ha dicho que una de las hermanas de Garay López podría ser un casamiento interesante para un hombre como él que tiene el proyecto de hacerse rico, ha comprendido al primer vistazo, con únicamente percibir las sentadas en sus sillones de mimbre, que la idea misma de semejante matrimonio, o de cualquier matrimonio para ellas, ni siquiera las alcanzaría, que no solamente su comprensión permanecería cerrada, impermeable a la propuesta, sino que incluso también sus oídos se cerrarían, refractarios al sonido como la comprensión al sentido de las palabras.

—Ningún contratiempo, no —dice Bianco, sentándose en el sillón de mimbre que el hombre le indica.

—Nosotros nos escribimos regularmente con Antonio. No viene este verano. Viene cada vez menos. ¿Gusta unos mates amargos? Yo no tomo —dice el hombre.

—Gracias. Acabo de tomar —dice Bianco, y al notarle el acento, el hombre le pregunta:

—¿Italiano?

—Isla de Malta —dice Bianco—. Mitad italiano, mitad inglés.

—Nosotros llegamos aquí casi con Cristóbal Colón —dice el hombre; y después, fingiendo una curiosidad desinteresada—: El campo suyo está pegado a los nuestros, ¿no es verdad?

—Sí —dice Bianco—, justamente de eso quería hablarle, pero será otro día. Los negocios van a aburrir a las damas.

—Para negocios, tiene que hablar con mi hijo menor. Yo ya no me ocupo —dice el hombre—. ¿Piensa sembrar?

—No —dice Bianco—. Por ahora me interesa el ganado.

—Hay buenos pastos en esos lados —dice el hombre.

Bianco asiente. De pronto, nota un sobresalto en el hombre, muy leve, disimulado, se diría, y se diría también que tiene el deseo involuntario de mirar hacia atrás y que al mismo tiempo está haciendo esfuerzos por reprimirlo y cuando Bianco alza la cabeza y dirige la vista hacia el fondo del patio, comprende las razones del sobresalto y de la inquietud del hombre. Su hijo menor está parado en la puerta que da al segundo patio, a unos doce metros de distancia, con una camisa sin cuello, unas bombachas descoloridas, de un color indefinible, con un sombrero de ala angosta echado un poco hacia atrás, las manos en los bolsillos de la bombacha y los pies descalzos, la cara y el cuello renegridos, tostados y vueltos a tostar por el sol, flaco y musculoso, el vientre tan chato que da la impresión, ilusoria sin duda, de ser un poco encorvado, bamboleándose ligeramente, desdeñoso y desconfiado, como un paquete de energía un poco maligna que mandara, intermitentes, pequeños proyectiles ígneos o radiaciones, la boca de labios casi inexistentes apretada, los nervios, las arterias y

los músculos del cuello protuberantes y retorcidos como raíces oscuras, los ojos brutales fijos en Bianco, quien, al cruzar con ellos la mirada, esboza una sonrisa como saludo al que el otro responde con un movimiento de cabeza, del que no se sabe si es un saludo o un rechazo airado antes de desaparecer, tan rápida y silenciosamente como ha aparecido, en el segundo patio.

Bianco pasa el verano en Buenos Aires. A veces, al atardecer, va a buscar a Garay López a la salida del hospital y, antes de cenar, se van a pasear a las orillas del río. Un día, Garay López, entre irónico y grave, y al mismo tiempo en el tono de quien está profiriendo una advertencia velada, señala, estirando el brazo con un ademán teatral, el agua de un color marrón lechoso, y le dice: «A los que vinieron de Europa a descubrir este río, los indios se los comieron.» A veces, durante las guardias nocturnas, Bianco va a visitarlo al hospital y se queda charlando con él hasta la madrugada, en la entrada del hospital, bajo los árboles de la vereda en unas sillas de paja que una enfermera les instala cuando lo ve llegar. Si vienen a buscar a Garay López por alguna urgencia, Garay López deja su cigarro encendido en el borde del umbral, y Bianco lo espera paciente, sentado en su silla, bajo la fronda oscura perforada por los rayos de luna, viendo pasar las luciérnagas que fosforecen, verdosas, igual que pensamientos lentos, callados e intermitentes. Desconfiado por naturaleza, Bianco confía en Garay López no por necesidad de confiar en alguien, sino casi por contagio de esa confianza inmediata, íntegra, que parece profesarle Garay López, y de la que las insolencias frecuentes, irónicas y veladas, no son más que una libertad que se concede a causa de su admiración, mostrando justamente con esa insolencia, que la admiración abarca incluso el pasado oscuro de Bianco, del que Garay López quiere sugerir que no ignora su posible carácter inconfesable. Bianco, un poco ultrajado al principio, empieza a habituarse a ella, en primer lugar porque admitir el ultraje sería reconocer que entiende la alusión, y después porque percibe en esa insolencia la prueba de la aceptación total de Garay López. Y ya durante ese verano, los «Cher ami» y los «Caro dottore» que intercambian en sus cartas y, siempre con un matiz irónico, en la conversación, y sobre todo en las controversias, son un poco más que fórmulas vacías o que automatismos.

Y al otoño siguiente, le escribe a Garay López bajo los naranjos de la fonda: «Su tío el gobernador es un excelente hombre de negocios. Gracias a él he podido reunir mis primeras mil cabezas de ganado. Y me lo cuidan mis peones, y hasta un capataz. Es verdad que no tengo casa y que vivo en la fonda, pero me parece comprender que para mi nueva condición de ganadero, una casa es de lo más superfluo.» En diciembre, Garay López viene a la ciudad: «Es la primera Navidad que paso en familia desde hace diez años», le explica a Bianco, y Bianco, con esa sonrisa rápida que parece amarga a causa de la forma de sus labios, observa:

—Si entiendo bien su alegoría teatral, para usted, ese día que viene a festejar con

su familia, no hay en realidad nada que festejar, porque ese día no nació nadie.

—No le dé importancia a mis actos, cher ami. Únicamente a mis escritos —le responde Garay López. De tanto en tanto, comen en la fonda, o salen a caballo por el campo. Juan, el hermano, se ha ido a la estancia desde que Garay López anunció su llegada. Y un atardecer caluroso, en que después de haber cabalgado durante horas hacen un alto en una laguna para abreviar a los caballos, ven a un grupo de jinetes que va acercándose hacia el agua al trote lento, casi al paso, desde el oeste, y que como advierten su llegada de un modo brusco, tienen, resaltando contra el sol rojizo que declina, el aire de una aparición. En la llanura, todo parece un poco más grande de lo que es, más compacto, más contenido en las líneas precisas de sus contornos, pero ese exceso de realidad en la extensión vacía, esa contundencia presente flotando en la nada, linda siempre con el espejismo y trabaja, por la abundancia de su acontecer, en favor de su propia ruina.

—Es él, con sus gauchos. Mire, Bianco, mire, son como animales —murmura Garay López, tironeándolo con disimulo de la manga de la camisa—. Me privó de madre al nacer.

Bianco percibe en la expresión de Garay López el horror, un odio del que no están ausentes el desaliento, la tristeza, y debe hacer un esfuerzo, él que desde los quince años, en los suburbios de una ciudad que da sobre el Mediterráneo, ya ha aprendido a dominar sus emociones, para que en su cara que el sol de la llanura no logra oscurecer, no aparezca la fascinación que despiertan en él esos siete u ocho jinetes que avanzan casi al paso hacia la orilla opuesta de la laguna y que se detienen en la orilla sin dirigirles una sola mirada, para abreviar los caballos. La superficie violeta de la laguna, tan lisa y luminosa, contamina los contornos de los jinetes que parecen cintilar. En medio de ellos, el hermano, más chico que los peones, un poco encorvado sobre el cuello del caballo que se inclina hacia el agua, no mira a ninguna parte, la cabeza de lado, protegido por el mutismo rígido y tal vez un poco cohibido de los peones que han sin duda reconocido a Garay López, esos peones que, como Garay López le ha dicho más de una vez, jugaban con él en la estancia y lo acompañaban a caballo al anochecer hasta las puertas de la ciudad. Con dificultad, Bianco reprime su respeto maravillado por esa especie de fuerza que emana del grupo, los ve exteriores, de una sola pieza, extranjeros a la piedad y a la vacilación, idénticos al soplo que los mueve, capaces de fidelidad y de violencia, sin que, igual que para los pumas y las serpientes, violencia y fidelidad signifiquen nada para ellos. Después de unos minutos, como si hubiesen estado solos en la llanura que ya entra en la noche, hacen girar a los caballos que chapotean un poco en el borde del agua, y se alejan primero al trote, y después al galope hacia el punto de la llanura en el que han hecho su aparición.

Unos días más tarde, poco antes de volverse a Buenos Aires, Garay López le

sugiere a Bianco que, puesto que la llanura le parece el lugar más adecuado para dedicarse por entero al pensamiento, se construya un rancho en pleno campo, lejos de la ciudad, en el que retirarse y pensar. Como cada vez que una idea le parece acertada, Bianco queda un momento inmóvil y pensativo, y por fin acepta. Un peón viejo de los Garay López se lo construye. Una mañana, llegan al lugar elegido, y el viejo, que ha traído un montón de palos irregulares sin que Bianco sepa de dónde ni cómo, ya ha plantado los cuatro principales y se ha puesto a mezclar en un charco de agua barro y estiércol. Dos días más tarde, pone el techo de paja y se despide, respetuoso, sin haber abierto una sola vez la boca, y cuando Bianco quiere darle unos billetes, el viejo, antes de agarrarlos, dirige una mirada interrogativa a Garay López, que asiente con un movimiento de cabeza.

—Su sistema, o lo construye aquí, o no lo construye —le dice Garay López desde el caballo, antes de irse para la ciudad y de la ciudad, al día siguiente, a Buenos Aires.

Bianco lo ve alejarse, también Garay López, primero masa compacta, y después espejismo y ruina en la llanura. La primera casa que tiene es ese rancho precario y flamante, deliberadamente pobre y vacío, para hacer surgir de él, de sus inmediaciones desiertas y silenciosas, como golpes callados y gélidos, el pensamiento, en su doble expresión de puro y de pragmático. A decir verdad, se juzga a sí mismo con demasiada benevolencia, y, desde la noche en París, casi sin ser consciente de ello, en su interior se confunden, tal vez ya hasta su muerte, la ceguera sobre sí mismo, la humillación enterrada que todavía lo perturba con sus sacudones mortales, y el resentimiento. A fuerza de querer confundir al mundo en lo relativo a sus orígenes, está terminando por confundir él mismo sus orígenes, y lo que es opaco y brumoso para el mundo, ya lo es también para sí mismo, de modo que las máscaras sucesivas que ha ido llevando desde los comienzos inciertos, en un lugar incierto, ya no sabe bien cuál, las máscaras de La Valette, de Oriente, de Londres, de Prusia, de París, de Buenos Aires, se apelmazan, viscosas, contra su cara, y la deforman, la borran, la vuelven mera materia percedera y residual, lo transforman a él mismo en el argumento viviente de los que odia, de los que, arrancándole la máscara en París, creyendo descubrir su verdadera cara, dejaron en su lugar un agujero negro, que él va llenando, poco a poco, con títulos de propiedad, con ganado, con ese rancho en cuya puerta está ahora observando cómo Garay López, sacudiéndose sobre el caballo, se vuelve cada vez más diminuto en dirección al horizonte hasta que desaparece por completo.

Y será desde el rancho también que, sentado al sol en la primavera siguiente, con su escritura prolija, muy cuidadosa, y bastante lenta, de quien tal vez ha aprendido tarde a escribir, redactará, con un placer nuevo, desconocido para él, o probablemente olvidado ya a los cuarenta y tres años, una carta para Garay López:

«Mi talento para los negocios queda demostrado todos los días. Pero el ganado no

me basta. Los ganaderos de esta región, usted lo sabe mejor que yo, caro dottore, viven en otro siglo, y los problemas con el vecindario son numerosos. Con su familia no puedo decir que haya problemas: después de tres años de estar aquí, no he logrado intercambiar todavía un solo diálogo con su hermano. Tengo ganas de intentar otros rubros, la agricultura, sin ir más lejos, y el comercio en general, y más tarde, por qué no, la importación y la industria. Por ejemplo, en Europa, yo lo sé, están rodeando los campos con hilo de hierro, para distinguir bien las propiedades, contener el ganado y contentar al mismo tiempo a ganaderos y a agricultores. Algún día tal vez podamos ver estos campos un poco más civilizados.

»Pero estoy dando un rodeo para no contarle las verdaderas novedades. ¿Sabe que me estoy haciendo construir una casa? La quiero grande, con dos patios, con muchas habita-dones, un lindo zaguán y un poco de mármol en la entrada. Al principio pensé hacerla de altos, como habrá visto que se está poniendo de moda en Buenos Aires, pero al final me decidí por el modelo local. Y ahora viene la verdadera noticia: he conocido a una personita, hija de inmigrantes italianos, pero nacida aquí en su ciudad, así que podemos considerarla comprovinciana suya. Frecuento a la familia desde hace tres o cuatro meses, y si me atreví a hablar con el padre, es porque me ha parecido percibir en algunas de las actitudes de la hija que no le soy del todo indiferente. Cuando la conozca, verá que no le exagero si le digo que es de una gran belleza. Y el padre me ha acordado la mano sin vacilar. Sin embargo, hemos decidido esperar un tiempo para casarnos, ya que Gina —es el nombre de la amable criatura— necesita, según la madre, un poco de preparación para el matrimonio, porque recién acaba de cumplir dieciséis años.»

CON LOS OJOS ENTRECERRADOS, inmóvil, en mangas de camisa, Bianco está sentado en el centro de la sala en una penumbra imperfecta que asaltan los rayos luminosos de la siesta de primavera colándose por todas partes, rendijas de los postigos, claraboya de la puerta que da al zaguán, junturas de ventanas y puertas, ojos de cerraduras; un silencio que parece premeditado reina en la casa y el ensimismamiento y la inmovilidad de Bianco son tan eficaces, que cuando las ruedas de un carro y los cascos del caballo que lo tiran, sin contar el entrechocamiento rítmico de varas y arneses, pasan por la calle de tierra frente a la casa y se alejan hacia algún punto de la ciudad, Bianco no solamente no cambia de posición, sino que ni siquiera lo oye, y debe transcurrir más de un minuto para que, sacudiendo despacio y con suavidad la cabeza, igual que si saliera de un desmayo o de un sueño, abriendo con prudencia los ojos, separando las manos que han estado abandonadas, blandas y juntas, contra el abdomen, se levante y, con paso decidido y natural, abra la puerta y salga a la galería que da sobre el primer patio. Del otro lado del patio, en la galería de enfrente, Gina, sentada en un sillón de caña junto a la puerta del dormitorio, tiene los codos apoyados sobre una mesita de caña barnizada y, manteniendo los ojos cerrados, se sostiene la cabeza con las dos manos, los pulgares debajo de la mandíbula y el resto de los dedos sobre las sienes, y aunque al cerrar tras de sí la puerta Bianco ha hecho un poco de ruido, Gina no cambia de posición, concentrada y seria, y cuando Bianco atraviesa el patio soleado y se planta junto a ella, frente a la mesita de caña, tiene que esperar todavía unos segundos antes de que Gina, dejando caer las manos sobre la mesa, una a cada lado del rectángulo de cartón azul claro, de bordes redondeados, que se encuentra en la superficie, alce la cabeza abriendo grandes los ojos que lo contemplan, interrogativos y graves:

—Racimo —dice Bianco.

Gina sacude la cabeza, apretando un poco los labios.

—Banana —dice. Y dando vuelta, con su mano oscura y delicada, un poco huesuda, el rectángulo azul claro, muestra el dibujo estilizado de la banana bien amarilla que campea, impreso en diagonal, sobre un fondo rosa inconfundible.

Despacio, inconsecuente, Bianco sacude a su vez, pero en signo afirmativo, la cabeza, para demostrar que su nuevo fracaso ya estaba inscripto en sus previsiones y después, indiferente al sol benigno y franco de primavera que fluye impalpable sobre el patio, escruta la cara oval de Gina, coronada por el pelo renegrado y recogido en un rodete en la cima de la cabeza. El largo cuello mate emerge de su vestido floreado, liviano, y la piel de la garganta se estremece un poco cuando Gina parece tragar algo, unas gotas de saliva tal vez, algún humor que circula, autónomo y secreto, por los pliegues internos de su cuerpo, al abrigo de la luz en la siesta de octubre. Pero los grandes ojos abiertos no esquivan la mirada insistente que los interroga.

—Tercer fracaso consecutivo —dice Bianco.

—¿Intentamos otra vez? —propone Gina.

—No hoy —dice Bianco, mientras su mirada sigue recorriendo la cara de Gina.

Desde hace un tiempo, esa cara es para él un territorio desconocido, inextricable, en el que busca, con ansiedad bien disimulada, signos, por ínfimos que sean, que le permitan orientarse, saber algo acerca de la región interna que vive y se agita detrás de ese territorio, el surtidor de imágenes y de emociones en el que no alcanza a proyectarse, pero donde le gustaría sumergirse igual que en un agua profunda, para examinar una a una, con decisión y minucia, las masas vivas que pululan confusas en el fondo. Pero la lisura de la piel, la simplicidad de la mirada, que soporta la suya, no dejan pasar nada al exterior, y Bianco piensa que esa simplicidad, tan diáfana y natural, podría ser la prueba, no de la inocencia que sugiere, sino de una desviación más grande, de una tal identificación con la perversidad, que a la energía salvaje de sus deseos, la noción misma de perversión le es extranjera. Así, ahora, por primera vez, Bianco se pregunta si Gina no hace trampas durante los intentos de comunicación telepática: como es domingo, aprovechando que las sirvientas han salido, han decidido intentar comunicarse mentalmente desde la mañana, y las tres experiencias que han realizado, dos después del desayuno y esta que acaban de terminar, han fracasado, como todas las que vienen efectuando desde que se casaron y se instalaron en la casa, el año anterior. Es la primera vez que Bianco tiene esa sospecha. La última experiencia que intentaron, y que también fracasó, tuvo lugar a finales de agosto, la noche en que volvió del campo, justamente, y la encontró chupando un cigarro, con expresión de placer intenso, en compañía de Garay López, que le decía algo en voz baja con una sonrisa malévola, pero ni aun esa vez, a pesar de su turbación, o quizás a causa de ella, se le ocurrió pensar que Gina podía engañarlo deliberadamente durante las sesiones de comunicación telepática.

—¿Estás segura de haberte concentrado lo suficiente? —dice Bianco.

—Seguí todas las indicaciones —dice Gina, ensombreciéndose un poco.

—Bueno, bueno, no te ofendas —dice Bianco, poniéndole con suavidad la mano en el hombro y sacudiéndola un poco, falsamente jovial.

—Tal vez es culpa mía —dice Gina.

—En todo caso, es suficiente por hoy —dice Bianco.

Gina se levanta y, del bolsillo de su vestido floreado, saca las otras dos imágenes y las deja junto al dibujo estilizado de la banana exageradamente amarilla, un poco en relieve sobre el fondo rosa, que yace sobre la mesa. Bianco mira fugazmente los tres cartones y después, dándose vuelta, se pone a contemplar, sin ninguna expresión particular en la cara, el patio soleado. Gina da unos pasos y se para junto a él.

Aun proponiéndoselo, no hubiesen logrado ser más diferentes de lo que son en la claridad benévola del primer día de octubre: por lo menos una cabeza más alta que Bianco, flexible y móvil, llena de redondeces firmes y plenas, pero esbelta y nerviosa

dentro de su vestido floreado de mangas cortas que se ciñe al pecho y a las caderas y en un tumulto abigarrado cae más amplio hasta los tobillos, Gina es como una fuerza en expansión, elástica, dura, y en sus diecinueve años no hay la menor sombra de la matrona que sin duda será más tarde, cuando lo puramente femenino empiece a predominar, porque ahora la energía que emana de ella es independiente de su sexo, casi podría decirse de su persona, para confundirse con el brillo impersonal y abstracto de la belleza que, aun cuando penetre por los sentidos, es captada, en sus ecuaciones felices, en una operación instantánea, por la inteligencia; una belleza hecha de contradicciones y de impacencias, de cóleras súbitas y pasajeras y de abandono infantil, de locuacidad y de silencios injustificados, de ignorancia del propio ser y hasta de la noción misma de la belleza, hecha de exterioridad, para alcanzar en algunos momentos, a pesar de tantas contradicciones, una especie de simplicidad, igual a la de una hoja verde, por ejemplo, o a la de un huevo, que, constituido por tantos elementos capaces de desplegar una inextricable complejidad, se presenta bajo la forma más sencilla, aglomerando toda su substancia en dos colores tan netos, el blanco y el amarillo, que termina transformándose, por su sencillez misma, en el emblema de su multiplicidad. Bianco, a su lado, regordete, casi sin cuello, el pelo color ladrillo encrespado y rígido, la piel blancuzca que el sol de la llanura no consigue oscurecer, las arrugas finísimas que le ajan la cara pueril, arropado en sus propios misterios de los que él mismo se ha erigido en fortaleza, atrincherado en la construcción complicada de sus cálculos, en la rumiación incesante de sus secretos, con su vestimenta chillona en cuya elección no interviene la menor coquetería, ocupado en presentar al mundo exterior una imagen imperturbable y consiguiéndolo, incrustado en la llanura, ramificando en ella sin pausa y sin error posible sus galerías subterráneas, sintiendo por primera vez, y tratando de disimularlo a toda costa, que esa criatura elástica, sin nombre, que se mueve a su lado, que respira en la cama desnuda junto a él todas las noches desde hace un año, es la verdadera trampa en la que ha caído y que en relación con ella la que los positivistas le tendieron hace tanto tiempo en París es una inocente broma de estudiantes.

La máquina Bianco siente que un cuerpo extraño, una tuerca, una llave inglesa, un rollo de alambre oxidado, ha caído por descuido entre los engranajes y las poleas y que de un momento a otro se avecina el atascamiento, el desperfecto, la explosión. Gina le rodea el hombro con el brazo, y lo atrae un poco hacia ella.

—Pronto vamos a lograrlo —dice.

Bianco la mira, agradecido, pero Gina, como si ya hubiese olvidado lo que acaba de decir, está contemplando el cielo azul que se abre sobre el patio de mosaicos, un rectángulo sin una sola nube, donde el sol está ausente, pero del que parece fluir la luz de primavera.

—Deberíamos haber ido a comer con mi familia —dice—. No los veo nunca.

—Vinieron a almorzar el domingo pasado —dice Bianco, vagamente irritado por la volubilidad de Gina.

—Cierto —dice Gina.

Y soltándolo, igual que si hubiese estado apoyándose en un árbol o una columna, se da vuelta y entra en el dormitorio. Un poco humillado, Bianco se inmoviliza, indeciso, y después, con la misma brusquedad con que Gina ha entrado en el dormitorio, se dirige hacia la puerta de calle y se sienta en el umbral de mármol, a contemplar la vereda. La sombra de dos paraísos, en el borde de la zanja, lo protege del sol. La calle está desierta, y, a decir verdad, no hay más que tres o cuatro casas construidas en toda la cuadra; el resto son baldíos, patios y jardines. Contrariamente a las viejas familias tradicionales, que se arraciman en casas coloniales en el sur de la ciudad, Bianco ha decidido construir la suya en el norte, cerca del río, casi en pleno campo, y ha comprado varias manzanas de terrenos municipales, pensando que, con dos o tres inmigrantes ricos que construyan allí sus pequeñas mansiones, el valor de los terrenos se acrecentará en unos pocos años. Pero también ha comprado una casa en el barrio sur, que hace modernizar poco a poco por su suegro, que es albañil, para mostrar que si no vive en el sur no es porque sus medios no se lo permitan, y que si ha decidido instalarse en el norte, es para imponer su nuevo modo de vida.

Los pensamientos le vienen inesperados y rápidos, igual que fogonazos diminutos, repetitivos, obstinados. Recuerdos que se empeñan en volver, imágenes fragmentarias y casi olvidadas que empiezan a cobrar un sentido nuevo, imprevisto, y desde luego irrefutable, se precipitan al mismo tiempo en su interior, y Bianco, infructuoso, trata de poner orden en ellos, de aplastar la humillación y el furor con paladas débiles e irrisorias de llamados al orden y a la calma, convencido como está ahora de que Gina, desde que han empezado sus ejercicios de comunicación telepática, le miente con deliberación, con saña incluso, con el fin de confundirlo, de perderlo, de debilitar sus poderes. Y la convicción es para Bianco mucho más humillante en la medida en que ha contado justamente con esos poderes para seducirla, fascinarla, hacerse aceptar y admirar por ella y dominarla. Antes del casamiento, cuando se quedaban solos, Bianco le hablaba de sus poderes y Gina parecía escucharlo con interés, con pasión algunas veces, y le había dicho que le gustaría probar sus propios poderes —Bianco pasea la mirada por la calle desierta, los baldíos soleados, los jardines en los que la primavera ha hecho florecer las santarritas, las dalias, los conejitos y las calas, las veredas irregulares, de tierra o de ladrillo, aparte de la suya, de mosaicos grises, los yuyos que crecen no únicamente en los baldíos sino también en las cunetas, en los bordes de las veredas, en las cornisas de las casas, «Por mucho tiempo, todo esto será campo todavía, ellos las llaman ciudades, pero son campo todavía», piensa distrayéndose un momento de su humillación, con uno de sus automatismos pragmáticos que lo asaltan en medio de

sus emociones más violentas o de sus reflexiones más abstractas, y, parándose de golpe, entra nuevamente en la casa. Cuando deja atrás el zaguán y desemboca en el patio, su mirada va hacia la puerta del dormitorio, entreabierta, mostrando una franja vertical de penumbra, y empieza a dirigirse hacia ella, pero a mitad de camino cambia de idea y gira en dirección al patio trasero. A diferencia del primero, no está embaldosado sino dividido en varios sectores, jardín, huerto, gallinero, y en el fondo un establo y un corral para los caballos. Al verlo aparecer, tres o cuatro caballos que mastican, abstraídos, alzan la cabeza, le echan una mirada indiferente, y la vuelven a bajar.

Agitándose un poco, sin saber por qué, Bianco les devuelve una mirada de odio e, incapaz de soportar su presencia, se da vuelta y regresa al primer patio. Por la puerta entreabierta, la franja de penumbra que viene del dormitorio le hace señales silenciosas, insistentes, y le parece percibir una atmósfera extraña, de peligro inminente, que emana del interior.

Durante unos segundos, está convencido de que Gina lo espía detrás de la puerta, siguiendo, con perversidad contenida, sus idas y venidas irracionales e indecisas por los patios. Pero casi en seguida, súbitamente, experimenta una especie de cansancio o de desaliento —si es inocente de todo esto y está dormida, la humillación y el furor son inútiles y si miente y acecha, son inútiles también, piensa—, y se dirige otra vez hacia la puerta de la calle. En el zaguán un cansancio y un desaliento nuevos, aplicados a otro objeto, vuelven a asaltarlo, y se queda inmóvil en la penumbra, sin decidirse a abrir la puerta de calle, por temor de que la visión de la calle desierta, apacible y soleada, despierte en él la misma desesperación inexplicable que le ha producido su imaginación anticipada.

Ella misma me pedía que le contara acerca de mis poderes, piensa con amargura, sin soltar el picaporte, y ahora descubro que durante los ejercicios de comunicación telepática, se vale de quién sabe qué artimañas para confundirme.

—Y está lográndolo —murmura, en italiano.

Sonriendo para sí mismo, de modo tal que el rictus amargo, por una exageración teatral de su propia miseria, se vuelve un poco más amargo que de costumbre, Bianco sacude la cabeza, se pasa la mano libre por la frente, y hace girar el picaporte. Ha esperado recibir la calle en plena cara, igual que una bofetada, pero es la calle de siempre, apacible, en los bordes del campo, donde hay más baldíos, corrales y jardines que casas, y, más que serena, acogedora en la siesta de primavera. Creciendo sin parar por dentro, su veneno no se derrama hacia el exterior, y durante unos segundos la calle sosegada y tibia frena un poco la estampida de sus emociones pero, asombrándose por lo extraño de la situación, Bianco se impacienta de no encontrar en la fronda brillante de los árboles y en la calma de la calle arenosa motivos para acrecentar su amargura, como si la calle, tratando de apaciguarlo con su tranquilidad,

se hiciese cómplice de Gina. Y también porque experimenta el deseo paradójico, un poco contra natura, de ir hasta el límite de su furor, dejándolo derramarse para forzar de ese modo a lo exterior a revelarse, a ponerse al descubierto, y porque le parece que el furor y la humillación, más que la consecuencia, son la prueba de que lo que sospecha de Gina es verdadero. De modo que vuelve a entrar en la casa. Atraviesa el zaguán y desemboca en el primer patio: la puerta del dormitorio sigue entreabierta y la franja vertical de penumbra destila burla, miedo, peligro: Bianco la contempla, y debe refrenar el impulso que lo lleva hacia el dormitorio: si está acechándome, piensa, no tengo que entrar; tal vez espera detrás de la puerta que yo lo haga; sería como entregarme. Y, despacio, ostentando una falsa tranquilidad, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, mirando a cualquier parte, las galerías, el cielo, la puerta de la cocina a su izquierda, en la galería opuesta al dormitorio, se dirige hacia el patio trasero. Otra vez, sin saber por qué, los caballos que tascan y que levantan la cabeza, sin ninguna agitación, al verlo entrar, lo llenan de pena y de odio. Hay que ver esto de más cerca, piensa, y cruzando en medio de los canteros florecidos el sendero de ladrillos que lleva hasta el corral, se detiene junto al cerco de troncos horizontales que lo separa de los caballos. Los animales se sacuden un poco, sin convicción, casi por principio, y después se serenan. Bianco los observa un momento, perplejo a causa de sus propios sentimientos, convencido de que, debido a una asociación demasiado vertiginosa, o tal vez por un exceso de emociones, está atribuyéndoles a los caballos, neutros ya que no inocentes, el origen de su confusión y de su amargura. Pero el odio subsiste, e incluso se acrecienta cuando sus ojos recorren el pelo brillante, los músculos tensos, la masa carnosa y compacta de los caballos, atravesada de latidos, de estremecimientos, de palpitaciones. Materia que se compra y que se vende, piensa, con desprecio, pero durante una fracción de segundo se siente inferior a ellos, humillado por la sola presencia maciza, oscura y viva de los animales.

—Calma, Bianco —se dice, en voz alta y en italiano, con un murmullo sarcástico y una risita corta y quebrada.

Incapaz de quedarse quieto en un lugar más de unos minutos, Bianco se da vuelta y empieza a recorrer el sendero de ladrillos, entre los canteros florecidos, en dirección al primer patio. Y cuando hace tres o cuatro pasos lentos y decididos, el recuerdo se le aparece, patente y entero, y entonces comprende la causa de su odio. La imagen, los detalles son tan nítidos, que a medida que va evocándolos, rápidos y sucesivos, experimenta una sensación de evidencia, de fuerza, una especie de euforia contradictoria en la medida en que, en lugar de borrarlas, ese recuerdo enterrado viene más bien a confirmar sus sospechas y a darle un sentido a muchos hechos dispersos y heterogéneos que flotan en su interior igual que en un agua oscura los restos de un naufragio: una tarde, un par de años antes, en plena primavera también,

va a la casa de Gina sin anunciarse, para hablar con su futuro suegro a propósito de la casa del sur que está por comprar y a la que quisiera que su futuro suegro eche un vistazo profesional para saber exactamente cuánto tiempo llevará ponerla en condiciones. Es también la hora de la siesta y Bianco golpea despacio, por temor de que sus suegros estén durmiendo —hasta el casamiento, no estará seguro de que no cambiarán de idea respecto de la hija, y Bianco prefiere no contrariarlos—. Golpea varias veces y, como nadie le responde, da unos pasos por la vereda de tierra, vacilando en entrar a la casa por un portón lateral, que lleva directamente al fondo, donde están el huerto, el corral y el gallinero. Tal vez han comido en el patio, a la sombra de los árboles, piensa, porque hace buen tiempo, y el viejo todavía no ha salido a trabajar. De modo que, un poco indeciso, pero al mismo tiempo experimentando ese sentimiento de omnipotencia inexplicada y un poco temerosa que surge cuando se empieza a explorar una casa en la ausencia de sus habitantes, Bianco atraviesa el portón y avanza por el camino ancho, cubierto de gramilla y de verbenitas rojas, blancas y violetas, que lleva a los fondos. Al principio, Bianco no oye ningún ruido, ni de la casa, ni del patio trasero, ni de la calle, ningún ruido como no sea el chasquido de sus zapatos que rozan la gramilla y que, sin saber muy bien por qué, tal vez porque su intrusión lo hace sentir también un poco culpable, trata de amortiguar. Pero después, poco a poco, empieza a escuchar, intermitente, un tumulto de caballos, un ruido de cascos nerviosos, apagados, chocando sin cesar y sin orden contra el suelo de tierra, y algunos relinchos cortos, entrecortados, y un poco roncros, bramidos más bien, pero indecisos, reconcentrados, como si el animal que los emite, ocupando todo su ser en una acción que no logra realizar según sus deseos, se impacientara, y, abstraído, emitiera esas protestas fragmentarias y nerviosas. Por fin, Bianco desemboca en el patio trasero y, por entre los perales, los damascos y los durazneros florecidos, su mirada se dirige hacia el fondo, hacia el corral desde donde parecen provenir el ruido irregular y apagado de los cascos y los bramidos irritados y entrecortados del caballo.

No tarda en comprender la causa del tumulto. En el corral, un caballo, en el colmo de la excitación, está tratando de montar a una yegua que, por indecisión, capricho o incomodidad, sin abandonarse ni huir, se presta y esquivo al mismo tiempo. La enorme verga del caballo, de un rosa azulado, lubricada por la excitación creciente, cuelga oblicua y rígida, como un palo barnizado, entre sus patas traseras y se bambolea, dura y pesada, a causa de los movimientos constantes del caballo, que, apoyándose en las patas traseras, trata de sostenerse con las delanteras en el lomo de la yegua que sigue quieta en su lugar y que únicamente sacude un poco la grupa en el momento mismo en que el caballo, después de tantear con su verga el tajo entreabierto, se dispone a penetrarla, de modo que, sin que pueda saberse si trata de colaborar con él o de esquivarlo, con cada movimiento de su grupa la yegua impide la

penetración, lo que origina los bramidos nerviosos y contrariados del caballo y su pataleo desordenado y un poco torpe contra el suelo del corral. La sombra de una sonrisa se esboza en la cara de Bianco, y sus cejas color ladrillo se enarcan un poco mientras sus labios empiezan a moverse, reproduciendo, con la torsión de su boca y la extrema movilidad de su frente, de sus cejas, y de su mirada, los esfuerzos del caballo por conseguir su objetivo, hasta que, de golpe, un detalle que al principio se le ha escapado, lo saca, de un modo brusco, de su concentración entusiasta: una mancha roja, a un costado del corral, lo hace girar la cabeza para descubrir a Gina que, recostada contra un árbol, vestida con un vestido rojo de entrecasa, está contemplando, a un par de metros del corral, la misma escena. Bianco se sobresalta, se estremece, y empieza a sentir unos latidos insoportables en la nuca y en la espalda, entre los omóplatos. Adelantándose un poco, sin hacer ruido, se desinteresa de los caballos y concentra toda su atención en la expresión de Gina, que, abstraída en su contemplación, no se da cuenta de su llegada. Bianco estudia con detenimiento, casi con ansiedad, la cara de Gina, buscando no sabe bien qué emociones, pero el perfil inmóvil, reconcentrado y regular no deja pasar nada al exterior, a no ser una gravedad abstraída, un interés pacífico, casi abúlico, la cabeza un poco inclinada hacia adelante, de modo que la espalda ni siquiera se apoya contra el árbol. Pero bajando la vista, Bianco nota la actitud del brazo derecho, enfundado en la manga roja del vestido, del que sobresale la mano mate, larga y fina, y Bianco advierte que en la punta del brazo, un poco estirado hacia atrás, los dedos finos de Gina, las uñas terminadas en punta, arañan y raspan, olvidados en el extremo del cuerpo, la corteza resquebrajada del árbol, tratando de arrancar un pedazo, con una obstinación un poco salvaje, como si toda la emoción que Bianco espera encontrar en la cara, ya hubiese descendido a lo largo de su cuerpo y estuviese evacuándose por las uñas ovales y filosas. Bianco no alcanza a determinar si la emoción que expresan los dedos es deseo, turbación, o angustia, a tal punto la cara lisa aunque concentrada es serena, neutra, limpia de toda agitación interna y, para saberlo, avanza un poco más, adrede, y deliberadamente hace chasquear más fuerte sus zapatos, igual que si estuviese limpiándose las suelas en la gramilla, para atraer la atención de Gina y, sobresaltándola, sacarla de su ensimismamiento. Pero, de una manera inesperada, es Gina la que lo sorprende. Cuando oye el ruido de los zapatos sobre la gramilla, se da vuelta y, con naturalidad, sin el menor sobresalto, sin hacer ningún comentario, se vuelve hacia él y le estrecha la mano. Bianco busca en su cara alguna emoción, pero los grandes ojos oscuros, bien abiertos, lo miran con franqueza, con agrado discreto, con sociabilidad directa y fluida. Detrás de Gina, el caballo continúa sus intentos infructuosos, produciendo el pataleo sordo contra el suelo del corral, y sus bramidos constantes pero entrecortados, sin que la cara de Gina traicione el menor signo de que ha advertido algo, o de que, si ha visto algo, lo que ha visto haya producido en ella

algún efecto, por mínimo que sea. Con tal dominio de sí misma, piensa Bianco maravillado, no me asombraría que esta criatura de diecisiete años tenga poderes excepcionales que algún día podremos tal vez poner en práctica, pero al mismo tiempo otro pensamiento, más recóndito, que no llega a la superficie de su mente pero que mientras piensa lo otro se manifiesta como un malestar indefinible y que ahora que está recordándolo mientras camina por el sendero de ladrillos hacia el patio delantero cobra toda su significación, un pensamiento insoportable a decir verdad, envenena su admiración ante la sangre fría y el dominio de Gina sobre sus emociones: el pensamiento de que si Gina no demuestra ninguna emoción es porque no siente ninguna, no por atonía o por insensibilidad, sino porque eso que están haciendo los caballos a pocos metros de ella, en el corral, bramando y sacudiendo el polvo arenoso del corral con sus patas traseras, le es connatural, forma con ella una esencia única, y ella está siendo en ese momento la pareja de caballos que se debate, ciega, en un caos carnosos y sanguinolentos. Entre ella y los caballos no hay ninguna distancia, piensa Bianco, dejando atrás el sendero de ladrillos y penetrando en el patio delantero.

Parado en la galería, observa la puerta entreabierta del dormitorio, la franja de penumbra vertical que lo atrae y lo repele al mismo tiempo, y después de vacilar unos segundos, tratando de reprimir las oleadas de desaliento y furor, cruza el patio soleado y empujando brusco la puerta entra en el dormitorio: Gina está echada de espaldas en la cama, plácida, con los ojos abiertos, la palma de la mano apoyada blanda sobre la frente; sus ojos giran un poco hacia la puerta, pero el resto del cuerpo sigue inmóvil.

—Qué te pasa —dice, con un tono más afirmativo que interrogativo, para mostrar que advierte en la cara de Bianco la agitación interior. Y en seguida, con simplicidad un poco infantil, golpea con la otra mano la porción vacía de la cama, para indicarle a Bianco que se acueste a su lado.

Bianco no se mueve.

—Debe ser culpa mía —dice Gina—. Tal vez no entiendo bien cómo hay que hacer para concentrarse.

—No, no —dice Bianco—. No.

—Podemos recomenzar cuando quieras —dice Gina. Incorporándose un poco en la cama, lo observa con atención—. Hay algo más, me parece. ¿Estuviste tomando cognac?

Bianco sacude la cabeza. Las explicaciones pueriles de Gina a su agitación que recién ahora está empezando a dominar, lo tironean, dividiéndolo, ya que por momentos parecen ser una prueba de su sinceridad, y por momentos le dan la impresión de que son un nuevo modo de enredarlo en la duda y en la incertidumbre, sin contar con la aprensión de que si son verdaderamente sinceras, esas explicaciones

harían de Gina una persona banal y poco interesante. Pero la presencia física de Gina lo apacigua: desde que la encontró fumando un cigarro, en plena intimidad, con Garay López, empezó a darse cuenta de que jamás tendrá el coraje necesario para preguntarle directamente lo que desea saber con tanta fuerza. Pero también porque está convencido, sin habérselo planteado nunca, de que no tiene ningún medio para inducir a Gina a decirle la verdad, que Gina sería capaz de negar hasta el fin, con convicción y con obstinación, no únicamente por miedo o hipocresía, sino poseída por el más absoluto convencimiento de que, aun cuando haya cometido las peores traiciones, no tiene nada que confesar. Pero hay todavía un obstáculo más grande para que la verdad aparezca de otro modo que forzándola, por subterfugios y maniobras complicadas, a revelarse: desde que conoció a Gina algo en Bianco susurra de un modo constante, acompañando sus actos día y noche, que la alianza es contra natura y que los pasos que va dando lo exponen cada día un poco más al vendaval ciego de una fuerza desconocida, un peligro olvidado en cuarenta años de maquinaciones extrañas y complejas destinadas a manipular, con desdén y autonomía, la materia adversa del mundo. Esa intuición secreta lo ha inducido a considerar la unión con Gina como un desafío, una lucha con esa fuerza que Bianco se representa como una trampa que le tiende la materia, trampa de la que sus propios sentimientos hacia Gina son las prolongaciones o las redes más sutiles. Plegando a Gina a su dominación, es toda la materia la que debe ponerse a sus pies, obedecerle, y lo que otros llamarían orgullo o soberbia, Bianco lo considera lucidez, vigilancia, vigilia del espíritu frente a los desórdenes perecederos y arcaicos de la carne espesa, abandonada a sí misma. Esa lucha es todavía más sobrehumana puesto que Bianco la sostiene en secreto, obligado a realizar el esfuerzo suplementario de que ni uno solo de sus episodios transparezca en el exterior, convencido de que, para librar a la materia de las garras en las que se debate y de la que ella ignora que son garras, debe presentarle al mundo un aspecto ecuánime, imperturbable, una ficción tranquilizadora, la superficie lisa de su propia imagen, distribuida en masas compactas y bien definidas, sin estridencias ni transiciones bruscas, como un daguerrotipo.

—Me siento culpable —dice Gina.

—No hay ninguna razón —dice Bianco y, para tranquilizarla, apoya, sin intención de quedarse mucho tiempo, sus nalgas en el borde de la cama.

Gina estira la mano para aferrar los dedos blancos y regordetes, cubiertos en el dorso de un vello ralo y rojizo pero, simulando no haber advertido el movimiento de Gina, Bianco retira la mano y la junta con la otra contra el abdomen. Sin advertir que Bianco ha retirado la suya a propósito, Gina deja caer la mano entre las rayas verdes y blancas de la sobrecama.

—No vale la pena preocuparse. Estoy un poco cansado. Eso es todo —dice Bianco, y, levantándose, sale del dormitorio y va a sentarse en el sillón de caña junto

a la puerta.

La primera vez que vio a Gina, fue en el patio de la fonda. Bianco estaba sentado bajo los árboles, después del almuerzo, gozando del contraste entre la sombra fresca de los árboles y el aire tibio alrededor, tomando un vaso de limonada con el Español, para quien la compañía de Bianco se había hecho imprescindible, sobre todo desde que Bianco le concedió un préstamo, a interés razonable, destinado a agregar otras habitaciones a la fonda, ya que los negocios parecían caminar, en razón de los viajeros, extranjeros en su mayor parte, ingleses, franceses, españoles, italianos, que pasaban por la ciudad, por negocios, asuntos de política o mera curiosidad. El Español estaba esperando a Cosme, el padre de Gina, para tratar justamente de la construcción de las nuevas habitaciones cuando Bianco reparó en el vestido floreado, de tela sencilla y liviana, que producía un tumulto alrededor de los zapatos cuando los pies se adelantaban, cada uno a su turno, avanzando entre los árboles hacia el fondo del patio; durante unos segundos, antes de levantar la vista, Bianco la mantuvo fija en la ondulación del ruedo que, sacudiendo la tela floreada, producía, sobre los zapatitos blancos, una franja agitada de pliegues acanalados, de sacudimientos, de vaivenes que le daban, a las flores del tejido, apariencias fugaces, abigarradas y caprichosas, como si en vez de ser simples dibujos pintados, fuesen un borbotón de cosas vivas sometido a múltiples transformaciones. Y cuando alzó la cabeza y vio la cara oval, rematada en un sombrero modesto y precario, de paja blanca, pudo comprobar que aun sin el sombrero y el rodete en el que se apoyaba, la muchacha era más alta que su padre, y, más que su padre también, que avanzaba, un poco intimidado, con el sombrero en la mano, estaba en el mundo sin ningún tipo de escrúpulo, miedo, o soberbia, contemporánea de su ser en todos los instantes, y ajena tanto a la duda como a la vanidad.

Más que la belleza física, que a Bianco no dejó de perturbarlo en forma instantánea, era esa intimidad con el mundo, serena, directa, llana, lo que le llamaba la atención. El padre estuvo conversando un momento con el Español, quien les ofreció un vaso de limonada que tomaron sin sentarse, y Bianco, desinteresándose de la conversación, le lanzaba a Gina miradas disimuladas que Gina parecía no percibir. Y cuando al cabo de un rato el padre y la hija se retiraron, Bianco dejó hablar largo tiempo al Español de su proyecto de ampliación de la fonda, pidiéndole incluso muchos detalles, para distanciar lo más posible la pregunta que pensaba hacer del momento en que Gina había estado presente en el patio, de modo que el Español no pudiese establecer ninguna relación, y por fin lo interrumpió:

—¿Es un buen albañil?

—Es más que un albañil —dijo el Español—. Es un constructor.

—A decir verdad —dijo Bianco—, se está muy bien en su establecimiento, pero creo que ya es hora de tener mi propia casa.

—Una pena —dijo el Español, con cortesía enigmática.

En el momento mismo en que Gina y su padre se alejaban, Bianco ya estaba pensando: tengo que dejar pasar un par de meses por lo menos y después, durante otro par de meses, hablar únicamente de la casa, y durante un par de meses más todavía hacer de modo que la familia vea la relación que existe entre Gina y la casa, que una muchacha de buena familia como Gina es impensable sin una casa como la que estoy proyectando construir, pero que la casa sin Gina para un hombre de mi edad, que ha dado tantos tumbos por el mundo, es un artefacto innecesario.

La prueba de que sus planes estaban calculados al milímetro, es que antes de haber hablado con el padre le escribió a Garay López dándole por hecho, extrayendo de esa ineluctabilidad de sus previsiones una satisfacción suplementaria. Cuando recibió la respuesta de Garay López felicitándolo —cierto que, aunque un poco irónica, bastante rápida—, no había todavía ninguna razón para recibir esas felicitaciones, porque oficialmente no se había declarado, y la familia no estaba al tanto de la cosa, pero no existía en Bianco la menor duda de que la realidad, igual que una hoja de papel pintado, sólo estaba esperando que él viniera a plegarla en cuatro y a metérsela en el bolsillo del chaleco. Y no se equivocaba: como lo había calculado casi instantáneamente en el momento en que la vio por primera vez, seis meses más tarde Gina era su prometida, del mismo modo que la casa, que había sido un esquema abstracto, un objeto imaginario, igual que en una partida de ajedrez una jugada que en sí no tiene valor y que sólo se realiza para ganar más tarde la partida, ya estaba en construcción. En todo eso, una sola cosa lo inquietaba: era evidente que la familia estaba más que satisfecha de la elección de Bianco, y que un matrimonio de fortuna para la hija, teniendo en cuenta su belleza y su instrucción, debía parecerles algo pertinente y necesario, inscripto en la lógica misma de las cosas, pero lo que dejaba perplejo a Bianco, y en esto se expresaba en él cierta contradicción, era que esa aceptación inmediata era también compartida por Gina, sin ningún tipo de efusión emocional, de cualquier signo que fuese, positiva o negativa, hasta tal punto que Bianco, al principio, se preguntó más de una vez, y más tarde todo el tiempo, si esa aceptación no era más bien indiferencia —ni siquiera resignación, indiferencia, porque en la resignación hay algo de extinto y de sombrío que estaba totalmente ausente de Gina. En tanto que los de la familia eran transparentes, los móviles de Gina se le escapaban. Al principio, iba a verla una vez por semana, los domingos a la tarde, y de tanto en tanto lo invitaban para la cena. A medida que pasaba el tiempo, sus visitas se hacían cada vez más frecuentes y no pocas veces los dejaban solos un buen rato en la sala, o bajo los árboles del fondo si hacía buen tiempo, y en algunas ocasiones, hasta les permitían ir a dar una vuelta por el centro de la ciudad, a visitar los negocios donde Gina se iba comprando, poco a poco, las cosas necesarias para el casamiento. Bianco pagaba las facturas con discreción y placer. En ninguna de esas

ocasiones, llegó a rozarle ni siquiera la mano, aunque más de una vez la conversación, sobre los temas más diversos se encendía de entusiasmo en los labios de Bianco y Gina parecía escucharlo con atención extrema.

Bianco tenía, evidentemente, de tanto en tanto, el deseo de tocarla, de poseerla, sobre todo si se tiene en cuenta que a medida que Gina se encaminaba hacia la mayoría de edad, su cuerpo maduraba, se expandía, se volvía más firme, más pleno, más abundante, pero siempre se abstuvo de hacerlo, sin dejar de experimentar la impresión, inquietante y un poco terrible, de que Gina aceptaría sus toqueteos, e incluso se abandonaría a ellos, con la misma pasividad con que había aceptado todo el resto. Esa pasividad era, sin embargo, lo contrario de la obediencia —como si Gina también hubiese tenido sus planes, más vastos, más insondables, más ineluctables que los de Bianco, y en el esquema de los cuales Bianco no hubiese sido más que un elemento secundario, insignificante, intercambiable.

Por fin llegó el casamiento, cuando ya la casa estaba terminada desde hacía unos meses.

Como la fiesta se realizó en familia, Garay López no vino de Buenos Aires, pero incitó a Bianco a venir en viaje de bodas a la capital. A Bianco le pareció una buena idea: insensible a los encantos de la exogamia, que trae hasta los esposos una porción desconocida del mundo y la vuelve mutuamente familiar, anexando zonas extrañas y heterogéneas, Bianco prefería marcar con su viaje de bodas a la capital la diferencia que pensaba establecer en adelante con su familia, mostrando desde el primer momento los límites y la autonomía de cada territorio. Pero como el vapor salía recién el domingo al atardecer y ellos se casaron el sábado, pasaron la primera noche en casa.

Los habían dejado solos. Como era a fines de octubre, el calor empezaba a apretar, y aunque eran las once de la noche, se podía andar tranquilamente en mangas de camisa por las habitaciones e incluso por los patios. Los habían traído en coche hasta la casa —la familia había insistido para que, como lo manda la tradición, el banquete se hiciese en casa de los padres de la novia— y cuando los caballos se alejaron por la calle de tierra, hasta que el ruido de los cascos, igual que si una substancia luminosa participara en su composición, se perdió en la oscuridad, Bianco y Gina anduvieron un poco por los patios y después penetraron en el dormitorio. Nunca habían hablado, ni siquiera por medio de alusiones remotas, de lo que se avecinaba, y Bianco, por discreción, aunque sentía sus acostumbradas palpitations en la nuca y en la espalda, entre los omóplatos, prefirió salir un momento al patio, a fumar un cigarro mientras Gina se cambiaba. De tanto en tanto, echaba una mirada rápida hacia las cortinitas tejidas que dejaban pasar la luz del interior, y cuando pensó que Gina debía estar preparada se encaminó despacio hasta la puerta del dormitorio y después de tratar de escuchar unos segundos algún ruido proveniente del exterior,

golpeó dos veces con el nudillo del índice el vidrio de la puerta.

—Sí —dijo la voz de Gina, sin ninguna inflexión particular.

Bianco empujó la puerta y se paró de golpe en la entrada: en los meses transcurridos, cuando salían al centro a hacer compras para completar el ajuar de Gina, aunque Bianco, discretamente, se limitaba a esperar afuera mientras Gina, sola o con su madre, elegía las prendas necesarias, sedosas y sucesivas, destinadas a envolver y a disimular su carne caliente y distante, y recién cuando las mujeres se habían hecho envolver los paquetes entraba a los negocios para pagar la factura, y aunque no había visto en ningún momento los objetos por los que pagaba con tanta buena voluntad, no había dejado de imaginarse a Gina, cada noche, cubierta por esas telas lisas y transparentes, de modo que al comprobar que, echada en la cama, después de haber retirado la sobrecama, Gina estaba completamente desnuda sobre la sábana blanca, Bianco abrió los ojos y la boca desmesuradamente y, enarcando las cejas color ladrillo, dio dos pasos al costado y se apoyó contra el lavatorio. Sin duda el cuerpo de Gina, mate, firme, lleno de redondeces tensas y proporcionadas, con esa sorprendente franja de vello oscuro que bajaba desde el ombligo hasta el triángulo negro del pubis formando una flecha que, perentoria, señalaba la protuberancia rugosa de la que se entreveía el revés rojizo, sin duda los ojos también, abiertos y calmos, que lo miraban con su franqueza habitual, sin pudor ni obscenidad, eran la causa de las palpitaciones aceleradas y del desconcierto de Bianco, pero era sobre todo la expresión de la cara oval lo que lo perturbaba, la manera directa, literal, en que esa expresión parecía mostrar que Gina había interpretado los eufemismos, circunloquios, alusiones de esos dos años de espera, desde el momento en que él había fijado los ojos en el ruedo tumultuoso del vestido sobre los zapatitos blancos hasta los pocos segundos antes en que había golpeado el vidrio de la puerta del dormitorio con el nudillo del índice.

Muy en el fondo de sí mismo, pero con ramalazos fugaces que por momentos llegaban, bruscos, a la superficie, Bianco sentía que había en Gina algo desconocido, inabordable, un elemento inesperado que escapaba a su dominio, un porcentaje de fuerza indefinible que debía tener en cuenta en todos sus cálculos en adelante y que únicamente podría manejar a ciegas sabiendo que, liberada, esa fuerza era capaz de provocar reacciones imprevisibles y destructoras.

Desde que le hiciera construir el rancho en el campo por uno de los peones de su familia, Garay López no había vuelto a la ciudad; pero Bianco viajaba a Buenos Aires todos los veranos, prolongando, en sus largas conversaciones en varios idiomas, la correspondencia irónica, copiosa y llena de alusiones y de controversias, que se mandaban regularmente. El casamiento de Bianco le inspiraba un escepticismo remoto y aéreo a Garay López: según él, el pensador y el artista no son aptos para formar una familia, artistas y pensadores son ya entre ellos una familia, se fecundan

mutuamente, y engendran, según sus propias palabras, esa prole impalpable e imperecedera que son las obras del espíritu. Pero no solamente puso su propia casa a disposición de ellos por lo que durara el viaje de bodas, mudándose al hotel, sino que estaba esperándolos en el puerto, más elegante que nunca, habiendo calculado con atención frente al espejo la armonía discreta de sus tonos apagados. Bianco bajó primero del barco, para no hacerlo esperar, mientras Gina terminaba de arreglarse, y después de un momento de conversación jovial, la vieron aparecer por la planchada. Dos manchas encarnadas y súbitas se imprimieron en las mejillas pálidas de Garay López:

—Chapeau, cher ami —murmuró, sin siquiera volver la cabeza hacia Bianco, viendo el largo cuerpo esbelto y ondulado, las piernas firmes imprimir su volumen sobre el vestido amarillo a cada paso, mientras bajaba por el declive atenuado de la planchada hasta que la suela de sus zapatos tocaron la orilla.

—Le confío al único amigo que me queda en toda América del Sur —dijo Garay López, después de besar largamente la mano de Gina, y a Bianco le pareció percibir, en la ironía un poco ausente con que pronunció sus palabras, una emoción confusa, una especie de agitación, como si le hubiese faltado el aire en el momento de emitirlas. La costumbre de Garay López de estrechar la mano de sus interlocutores entre las suyas y mantenerla prisionera durante las primeras frases de la conversación, que siempre le había producido cierta molestia cuando se trataba de su propia mano, lo impacientó un poco ahora que esa mano era la de Gina, y la expresión de asombro placentero de Gina ante las efusiones de Garay López le hubiese parecido chocante si, en un momento de distracción de Garay López, Gina no le hubiese dirigido una mirada rápida y disimulada, vagamente suplicante, como si le estuviese pidiendo que la rescate de la situación.

Se instalaron en la casa de Garay López, y durante los primeros tres días, después que les hubo mostrado todas las habitaciones y hubo dado instrucciones a la sirvienta y la cocinera, Garay López no volvió a aparecer. Mientras Gina se vestía para salir, Bianco examinaba, con escepticismo esporádico, su biblioteca. Aunque había estado en ella varias veces, nunca había tenido la oportunidad de recorrerla a sus anchas, y no lo asombraba que no lo asombrara descubrir en ella muchos de los autores que eran los dioses principales de la religión positivista: ya había observado que Garay López disimulaba muchas de sus verdaderas convicciones para serle agradable, actitud que Bianco valoraba, pero que en su fuero íntimo estimaba innecesaria, ya que, por considerarlo un temperamento inmaduro y un poco extravagante, más de artista que de pensador, no le atribuía a Garay López una gran estatura filosófica, y toleraba sus convicciones con condescendencia. Al tercer día, Garay López vino a buscarlos, mostrando en todos sus actos, de una manera un poco ostentosa, por parecerle el colmo de la discreción, que mientras ellos estuviesen allí, él se

consideraría de visita en una casa ajena.

—Pero si la casa es suya —decía Gina, riéndose, mientras Garay López, con los ojos entrecerrados, sacudía sin cesar la cabeza repitiendo «No, no, no, no, no», de un modo terminante y serio para demostrar que semejante concepción de las cosas era inadmisibile.

Cuando se quedaba sola con Bianco, Gina lo imitaba, burlándose de él. Pero cuando venía a visitarlos o llevarlos de paseo, se la pasaban riendo y conversando. Un poco al margen, Bianco los observaba: a no ser por la palidez de Garay López — se hubiese dicho que hacía todo lo posible para no broncearse en verano—, que contrastaba con la piel mate de Gina, se parecían tanto físicamente que podían dar la impresión de ser hermanos: eran exactamente de la misma altura, y cuando se paseaban los tres, como Bianco iba siempre en el medio, su pelo color ladrillo apenas si llegaba al mentón de Gina y de Garay López, quienes a menudo hasta se dirigían la palabra por encima de su cabeza. El pelo y la barba bien recortada de Garay López eran tan lacios como los cabellos de Gina y tenían su mismo tinte renegrado; aparte del color de la piel, sus manos, largas, finas y un poco huesudas, eran idénticas; y hubiese podido decir lo mismo de la mirada, de esa costumbre que tenían los dos de abrir mucho los ojos y fijarlos en él, en Bianco, insistentes y francos, de una transparencia que turbaban destellos oscuros, y que se encendían a veces con un brillo suplementario, que en Garay López provenían de la insolencia y en Gina de algún sentimiento insondable del que tal vez ni ella misma era consciente. Y aunque Gina, apenas se separaban, resoplaba con gestos exagerados para demostrar que la presencia de Garay López la agotaba, Bianco podía comprobar al día siguiente que los intercambios joviales recomenzaban, motivando en él una ansiedad levísima, casi ignorada, y un deseo cada vez más consciente de, si existía realmente una complicidad, quizás oculta incluso para ellos mismos, obligarlos a revelarla. Más que tranquilidad, buscaba confusamente certidumbre —sin saber, a decir verdad, certidumbre de qué, de alguna verdad nueva acerca de las cosas, de algún aspecto que, en los cuarenta y cinco años de su vida, no había formado parte de sus preocupaciones, o si lo había hecho, debía remontarse a los años oscuros, esa época de su vida, anterior a los treinta años que, a fuerza de querer ser brumosa para el mundo, había terminado siéndolo sobre todo para él mismo. Bianco sentía que si esa complicidad existía, y él era el único que se daba cuenta de su existencia, la situación era todavía más humillante para él, como si estuviese siendo provocado no por Gina y Garay López, sino por la energía maligna de lo secundario encarnada en ellos, las ramificaciones ávidas y ajenas tanto al bien como al mal de una serie de coincidencias de substancia y temperatura que se agotaba en el solo impulso de sus transformaciones.

—Mañana es mi día libre en el hospital, y quiero que me preste a Gina, cher ami,

para que me ayude a comprarle unos regalos a mis hermanas, si Gina, naturalmente, está de acuerdo —dijo Garay López una noche en que comían los tres juntos en el restaurant del hotel.

—Justamente, es el día ideal, porque tengo varios asuntos pendientes que arreglar, y me estaba preocupando dejar sola a Gina durante todo el día —respondió Bianco, después de quedar pensativo durante fracciones de segundo como cada vez que se disponía a dar una respuesta afirmativa a una proposición que coincidía enteramente con sus propios planes.

—Prometo devolvérsela al anochecer —respondió Garay López.

A la mañana siguiente, a eso de las diez, Garay López pasó a buscarla y, cuando se fueron, Bianco, en lugar de vestirse y de salir a la calle como tenía previsto, se echó en la cama, y durante un par de horas estuvo esperando, imposibilitado de levantarse, el regreso de Gina y de Garay López. A cada momento se decía: «De todos modos no vuelven hasta el anochecer, no vale la pena esperarlos», pero de tanto en tanto le parecía oír el ruido de la puerta de calle, la voz de Gina, la risa de Garay López, los pasos familiares que resonaban en los cuartos y se aproximaban hasta el dormitorio. Dos o tres veces, realizando un esfuerzo desmesurado, fue hasta la ventana de la calle para ver si venían. Hasta que alrededor de la una, sin pensar en ningún momento en lo extraño de su conducta, se vistió y fue a ver a los dos o tres comerciantes con los que tenía sus asuntos pendientes. Pero casi ni escuchaba lo que los otros le decían y su famoso sentido pragmático, que él pretendía no tomar en serio, y del que hablaba a veces como otras personas de la facultad que tienen de escupir entre los dientes, parecía haber dejado de funcionar desde la mañana. Terminó lo antes posible sus entrevistas comerciales y salió a la calle. Dos o tres veces por cuadra le parecía ver a Gina y a Garay López, entrando o saliendo de un negocio, de una casa, paseando en un coche de plaza, y el vestido amarillo de Gina, el mismo que llevaba al bajar por la planchada, que para su sobresalto se había puesto esa mañana, parecía flotar y desvanecerse, ubicuo, aquí y allá, por las calles de Buenos Aires. Por fin, a eso de las cuatro, volvió a la casa y, sentándose en un sillón frente a la puerta, se puso a esperar que regresaran. Segundo tras segundo, minuto tras minuto, hora tras hora, no hizo más que esperar: estaba paralizado para cualquier otra clase de acción, para la acción en general, y lo curioso era que no pensaba en otra cosa, no imaginaba ni sospechaba nada, no les atribuía a Gina y a Garay López ninguna intención particular, sino que estaba simplemente ansioso por saber si esa fuerza adversa y ciega, cuya presencia él creía haber percibido en Garay López y en Gina, ya se les había revelado también a ellos y estaba impaciente por reconocer en sus caras la evidencia de esa revelación. La habitación se fue oscureciendo mientras esperaba, inmóvil, pasando de un instante a otro igual que, durante un sueño, del escalón a otro de una escalera que da al vacío, hasta que, más cerca de las ocho que

de las siete, oyó el ruido de la puerta y, saltando del sillón, corrió hasta el dormitorio y se dejó caer en la cama, de modo que cuando Gina entró en el dormitorio tuvo que sacudirlo con suavidad un par de veces, porque simulaba dormir profundamente.

Gina le rozó la mejilla con los labios y Bianco notó que parecía descontenta. Se lavó la cara y se arregló un poco, exactamente igual que si hubiese estado durmiendo muchas horas, y entró en la sala, donde Gina había encendido las luces, con aire jovial y despreocupado:

—Creo que he dormido demasiado —dijo.

—Le tenemos preparada una sorpresa que lo va a despertar —dijo Garay López.

Las cejas de color ladrillo se enarcaron un poco.

—Gina, tiene que ser usted —dijo Garay López.

—No —dijo Gina, con seriedad—. Usted que es el instigador.

Bianco advirtió el descontento creciente de Gina, y esperó unos segundos. Por fin Garay López, de entre los numerosos paquetes que se amontonaban sobre la mesa, sacó uno que apenas si cabía en la palma de su mano, envuelto en un papel basto, que parecía haber absorbido una especie de lubricante, y se lo extendió a Bianco:

—Es para hacer trabajar su imaginación —dijo Garay López.

Bianco recibió el paquete y lo desenvolvió: era un artefacto de metal, no más grande que la palma de su mano, en realidad una barra de hierro de unos quince centímetros de largo y cinco de ancho cuyas extremidades estaban dobladas hacia arriba, formando una especie de U de base recta, un poco más ancha que las dos caras verticales, en cada una de las cuales había un orificio. Los dos orificios estaban a la misma altura, y poniendo el artefacto a la altura de su ojo derecho, Bianco miró a Garay López a través de los orificios.

—Un torniquete para tensar el alambre —dijo.

—Por eso quisimos ir solos, para darle la sorpresa, cher ami —dijo Garay López, con una sonrisa que Bianco podía ver a través de los orificios alineados del torniquete.

Aunque el plural de Garay López le parecía un poco abusivo, y en cierto sentido, paradójico, ya que en lugar de incluir a Gina servía más bien a definir una proyección fantástica de Garay López en la situación, Bianco lo ignoró y, sopesando con entusiasmo discreto el torniquete, miró interrogativamente a Garay López.

—Un amigo alemán —dijo con satisfacción Garay López— puede ponernos en contacto con el fabricante.

Bianco aprobó de modo lento y repetido con la cabeza, pensando ya en las consecuencias prácticas del asunto: desde hacía varios años, venía proyectando imponer el alambre en la llanura para cercar los campos, de límites confusos, y ante la resistencia de los propietarios tradicionales a adoptar el sistema, se le había ocurrido que, si se asociaba con Garay López, introduciría un caballo de Troya entre

los ganaderos de la provincia —incluso el hermano, a pesar del odio que existía entre ellos, o tal vez justamente a causa de ese odio, no podría oponerse—; y como Bianco estaba convencido de las ventajas del sistema, pensaba que, si unos pocos lo aceptaban, tarde o temprano todos los demás terminarían por adoptarlo. Garay López había vacilado mucho tiempo antes de aceptar su propuesta, y los sacudimientos de cabeza de Bianco, acompañados de una sonrisa pensativa que, por alguna razón extraña, atenuó por un momento el rictus amargo de sus labios, eran la consecuencia de la satisfacción inesperada que le producía el regalo de Garay López, el regalo con que le daba en forma cifrada y un poco teatral, como era su costumbre, la respuesta. Garay López lo miraba con su ironía habitual, pero ahora había en su mirada ondulaciones emotivas de las que sus propios actos eran la causa, ya que su emoción un poco ostentosa, o reprimida ostentosamente, parecía provenirle de suponer en Bianco cierta emoción oculta por la recepción del regalo. Pero si había alguna emoción en Bianco, le venía menos de esa barra de hierro plegada en forma de U, con dos orificios alineados en las caras verticales, que porque estaba pensando: «Antes de este viaje, cuando yo le hablaba de mi proyecto de alambrar el campo, reaccionaba con ironía, por no decir con desprecio, aunque fingiera interesarse en él, y ahora, como por casualidad, justo ahora que me casé, se me adelanta en todo y actúa ya como si fuera mi socio.»

—Gina, gracias. Gracias, caro dottore —dijo Bianco, y si bien Garay López sonrió satisfecho ante sus palabras, el descontento de Gina, en vez de disminuir, pareció acrecentarse un poco al escucharlas. Gina recogió algunos paquetes de sobre la mesa, y desapareció en dirección al dormitorio. Y cuando Garay López se retiró por fin, rechazando la invitación a cenar porque estaba de guardia esa noche en el hospital, Bianco entró al dormitorio y encontró a Gina echada en la cama en la oscuridad, y aun en la oscuridad, aunque estaba inmóvil, Bianco se dio cuenta de que no dormía. Estaba impaciente por escrutar su cara, examinarla con cuidado, sopesar cada uno de sus gestos para ver si la fuerza adversa, de la que él estaba convencido que había entrado en ella, ya le había hecho evidente su presencia. Para su sorpresa, Gina le habló en la oscuridad, con la voz entrecortada por los sollozos:

—Me has hecho perder el día buscando ese pedazo de fierro. Es la última vez que vengo a Buenos Aires. Pensé que era nuestra luna de miel —decía, entre los sollozos, la voz de Gina en la oscuridad—. ¡Y tu Antonio, tu Antonio! ¡Qué pesado! No estoy casada con él. No tengo por qué ir a comprar regalos para sus hermanas, y llevárselos.

Echándose junto a ella en la oscuridad, Bianco se dispuso a consolarla, sorprendido de oír llorar a Gina por primera vez desde que la conocía; y las razones eran tan inesperadas y banales, que Bianco sonrió brevemente en la oscuridad; en cierto sentido, la existencia misma de Gina lo aterrorizaba, y el hecho de que esa

existencia transcurriera de ahora en adelante en la proximidad de la suya le parecía una situación inconcebible, peligrosa, aunque, a decir verdad, él, que contemplaba todas las situaciones desde una especie de altura desinteresada y gélida, únicamente presentía el peligro y el terror de una manera confusa que, en lugar de elevarlo hasta su conciencia, lo hacía volverse rígido, lo ponía en una actitud de vigilancia extrema, permanente, igual que alguien que, caminando en la oscuridad, sabe que puede recibir un golpe pero no puede anticipar desde qué punto de la negrura le llegará. Igual que un imán las limaduras de hierro, Gina atraía todos sus pensamientos, pero igual también que las limaduras, desplazándose cada vez más rápido y más inexorablemente por el campo magnético, sus pensamientos no sabían nada de la fuerza que los atraía. Y acariciando los cabellos de Gina, rozando con los dedos blancuzcos sus mejillas por las que sentía correr las lágrimas, empezó a hablarle de Garay López, diciéndole que si bien era inmaduro, no debía olvidar que era su único amigo y además su socio, que les había prestado la casa para que pasaran la luna de miel, y que en ese momento estaban justamente acostados en su cama. Dejando de llorar poco a poco, Gina parecía escucharlo con esa atención excesiva, y excesivamente crédula también, tomando sus palabras del modo más literal, aceptando su discurso por lo que significaba de un modo patente y no por lo que podía callar, eludir o sugerir, esa atención que era menos obediencia que simplicidad, y tan reconcentrada, que en medio de sus esfuerzos por calmarla e inducirla a aceptar a Garay López, Bianco se preguntó en determinado momento si no se estaba extralimitando, e incluso si no debía reconocer ante Gina ciertos defectos patentes en Garay López, por ejemplo su insolencia. Pero no podía hacerlo; sin darse cuenta, las críticas de Gina hacia Garay López, después de su larga espera del día, le causaban cierta decepción.

—En todo caso, no me obligues a aburrirme otra vez con él durante todo el día — le dijo Gina riéndose, y abrazándolo en la oscuridad.

Pero a la noche siguiente, cuando Garay López vino a comer con ellos, Gina retomó la misma confianza dicharachera que en los días anteriores, y cuando, al llegar, Garay López le besó la mano y la retuvo un buen rato entre las suyas, mientras decía algunas frases ingeniosas, Gina no dirigió hacia él, hacia Bianco, ninguna mirada disimulada y suplicante.

Parecían hechos de la misma substancia, la misma pasta elástica, juvenil y nerviosa que había sido amasada de una sola vez y después repartida en dos mitades iguales para darles forma y soltarlos al mundo, llevando siempre la marca del origen común, e incluso la diferencia de sexo parecía borrarse, ya que si la abundancia gestual, los tonos agudos y afectados y los suspiros de Garay López tenían algo de femenino, la estatura de Gina, sus manos un poco huesudas eran como los residuos masculinos de su persona, y, como si combinaran en un espacio común esos

excedentes andróginos, parecían equilibrarse y complementarse uno al otro. Tan grande era la confianza que reinaba entre ellos que Bianco, observándolos con discreción, se arrepintió un poco de haber sido tan benévolo con Garay López la noche anterior, en el dormitorio, y, cuidando sobre todo de que ninguno de esos pensamientos turbios lo traicionara, se dispuso a afrontar, en el futuro, esa fuerza que lo desafiaba.

Sentado en el sillón de caña, junto a la puerta del dormitorio, Bianco contempla el patio soleado, y hasta la galería le llega la tibieza de la luz, del aire apacible de octubre que no logran contaminar sus pensamientos, vertiginosos y oscuros. La proximidad de Gina, extendida en la cama, en la penumbra, le llega como en ráfagas espesas desde el dormitorio. Para olvidarse de ella, Bianco se levanta y se dirige a su despacho, cruzando el patio soleado, pasando bajo la galería de enfrente, y haciendo un rodeo breve por la sala para recoger la botella de cognac y un vaso que lleva consigo hasta el despacho, depositándolos sobre el escritorio. Bianco se sienta, se sirve un poco de cognac, se lo toma, y volviendo a servirse un poco más deja la botella otra vez sobre el escritorio. El cognac pasa con suavidad por la garganta, por el esófago, y Bianco siente su recorrido un poco picante hasta que se expande en el estómago, y casi en seguida unas gotas de sudor empiezan a correrle por la espalda, al mismo tiempo que el alcohol, filtrándose por los pliegues secretos del cuerpo, vuelve sus pensamientos como más remotos, acolchados por una especie de bruma tibia, más indoloros e impersonales, igual que si fuesen ajenos. En la boca, en la lengua, recién unos segundos después de haberlo tragado, empieza a percibir el sabor, como un suplemento agradable que en verdad no ha deseado, y del que ni siquiera se da cuenta, tal vez porque el verdadero alivio que buscaba en el trago de cognac consistía en algonar sus pensamientos, darles un ritmo ordenado, reinar sobre ellos y, habiéndolo conseguido, su capacidad de satisfacción se halla momentáneamente saturada como para dispersarse en otras sensaciones agradables. Y cuando se toma la segunda copa, los borbotones de pelo color ladrillo que le cuelgan a los costados de la frente empiezan a humedecerse y a apelmazarse y a pegársele contra las sienes. Sobre el escritorio, sus papeles, ordenados, descansan plácidos, en dos pilas que dejan el centro del escritorio vacío, a no ser por el tintero de plata, alargado, con dos recipientes para la tinta y una muesca en la que descansan varias lapiceras. Las dos pilas de papeles y cuadernos, a los dos costados del escritorio, han sido ordenados personalmente por Bianco, según un principio simple, pero que Bianco considera al mismo tiempo racional y simbólico: del lado derecho las cartas comerciales, los libros de contabilidad, los papeles relativos al campo, al ganado, a sus diferentes propiedades, a sus proyectos comerciales; del lado izquierdo, sus anotaciones filosóficas destinadas a preparar su refutación de los positivistas, copias de citas de algunos tratados, reflexiones escritas por la noche, después de la cena, resúmenes de

sus meditaciones en el rancho, e incluso antiguas cartas de Garay López donde figuran algunas observaciones de su socio relativas a esos problemas. Para Bianco, sin la menor duda, la parte izquierda de su cuerpo abriga todos sus componentes espirituales y filosóficos, en tanto que la mitad derecha es la sede de sus elementos pragmáticos.

Bianco se sirve un tercer cognac, sabiendo de antemano que si el primero le sirvió para aminorar la velocidad de sus pensamientos y volverlos distantes e indoloros, y el segundo para separarlo del mundo, instalándolo en un sistema cerrado en el que, viendo flotar, como en un tubo de ensayo en el que se ha hecho previamente el vacío, esos pensamientos indoloros para poder examinarlos uno a uno, disecándolos y clasificándolos, el tercero, ya casi innecesario, no tiene otra función que la de permitirle realizar ciertos movimientos exteriores, mientras se ocupa de lo que pasa en su interior. Pero no ha acabado de servírselo y de inmovilizarse en la silla, cuando un par de golpes discretos lo hacen alzar la cabeza hacia la puerta que da a la galería.

—¿Puedo? —dice la voz de Gina desde el exterior, y antes de que Bianco tenga tiempo de responderle, empuja la puerta y se asoma al estudio.

—Por supuesto —dice Bianco.

Cuando Gina empieza a avanzar hacia el escritorio, Bianco observa que está descalza y que, a cada paso, los pies, al elevarse un poco, muestran la planta ennegrecida de polvo.

—¿Trabajabas? —dice Gina.

—No, no —dice Bianco—. Estaba tomando un cognac, y quería arreglar unos papeles.

Gina arrima una silla y se sienta frente a él, del otro lado del escritorio. Durante unos segundos, lo mira pensativa, y después le dice con gravedad, pero pensando ya en otra cosa:

—No tomes tanto.

—Es la tercera vez que me sirvo, y media copa solamente —dice Bianco.

—No sé cómo se puede tomar cognac con este calor —dice Gina.

—No hace tanto —dice Bianco.

Gina no le responde. Baja la mirada, reflexiona unos segundos, y después vuelve a alzar hacia Bianco los ojos grandes, bien abiertos, insondables y francos a la vez, un doble muro brillante detrás del cual pululan masas oscuras de vida secreta que Bianco no alcanza a reconocer o a adivinar.

—Tengo un retraso de tres semanas con la regla —dice Gina—. Creo que estoy embarazada.

De golpe, todos los poros de Bianco parecen abrirse a la vez, y como si se hubiese puesto una camisa empapada, siente que el sudor le corre por la espalda, por el pecho, por los brazos, y al mismo tiempo empieza a percibir unos latidos rítmicos en la nuca

y entre los omóplatos.

—¿Tres semanas? —dice, tratando, y consiguiéndolo a duras penas, de que no le tiemble la voz.

—Sí, tres semanas —dice Gina—. No te lo dije antes, porque quería estar segura.

—¿Segura de qué? —dice Bianco.

—Segura de que no me venía —dice Gina.

Bianco asiente, la cara un poco más blanca que de costumbre, el pelo color ladrillo pegado ya no solamente a las sienes sino también a las redondeces protuberantes del cráneo, y al mismo tiempo, estirando la mano, alza la copa de cognac y toma un trago, y después otro, mirando el fondo vacío de la copa durante unos segundos antes de depositarla otra vez sobre el escritorio.

—Es por eso que no puedo concentrarme. No es culpa tuya si no lo logramos —dice Gina.

—No tiene nada que ver —dice Bianco—. No te preocupes.

—Fue esa mañana, cuando volviste del campo. El día que estuvo Antonio. Estoy segura —dice Gina.

Bianco simula hacer un esfuerzo de memoria.

—Sí, sí, me parece que ahora me acuerdo —dice.

—Nunca hablamos de hijos —dice Gina—. Yo estoy contenta. Pero...

—¿Pero qué? —dice Bianco, con una sonrisa rápida que le hace empalidecer un poco más todavía sus labios blancos, casi azules, y agrietársele las arrugas finísimas alrededor de los ojos—. Es una excelente noticia.

—Nunca hablamos de hijos —dice Gina—. Pensé que te gustaría tener algunos.

—¿Algunos? —dice Bianco—. Veamos por ahora qué sale del primero.

Gina se echa a reír.

—Es cierto —dice. Sus ojos se clavan otra vez en los de Bianco—. No quiero seguir interrumpiéndote —le murmura, bajando extrañamente la voz.

Bianco le sostiene la mirada.

—Era para decirme algo importante —murmura a su vez.

Se quedan mirándose. El silencio de la casa, del domingo, de octubre, cobra tal evidencia que se vuelve solemne y omnipresente, atravesado por esa mirada que, aunque también silenciosa, está llena de rumores, de coletazos de pensamientos, de experiencias, de recuerdos adheridos en el revés de las pupilas, de la frente, que mariposean errabundos y fosforescentes, en el escenario negro de cada uno que, aunque cercano en el espacio, es infinitamente lejano, inaccesible para el otro. «Es de él», piensa Bianco, y después se dice que si se lo preguntara, ella tal vez le contestaría la verdad, con la misma simplicidad insondable con que ahora está mirándolo a los ojos sin parpadear pero que, de todos modos, cualquiera fuese la respuesta, verdadera o falsa, negativa o afirmativa, seguirá siendo inverificable para él, que esa serie de

acontecimientos que tuvieron lugar el día de fines de agosto en que, llegando del rancho, la encontró chupando con expresión de placer intenso un cigarro en compañía de Garay López, ya transitaba por pasadizos inalcanzables de órganos y memoria, ya están hechos sangre y tejidos, experiencia intransferible e incomunicable, más lejanos de su dominio que el confín del universo. Que lo reconozca o que lo niegue, piensa Bianco, es de todos modos siempre la misma fuerza mortífera, el mismo magma excremental y pantanoso en el que ellos, se den cuenta o no, se revuelven y chapalean. Y, piensa, al fin de cuentas, sería deseable que sea de él, que por lo menos sepan en qué sustancia abominable están prisioneros.

—Deberíamos dar un paseo por el río —dice Bianco—. En tu estado, es de lo más recomendable.

—Voy a vestirme —dice Gina. Pero antes de salir, viene junto a Bianco y le roza la mejilla con los labios.

Y, en los meses que siguen, el vientre de Gina empieza a crecer. Bianco lo observa un poco a distancia, con perplejidad gélida, igual que el que estudia, sin un interés particular, el crecimiento de un batracio o el desarrollo de una planta, viendo cómo los rasgos de Gina, sus brazos, su cuello, su cuerpo entero, van haciéndose más plácidos y pesados a medida que el vientre se infla. Durante los meses de verano, la fiebre, los pensamientos en estampida se apoderan de Bianco otra vez. Es verdad que hace un calor desmesurado, lleno de estridencias, de rumores, de insectos ciegos y de mosquitos que, subiendo de los pantanos, ennegrecen el aire, gruesos y negros como moscas, enloqueciendo hombres y animales, y Bianco, en los atardeceres turbulentos y pesados, se acuerda a veces del terror de Garay López por el verano de la ciudad. Por otra parte, en su fuero interno, Bianco ya se ha expedido respecto de Gina, y muchas veces la imagina, no únicamente en compañía de Garay López, sino en la de todos los hombres de las inmediaciones, está convencido de que esa materia innombrable que él abomina ella no únicamente la padece, sino que incluso la segrega, y que, igual que esos insectos hembra que erotizan la rama del árbol en que se asientan, Gina contamina lo que toca, y siembra a su paso un reguero voluptuoso. Al principio, es capaz de seguir la evolución de sus pensamientos hasta lo que él considera el borde mismo del delirio pero, como ese borde va reculando a medida que avanza el verano, en los momentos en que se dice «Esto ya no es ni pensamiento pragmático ni pensamiento puro sino delirio», no sabe que lo que ha empezado a llamar el mes anterior pensamiento, dos meses atrás lo que antes era su pensamiento ya lo ha catalogado como delirio, y él, Bianco, que le ha dicho tantas veces a Garay López que el sabio es indiferente al frío o al calor, al abrigo o a la intemperie, a la ganancia o la pérdida, se sorprende a menudo estremeciéndose al ver cómo las hojas se secan al sol de febrero o los animales deambulan, atontados, por los corrales. Es algo sin nombre, nunca hubiese podido temer que me suceda porque no tiene nombre,

únicamente los nombres nos aterrorizan, piensa a veces, cortando su cognac con un poco de agua fresca para poder soportarlo en las noches de verano.

—No tomes tanto —le suele decir Gina, con dulzura, y Bianco la mira fijo, como abstraído, sin parpadear, durante unos instantes, y después sacude la cabeza y emite una risita seca:

—Soy yo el que debe cuidarte en estos meses, y no al revés —le dice suavemente—. Ya, por ejemplo, tendrías que estar en la cama.

Y tomándola del brazo, la lleva despacio hasta el dormitorio, anticipándose un poco cuando están por llegar para abrirle la puerta, ayudándola a desvestirse y a acostarse, entrando en puntas de pie más tarde, cuando ella ya está dormida y él un poco borracho, para no despertarla o sobresaltarla.

Por fin llega el otoño. Pero después de una tormenta sin agua, hecha exclusivamente de nubes negras, de truenos y relámpagos, de viento y de remolinos de tierra pero sin una sola gota de agua, ni una sola, a fines de marzo, refresca un poco durante una semana y, en seguida, en dos o tres días, el calor recomienza, pringoso, húmedo, contra natura, apelmazando tanto el aire que hasta los mosquitos, que suben de a millones de los pantanos, revolotean atontados. Ya está de ocho meses, pronto va a parir, piensa Bianco.

Ha barajado tanto la posibilidad de que la criatura sea de otro, ha llegado tan lejos por el corredor negro por el que, insensiblemente, fue internándose, que empieza a darse cuenta de que es preferible, para él, que sea de otro, que, en vez de recular por el corredor oscuro, tiene que seguir adelante, tiene que desear, apostar, probarse a sí mismo que es de otro, del otro, de Garay López, que la criatura es un día más vieja de lo que Gina le ha contado, pero que Gina, está seguro, ni aun si la tortura estará dispuesta a reconocerlo. No, piensa: es Garay López el que va a decírmelo.

«Voy a escribirle que Gina está embarazada de ocho meses y medio, y a punto de parir. No tendrá más que hacer sus cálculos. Si él estuvo sobre ella esa tarde, sobre ella que estaba echada boca arriba con el almohadón en las nalgas, en el centro de la cama, va a aparecer por la ciudad.»

EN 1854 más o menos, unas veinte leguas largas al sur de la ciudad, no lejos del río Carcarañá, supo haber un hombre que vivía en la llanura con su familia, en un rancho miserable, cerca del único árbol que crecía a muchas leguas a la redonda. El hombre tenía unos cuarenta años en aquella época, y había viajado un poco, llegando hasta las puertas de Buenos Aires, porque dos o tres años antes había sido soldado y después desertor del Ejército Grande, e incluso después de desertar había andado deambulando unos meses por la llanura, lindando incluso las tierras indias, antes de volver a su provincia. Como era desertor, únicamente de tanto en tanto paraba en su casa; la mayor parte del tiempo se la pasaba en el campo, durmiendo a la intemperie con la silla del caballo por almohada, carneando ajeno para alimentarse o cayendo a las pulperías para comprar yerba, tabaco y azúcar, emborracharse y desaparecer. Era un criollo alto, callado, musculoso, que a pesar de la vida vagabunda, cuidaba mucho su aspecto personal, casi hasta la coquetería, y entre los chirimbolos que llevaba consigo tenía siempre un cepillo, un espejito y unas tijeras; no bien llegaba a orillas del Carcarañá se daba un chapuzón, y, de haber pasado alguien por los parajes desolados que frecuentaba y que conocía como la palma de su mano, no hubiese sido raro verlo, sin bajar siquiera del caballo que pastaba tranquilamente, después de haber depositado el sombrero entre las orejas del animal, recortándose el cabello y la barba ensortijada, manejando con atención y prolijidad las tijeras con una mano y sosteniendo con la otra el espejito en el que observaba meticuloso, a cada tijeretazo, el resultado de su trabajo. A pesar de que se le atribuían un par de muertes y de que no hablaba mucho en las pulperías, era bien recibido, porque cuando se entonaba con las primeras ginebras, le daba por cantar, acompañándose de un modo discreto y no del todo torpe con la guitarra, y, cuando terminaba, miraba un momento sin decir nada a los asistentes y después emitía una risita tímida y satisfecha, siempre sin decir palabra, y le devolvía la guitarra al pulpero. Después se inmovilizaba en su rincón y seguía tomando hasta que se ponía rígido, grisáceo, y recogiendo lo que él llamaba sus vicios, es decir, la yerba, el tabaco, el azúcar, que el pulpero le acomodaba en una bolsita, se dirigía erguido y duro hasta el patio, montaba en su caballo después de varios intentos infructuosos y dignos, y desaparecía en la llanura.

El hombre tenía cinco hijos: el mayor, de diecisiete años, dos muchachas de quince y dieciséis, una nena de nueve, y el más chiquito, un tapecito al que se había empecinado en ponerle Waldo, el nombre de un coronel del Ejército Grande a cuyas órdenes había servido y al que, aunque lo había mandado al cepo y al calabozo más de una vez, el hombre siempre recordaba con cariño. El tape Waldo, que no tenía más de un año, era una criatura oscura y gordinflona, que, trasapelada entre los perros, y desplazándose igual que ellos en cuatro patas, se la pasaba sorbiéndose los mocos, de modo tal que cuando creció le quedó la costumbre de torcer un poco la comisura de los labios hacia arriba y hacer ruido con la saliva entre los dientes, como si realmente

estuviera vaciándose la nariz. La madre de esa banda oscura y rotosa, que el hombre había ido preñando en sus noches de borrachera, y que tenía mucho de india en los rasgos de su cara, todavía no había cumplido los treinta y cinco años, pero aparentaba sesenta, a causa tal vez de su piel arrugada por la intemperie y de los pocos dientes marrones y carcomidos que le quedaban en la boca. Eran todos hoscos y callados y odiaban al hombre con un odio intenso, sin matices, solidario, de modo que cuando lo veían aparecer gradual, requintado, a caballo desde la llanura, para una de esas visitas caprichosas y fugaces que tenían lugar en general al anochecer, todos mascullaban para adentro las mismas maldiciones impotentes aunque un poco retobadas.

Tenían sus razones. Desde que desertó del Ejército, desde que había andado errando por la frontera incierta de las tierras indias, el hombre, ya de por sí distante y brutal con su familia aunque presentable y hasta modoso para con los de afuera, había tomado la mala costumbre, cuando estaba borracho, de violentar a sus hijas mayores que, aunque aceptaban el estupro con resignación, y hasta con asombro un poco cómico al principio por lo inesperado de la cosa, no por eso se abstendrían de desear que el tirano que se las llevaba a la madrugada al medio del campo para aprovecharse de ellas reventara lo antes posible. Como dormían todos encimados en el rancho, aunque el hombre pretendía hacer las cosas en forma disimulada, el resto de la familia, menos el tate Waldo que seguía durmiendo nalgas contra nalgas al lado de la nena, seguía sus maniobras nocturnas fingiendo dormir, cuando el hombre iba a sacudir en la oscuridad a alguna de las hijas para sacarla un rato al campo. Era difícil saber cómo había decidido pasar al acto, cómo, de entre los tironeos ínfimos, irreprimibles y oscuros de su propio ser que encendían, inesperado, el deseo, había hecho acción de ese deseo, acontecer, nudo imborrable en la corriente translúcida del tiempo, en sus sentidos y en los ajenos, y mancha negra en su memoria. Tal vez sus viajes, sin que él se diera cuenta, le habían mostrado el carácter irrisorio, relativo, de esa ruina precaria y sucia en la que vivían a la sombra del único árbol visible en muchas leguas a la redonda, la esencia contingente de su propia familia, montón de larvas oscuras y exangües reptando en la llanura vacía, bajo un cielo vacío, lo absurdo de su propia vida de desertor, de animal incomprensible y desnudo, la extrañeza insistente que vuelve irreales las convenciones y hace de todo lo que late y vive bajo el sol implacable un magma blando, indiferenciado y pasajero. Lo cierto es que en las noches de borrachera, cuando no dormía en algún lugar remoto de la llanura, se venía a caballo para el rancho y se dejaba arrastrar por su propio deseo hasta el alba lívida, en que montaba otra vez a caballo y se perdía en el horizonte.

El hijo era peón en unos campos que daban sobre la orilla sur del río, y a veces, cuando tenían que transportar ganado, acompañaba a los reseros y durante semanas no se lo veía por el rancho, pero cuando llegaba de vuelta nunca se olvidaba de traer un poco de dinero y algunos regalitos para su madre y para sus hermanas. Se quedaba

unos días, pensando en cómo iba a hacer para sacar a su familia de esa ruina inenarrable que era el rancho, con sus palos torcidos, sus travesaños de los que colgaban pedazos de paja medio podrida, de esa especie de baldío cubierto de bosta y excremento de perros, de objetos rotos, inverosímiles e inútiles que habían ido juntando igual que las viscachas alrededor de su cueva, de ese pedazo de llanura que habían ido pelando en su ir y venir ocioso alrededor de la construcción y en el que daba la impresión de que, por una especie de desaliento cósmico, de tristeza, nunca más volvería a crecer una sola mata de pasto. A la vuelta de uno de sus viajes, las hermanas se lo llevaron aparte, donde no las escuchara la madre, y le dijeron que el hombre había venido una noche y que esa vez, en lugar de abusar de ellas, como era su costumbre, había empezado a llevarse al campo a la nena. El hijo no dijo nada, pero entrecerró los ojos, le dio una larga chupada al cigarrillo, y sacudió despacio la cabeza, varias veces, en un gesto afirmativo, como si lo que acababan de contarle confirmara la pertinencia de una decisión que ya había tomado mucho tiempo antes. A unos pocos metros, la nena, semejante a un pájaro un poco escuálido, revoloteaba en círculo para entretener al tape Waldo, que gateaba despacio entre los perros.

Dos o tres días más tarde, el hombre se presentó en el rancho, al oscurecer, como era su costumbre. Su hijo mayor y las dos muchachas cruzaron una mirada rápida, imperceptible en la penumbra que apenas aclaraba un poco la llamita de una vela, y se fueron a dormir.

Como si hubiese presentido algo, o tal vez presa de remordimientos, o de vacilaciones a causa de la fragilidad de la nena, de su carácter asexuado, de su cuerpo que evocaba más el de una rana que el de un objeto deseable, el hombre se quedó tendido en el suelo toda la noche, junto a su mujer, que parecía dormir, diciéndose que al alba se iría y nunca más pondría los pies en el rancho, creyendo que todos dormían y que él solo velaba sus deseos confusos, sus terrores, sus entresueños atravesados de sobresaltos y de estremecimientos.

Pero cuando el alba llegó, y él se levantó para irse, saliendo al aire rojizo de la llanura, algo lo hizo volverse, maquinal, desde el exterior, casi desde el estribo del caballo a decir verdad, y dirigirse hacia el rincón del rancho en penumbras donde dormía la nena. Era como si al salir a la llanura y ver la mancha rojiza que teñía el cielo en el este y hacía cintilar los contornos del árbol y la silueta del rancho, se hubiese dicho que no valía la pena, que al ver otra vez aparecer en el cielo vacío al sol cegador para empezar nuevamente su pasaje indiferente y monótono, su curva obstinada y periódica, era preferible volver sobre sus pasos, abandonarse a lo indiferenciado, diluirse otra vez en la noche anónima que lo esperaba en el interior del rancho. Tratando de no hacer ruido, fue a sacudir con suavidad a la nena, casi con dulzura, creyendo que de ese modo no despertaría a los demás, y al verlo a su lado, en la primera claridad del día que entraba ya por las innumerables rendijas del

rancho, la nena abrió los ojos y, sin decir una palabra, soñolienta, se levantó para seguirlo, porque se trataba simplemente de su padre, y antes, un poco por costumbre, como lo hacía casi todas las mañanas cuando empezaba a clarear, sacudió otra vez a Waldo, pero el padre le hizo una seña con la cabeza para que no insistiera, de modo que la nena lo siguió por la penumbra rojiza del rancho, sin advertir que Waldo caminaba detrás de ellos refregándose los ojos con el dorso de las manos.

Salieron los tres al aire rojizo de la aurora, que parecía atravesado de hilos sanguinolentos, y se encaminaron hacia el árbol, el padre delante, la nena detrás suyo, casi tocándolo, caminando con un ritmo y de una manera tan parecidos a los de su padre, con lo que ambos mostraban bien un aire de familia, que la nena parecía estar parodiándolo, y el tate Waldo unos metros más atrás, vacilando sobre sus piernitas regordetas, hasta que, despertándose de golpe a causa del aire fresco de la mañana, comprendiendo que avanzaría más rápido en cuatro patas, se dejó caer al suelo y se puso a gatear.

Estaban llegando al árbol, siempre a la misma distancia unos de los otros, cuando el hijo mayor primero, las muchachas un par de segundos después, aparecieron por la puerta del rancho, el hijo trayendo una pala de punta cuyo filo, al chocar con los primeros rayos solares, centelleó un poco en el amanecer, y las muchachas con dos pedazos de madera, dos troncos finos pero macizos y pesados, de ñandubay quizás, y empezaron a avanzar hacia el primer trío caminando rápido, con paso decidido, de modo tal que iban acortando de un modo vertiginoso la distancia que los separaba. Por fin, la madre apareció por el hueco de la puerta, y, apoyándose contra el marco basto de la abertura con la mano aferrada a la arpillera que servía de puerta, de modo tal que podía verse a sus espaldas la penumbra interior a causa de la arpillera recogida, abrió la boca mostrando una cavidad negra que parecía un remedo de la negrura contra la que su silueta ancha, un poco achatada como si de chica hubiera recibido un mazazo en la cabeza, resaltaba, nítida, gracias al contraste de la luz rojiza que desteñía sobre su cuerpo. Desde donde estaba parada, miraba la escena con desinterés, casi con indiferencia: vio cómo el primer grupo llegaba junto al árbol y el segundo, blandiendo la pala y los troncos, lo alcanzaba.

«¡A la nena no, no la volvés a tocar a la nena!», dijo el hijo mayor llegando junto al padre, que justo en ese momento, y sin haberse dado cuenta ni siquiera de que hasta Waldo venía siguiéndolo en cuatro patas, se daba vuelta para aferrar el brazo de la nena y atraerla hacia sí. Al ver a su hijo, el padre se llevó instintivamente la mano a la cintura, para sacar el cuchillo, pero el hijo dio un salto hacia él con la pala de punta elevada para golpearlo, de modo que el hombre, sabiendo que no tendría tiempo, o tal vez por no querer sacar el arma contra su hijo, empezó a recular. Estaban cerca del árbol, enorme, coposo, cuyo tronco era tan grande, lleno de nudos protuberantes y fibrosos, que el día que se ahuecara, lo que tarde o temprano terminaría por suceder,

hubiesen podido vivir todos adentro o arriba, como lo hacían otros pobres de la llanura, un tronco que se prolongaba en una especie de manto duro y lleno de anfractuosidades al pie del árbol, y después en enormes raíces que sobresalían del suelo como tentáculos petrificados, contra una de las cuales, al recular, el hombre tropezó y, después de manotear vanamente el aire para mantener el equilibrio, se vino de espaldas al suelo. «¡Ya te dije que a la nena no, que no la volvés a tocar a la nena!», volvió a gritarle el hijo saltando hacia él y dándole con la pala en la cabeza, una y otra vez, con tanta furia y rapidez que una de las veces en que levantó la pala rozó el hombro de la nena haciéndola trastabillar y caerse entre las raíces retorcidas. El hombre pataleaba y gritaba, llorando, diciendo «No, mi hijo, no mi hijo, no mi hijo», sin dirigirse a nadie en particular, ni siquiera a su hijo, y la prueba de que no se trataba más que de una simple interjección suplicante, dirigida, más que a su hijo o al mundo en general, a sí mismo tal vez, ya que parecía haber un reproche desesperado en la entonación de sus palabras, es que cuando el hijo detuvo un momento la pala en el aire y sus hermanas mayores aprovecharon para acercarse al hombre caído y a darle con los troncos en la cabeza, el hombre seguía repitiendo «No, mi hijo, no mi hijo, no mi hijo», cada vez más débilmente, la cara y la cabeza destrozadas por los golpes, hasta que borbotones de sangre lo ahogaron y quedó inmóvil.

También el tape Waldo se había inmovilizado al principio, cuando el hijo mayor se había acercado al hombre y había alzado la pala, manteniéndola lista en el aire para golpear.

Pero cuando el hombre retrocedió y, tropezando con la raíz, se vino al suelo, Waldo pegó un grito y empezó a llorar, girando en cuatro patas y sorbiéndose nerviosamente los mocos, mientras el hijo mayor y las muchachas golpeaban en la cabeza del hombre tirado contra las raíces que se retorció y gemía a cada golpe. Desde el suelo, la nena miraba la escena con los ojos muy abiertos, más con asombro o curiosidad que con terror, y la mujer, que había sido fecundada en sucesivas noches de borrachera de esa cría que se agitaba junto al árbol, cuando vio desde lejos que el hombre se había inmovilizado, dejó caer desdeñosamente la arpillera, y sin hacer el menor gesto ni decir una sola palabra, desapareció en la penumbra del rancho.

Durante medio minuto por lo menos, los hijos mayores del hombre dejaron de golpear e hicieron silencio, de modo que, en toda la extensión de la llanura, no se oía más que el llanto de Waldo, que ahora se había sentado sobre sus nalgas entre pedacitos de palos secos y briznas secas, excrementos secos de perros y caballos, y sin dejar de lanzar sus alaridos, juntaba maquinalmente con su manita regordeta puñados de tierra arenosa y los lanzaba al aire, una y otra vez, con movimientos rítmicos y nerviosos, como si estuviera tratando de dispersar su pánico en el polvo arenoso cuyas partículas más livianas, que se quedaban flotando en el aire, cobraban espesor y corporeidad al ser atravesadas por los primeros rayos horizontales del sol

que ahora era un semicírculo de un rojo intenso pegado al horizonte cercano. El hijo mayor y las muchachas, sin soltar la pala y los troncos, parecían indecisos, ausentes, tal vez empezando a comprender recién en ese momento lo que acababan de hacer, sin oír el llanto de Waldo ni reparar en la nena que seguía mirándolos con sus ojos muy abiertos, pero cuando el hombre, que parecía muerto, movió un poco la cabeza despedazada contra las raíces, los tres al mismo tiempo se abalanzaron nuevamente sobre él y empezaron a golpearlo con furia hasta que comprendieron que ya no volvería a moverse. Después, el hijo mayor soltó la pala y advirtiendo el llanto de Waldo, se inclinó hacia él para levantarlo, pero la criatura empezó a llorar más fuerte cuando los brazos de su hermano se extendieron hacia él y, dejándose caer de costado, se puso en cuatro patas y empezó a alejarse a toda velocidad. Cuando su hermano mayor se detenía, Waldo se detenía, sin dejar de llorar a los gritos ni de sorberse los mocos, pero cuando el hermano amagaba aproximarse a él, Waldo gritaba todavía más fuerte, y se alejaba gateando rápidamente. Por fin, el hermano, apiadado, lo dejó en paz, y se dirigió hacia la nena, que se dejó tomar en los brazos pero que no dejaba de mirar por encima del hombro de su hermano la cabeza del padre, machucada contra las raíces.

Lo dejaron tirado y se fueron a matear del otro lado del rancho, para no estar viéndolo todo el tiempo mientras desayunaban, y estuvieron deliberando sobre lo que harían con el cuerpo, porque las mujeres querían echarlo al Carcarañá y el hijo prefería enterrarlo en la llanura. La madre no decía nada: iba y venía con el mate, sin borrarle de la cara una sonrisita sardónica, más visible en los ojos que en la boca, fruncida por falta de dientes, y quedándose a veces a escuchar la conversación con el mate aferrado entre las dos manos y apoyado contra el vientre; comprendiendo al fin que esa sonrisita persistente quería significar «Digan nomás lo que quieran pero yo vi cómo lo mataron», el hijo, impaciente, agarró la pala y atando el cuerpo del hombre con una soga que le pasó bajo los brazos, montó a caballo arrastrando el cuerpo, y fue a enterrarlo en la llanura, en unos pajonales, a un poco más de una legua del rancho. Buscó un lugar en el que los pajonales disimularan la tierra removida hasta que la lluvia borrara los rastros y cavó hondo, durante un par de horas; antes de dejar caer el cuerpo en el hoyo lo aligeró del cuchillo y del cinturón, en el que el hombre guardaba unos pocos pesos, y después de santiguarse empezó a cubrirlo de tierra. Cuando llegó al borde de la fosa se dedicó un buen rato a alisar el terreno y a cubrirlo con pasto para ocultar la sepultura. Sin poner cruz ni nada, recogió la pala y se alejó al galope. En medio del pajonal, mudo y enceguecido de tierra, quedaba el hombre, de quien la lluvia y los vientos irían borrando poco a poco hasta los últimos rastros de su paso por la llanura.

Cuando llegó al rancho, vio que las mujeres, en rueda cerca de la puerta, se inclinaban observando algo que yacía en el suelo y al bajar del caballo vio que Waldo

estaba tirado, un poco encogido, con la cara tapada con los antebrazos, y al llegar junto a él pudo comprobar que los alaridos que todavía se oían en las inmediaciones del rancho en el momento en que él llevaba el cadáver a enterrar, se habían transformado en un gemidito animal, entrecortado pero insistente, semejante al que le había oído emitir a veces a los cachorros moribundos o a los pichones perdidos. Al atardecer, por fin, Waldo se calló, pero durante la noche siguió quejándose en sueños; en los días que siguieron, en cualquier momento del día o de la noche, los gemidos débiles, bruscos, recomenzaban, señales espaciadas, tan propias del lugar que las había visto nacer, como los gritos de las bestias anónimas o la titilación de las estrellas heladas sobre ese punto estéril de la tierra, pelado por el ir y venir de sus cuerpos oscuros y abandonados. Al cabo de unos meses se acostumbraron a los gemidos como ya lo habían hecho con la presencia un poco anacrónica del árbol o con el horizonte vacío.

Al año murió la madre y después de enterrarla se dispersaron. El hijo fue a enrolarse como soldado, en Entre Ríos, y las hermanas lo siguieron, mezclándose al tumulto de mujeres viriles y dicharacheras que seguían a la tropa y que de entre todos los que copulaban con ellas bajo una carreta o en los pajonales, terminaban apareándose con uno hasta que se lo degollaban los indios o el mismo oficial al que le había cebado mate durante las noches de guardia lo mandaba fusilar por desertor. Pero antes de cruzar el Paraná, subiendo hacia el norte, dejaron a la nena y a Waldo en Coronda, donde había algunas casas, una capilla, y seis o siete jardincitos paquetes que achicharraban las sequías o borran las inundaciones. El cura los encontró durmiendo en la puerta de la capilla, los guardó consigo durante un par de meses, y después los colocó en una familia de asturianos para que, a cambio de techo y comida, la nena se quedara a limpiar la casa y a cuidar las criaturas cuando ellos se iban a trabajar al campo.

Waldo ya no gemía, ni de día ni de noche, pero tampoco decía una palabra. De tanto en tanto, se agitaba un poco, le daban temblores, y cuando se ponía nervioso, daba saltitos, con los brazos encogidos, las manos entrecerradas a la altura del pecho, acelerando el tic que le había quedado de cuando todavía andaba en cuatro patas, a saber sorberse los mocos torciendo la comisura de los labios hacia arriba y haciendo chirriar la saliva entre los dientes. Otras veces, le daba por sacudir sin cesar la cabeza, igual que si estuviese haciendo una sempiterna señal de asentimiento —al orden impenetrable de las cosas, tal vez, del que tal vez había alcanzado a ver, en un fogonazo aniquilador, algún vestigio arcaico y abominable. Pero no decía una palabra. Cuando quería algo, un caramelo, por ejemplo, porque lo enloquecían los dulces, se ponía a dar saltitos o a sacudir más rápido la cabeza, y la nena, que al principio quería enseñarle a hablar, comprendía de inmediato la causa de su excitación, y le daba el gusto enseguida.

Es difícil comprender cómo se saben las cosas en la llanura. En leguas y leguas a la redonda apenas si hay un puñado de casas dispersas, aisladas unas de otras, perdidas, por no decir olvidadas en la tierra chata, aceptable únicamente para los indios y el ganado, donde todo lo que vive en el campo está casi a un día de caballo de las poblaciones más cercanas, y sin embargo, en el caserío de Coronda y en todo el campo alrededor, a la nena le decían, sin que ella lo supiese, más en tono de compasión que de reproche, La Violadita.

Cuando por fin descubrió que la llamaban así, a los trece o catorce años, ni siquiera sabía lo que quería decir la palabra, pero como al cura parecía causarle pesadumbre el sobrenombre, ella empezó a llamarse a sí misma de esa manera, un poco por coquetería y sobre todo, cuando necesitaba algo, para despertar compasión y obtenerlo más fácilmente.

Lo cierto es que cuando los asturianos, hartos de hambrearse en el campo y de esperar las tierras que el gobierno les había prometido, de ver pasar indios y soldados que arrasaban igualmente con todo lo que encontraban a su paso, decidieron ir a probar fortuna en Rosario, Waldo y la Violadita se instalaron en un rancho en las afueras del pueblo, que la Violadita llenó de estampas y de estatuillas de santos que el cura le regalaba cuando ella iba a hacerle la limpieza en la sacristía.

Los dejaban vivir. Lo que ganaba limpiando, cuidando criaturas, la Violadita lo gastaba en caramelos para Waldo y en velas para encenderle a las imágenes que el cura le regalaba: a cualquier hora del día, siempre había un par de velas encendidas que la Violadita pegaba con cera fundida a una base circular de madera, y que flotaban en una palangana con agua para que no se les quemara el rancho. Petiso, rechoncho, con una boca grande de sapo, que nunca cerraba del todo y que dejaba ver dos hileras de dientes increíblemente blancos y perfectos si se tiene en cuenta la cantidad de dulces que comía, Waldo la seguía a todas partes, dando pasitos cortos que a veces lo obligaban a trotar. A los nueve años, nunca había dicho una palabra, hasta que un día se produjo el milagro.

La Violadita había crecido. A los diecisiete años el cuerpecito de rana se había ensanchado bastante, y había salido alta como el padre, con unos grandes ojos almendrados y una piel marrón, lisa y brillante, que igual también que su padre tenía la costumbre de lavarse seguido. Le gustaba vestirse de blanco y también cuidaba con prolijidad, casi con manía, el aseo de su hermano. Le habían crecido dos lindas tetitas separadas y divergentes, que terminaban en punta, semejantes a dos peras, y que los muchachones del pueblo miraban con disimulo, sabiendo que el cura la protegía y que, a pesar de haber sido violada, y quizás a causa de eso, la Violadita no tenía ninguna inclinación por esas cosas que los muchachones hubiesen estado más que dispuestos a llevar a cabo. Pero no insistían demasiado, o ni siquiera se atrevían a sugerirlo, y tal vez hasta se enfriaban por anticipado cuando observaban que el único

interés apasionado de la Violadita eran las velas para sus santos y los caramelos de Waldo. Uno sólo pretendió ir más lejos, uno que no era tan joven por otra parte, un tal Costa, que hacía las veces de comisario en el pueblo y que tenía la costumbre de ir a los ranchos de las afueras a proponerle a las muchachitas de pasar un rato con él a cambio de algún regalo, lo que las muchachitas aceptaban a menudo, algunas veces por gusto y otras por obligación. Costa empezó a rondar a la Violadita, que parecía no únicamente no entender, sino ni siquiera escuchar sus alusiones y que tal vez efectivamente no las escuchaba ni las comprendía, por haber agotado, bajo un árbol de la llanura, ocho o nueve años atrás, en dos o tres acoplamientos vertiginosos, todo lo que Costa le proponía, incapaz de recordar aquello que deberían despertar esas alusiones por haberlo enterrado bajo capas y capas de olvido inaccesible y benévolo. Pero Costa no se daba por vencido y una noche llegó al rancho, un poco borracho también, igual que alguien que la Violadita y Waldo habían conocido y que desde hacía tiempo había reintegrado la tierra desnuda y anónima que, igual que a una lombriz, lo había alimentado, lo había empujado con promesas engañosas a pasar una temporada soñolienta en la superficie, y por fin se lo había vuelto a tragar. Costa empezó a forcejear con la Violadita, y Waldo, que los miraba chupando un caramelo, empezó a sacudir las manos encogidas a la altura del pecho, y a murmurar cada vez más rápido, con una dicción que hubiese sido perfecta sin su manía de hacer chirriar la saliva entre los dientes, «Costa que abusa del mando de este mes no está pasando, Costa que abusa del mando de este mes no está pasando», cada vez más rápido y más fuerte, hasta tal punto que Costa, que contaba con la mudez de Waldo para que lo que pensaba hacer no se divulgara y que lo consideraba tan inexistente que hasta tenía pensado hacerlo en su presencia, soltó a la Violadita y empezó a retroceder hacia la puerta del rancho, tan asustado por los sonidos que Waldo estaba emitiendo que no entendió lo que las palabras significaban, lo que era preferible, porque si lo hubiese entendido hubiese estado más asustado todavía. Dos semanas más tarde, borracho, se cayó del caballo y se mató.

Waldo no únicamente hablaba, sino que hablaba en verso y sólo en verso, en octosílabos, formando dísticos rimados que repetía varias veces sacudiendo un poco la cabeza y haciendo chirriar la saliva entre los dientes. Pero era avaro de ellos; muy de tanto en tanto consentía a proferirlos, y siempre si la Violadita se lo pedía y a veces incluso únicamente a cambio de un caramelo o alguna otra golosina. El cura sacudía la cabeza, contrariado por la revelación, que introducía complicaciones en la idea que debería hacerse en adelante de esos dos seres que habían brotado de la llanura y que él, por compasión, había recogido una mañana en el portal de ladrillos de la capilla. Y sobre todo porque, del mismo modo misterioso en que todos sabían lo que le había pasado con su padre a la Violadita, todos supieron enseguida que Waldo hablaba en verso, y que había profetizado la muerte de Costa. Al principio,

empezaron a mirarlo con curiosidad más que con respeto, sin llegar a creer demasiado que ese tapecito rechoncho de nueve años fuese capaz de predecir los acontecimientos, pero es más frecuentemente la duda que el convencimiento lo que forja las reputaciones, y basta que esa duda perciba en lo real una sombra, o la ilusión de una sombra de refutación, para que de la noche a la mañana se transforme en convencimiento.

Un par de meses más tarde, una mañana, Waldo y la Violadita iban cruzando el caserío en dirección a la iglesia, ella delante, con su vestidito blanco bien almidonado, él detrás, dando saltitos y sacudiendo sin parar la cabeza, con su habitual signo de asentimiento, cuando de repente Waldo se detuvo, y empezó a repetir, casi sin abrir la boca, por entre los dientes que hacían chirriar la saliva, cada vez más fuerte y más rápido: «Vide un pájaro en el cielo pasar ardiendo en su vuelo, Vide un pájaro en el cielo pasar ardiendo en su vuelo», de modo que la Violadita lo agarró de la mano, y corriendo, tan rápido que Waldo apenas si podía seguirla con sus pasitos cortos y rígidos, fue a contarle al cura lo que había sucedido.

Esa noche, unos indios vagabundos atacaron el pueblo, pero el dístico de Waldo había puesto en alerta a los habitantes y, aunque nadie sabía lo que quería decir, el ataque no los tomó desprevenidos, y a la mañana siguiente la docena de indios rotosos que habían querido procurarse algunos caballos y algunas mujeres blancas para entretenerse durante sus errabundeos monótonos por la llanura, yacían agujereados de balas en un charco que había en las afueras del pueblo.

La gente del pueblo empezó a pedirle predicciones, a desear que, aquello que ellos ni nadie podía anticipar, Waldo lo sintetizara en uno de esos dísticos octosilábicos que, a decir verdad, eran a menudo tan impenetrables como el porvenir que parecían desentrañar, pero que a los que los escuchaban les daban la impresión de ser un proyectil que el tiempo les mandaba desde el futuro, y que atravesaba el muro translúcido del presente, igual que un mensaje atado a una piedra atraviesa el vidrio de una ventana. Al principio, cuando lo venían a ver, a preguntarle cosas, Waldo seguía mudo, ausente, atrincherado en su sempiterno asentimiento, pero cuando empezaron a traerle dulces, caramelos, algunos billetes fáciles de trocar por chupetines o chocolate, se dignaba acelerar sus sacudimientos de cabeza, hacer chirriar más fuerte la saliva, y lanzar sus dísticos perfectos, bien medidos y mejor rimados, repitiéndolos varias veces en un crescendo frenético que empalidecía un poco su cara ancha y oscura, achatada como la de un sapo y que, obligándolo a mover los labios, lo hacía mostrar los grandes dientes blancos de caballo, hasta que se callaba de golpe, para seguir moviendo un buen rato todavía los labios que nunca cerraba del todo, como si los huesos de su cara fuesen demasiado anchos para la piel que los recubría. Al cabo de un año, una vieja pretendía haberlo visto flotar a medio metro del suelo, y la gente del pueblo se persignaba cuando lo veían pasar, indiferente

a su reputación, ausente, dando saltitos detrás de la Violadita y sacudiendo sin parar la cabeza. Un día, llegaron unos soldados que venían a buscarlo desde Río Cuarto, donde querían que fuese a bendecir un regimiento, de modo que se los vio a los dos, él y la Violadita, montados a caballo, atravesando la llanura al paso, con su escolta de soldados, y un recluta que cabalgaba todo el tiempo al lado de ellos para protegerlos del sol con una sombrilla.

Empezaron a ser una figura familiar del paisaje, bajo el cielo nuboso hasta la ostentación o vacío de una punta a la otra del horizonte, a la orilla de las lagunas en que flamencos rosa y teros y pajaritos ya ni se sobresaltaban al verlos pasar, en los cardales tan altos que Waldo, a horcajadas en su petiso, muequeaba molesto cuando le cosquilleaban la cara al pasar, diminutos, casi inexistentes en la llanura, ella toda de blanco y él de gauchito requintado, de opereta, ancho y tieso, moviendo sin parar los labios que nunca recubrían del todo los dientes, con un sombrero de ala redonda y angosta un poco levantada sobre la frente, un chaleco negro bordado y unas bombachas negras tan anchas que, al caer los volados, le cubrían casi enteramente las botas relucientes. Los llamaban de todas partes y ellos cruzaban el campo en todas direcciones, hasta más allá de Buenos Aires, hasta las cercanías de Córdoba, en los caseríos precarios que iban formándose en la superficie chata de la tierra más antigua del mundo, cubierta por el sedimento de continentes y de especies desaparecidas y molidas por el tiempo y por la intemperie, ese espacio irreal y vacío que los conquistadores ponían especial cuidado en esquivar pero que, los indios primero, los caballos y las vacas más tarde, aventureros, soldados y propietarios poco después y más tarde los desheredados del mundo entero que llegaban en barcos abarrotados, se empecinaban en atravesar una y otra vez, grises y alucinados, dejando huellas fugaces que la intemperie, casi de inmediato, se encargaba de hacer desaparecer. Eran como una persistencia irrisoria que, desafiando sin saberlo la molienda cósmica que había puesto la llanura pelada como ejemplo de lo que le esperaba a los otros continentes, a las cimas supuestamente majestuosas y a las nieves ilusoriamente eternas, a las especies ávidas y en pretendida evolución, cruzaba al paso los campos desolados, tan inscripta en ellos al cabo de algunos años que aun los indios, que por la época, levantados contra los blancos, se pasaban el día degollando o haciéndose degollar, los observaban de lejos con aprensión, con emoción casi, y los dejaban seguir su camino.

Un día que estaban de vuelta en Coronda, una de las hermanas, la única que quedaba viva del resto de la familia, que había estado trabajando en un prostíbulo de Buenos Aires hasta que se pescó a un sargento retirado y se casó con él, apareció por el pueblo. Al sargento lo habían dado de baja en el ejército porque había perdido un brazo en el Paraguay. Tenía alguna instrucción y como le habían dado una pensión, contando con los ahorros que había hecho su mujer en el prostíbulo, tenía el proyecto de instalar algún comercio. Pero al enterarse del don de Waldo, le pareció que el

destino se lo mandaba para probar sus dotes de organizador y de empresario. En pocos días, Waldo y la Violadita lo adoraban. Jamás volvía del pueblo sin unos caramelos o unas guirnaldas para decorar los altares que la Violadita había armado en los ranchos, con estampitas, estatuas, manteles bordados, flores de papel que ella misma fabricaba, rosarios y candelabros. Y cuando salían a recorrer el campo, él mismo cabalgaba a su lado con la sombrilla. A veces se les adelantaba en los pueblos y, para aumentar el interés, les hacía un poco de propaganda; iba a ver al cura, al juez de paz, al comisario, llevándoles un regalito, un poco de plata, asegurándoles que ellos estaban del lado del orden y de la iglesia, que Waldo había visto al niño Jesús varias veces; hizo imprimir una hoja que distribuía entre el público, inútilmente por otra parte, ya que la mayoría eran analfabetos, y en la que estaban repertoriadas las profecías principales de Waldo y tres o cuatro milagros que se le atribuían. Cuando la gente venía a ver a Waldo, el sargento los hacía formar fila, y parándose junto a Waldo, antes de que pudieran consultarlo recogía los billetes o los regalos que le traían y los hacía circular. Pasaban junto a Waldo, que murmuraba su dístico con un ojo puesto en los paquetes de caramelos que su cuñado amontonaba sobre una mesita, y enseguida eran abarajados por la Violadita y su hermana, que los hacían salir.

Una noche en que Waldo dormitaba, rígido en su catre, el Sargento se empujó el sombrero hacia atrás con el extremo humedecido y mordido del cigarro apagado que sostenía entre los dedos de su única mano, y declaró:

—El campo está muy bien, pero ya dio todo lo que podía dar. Ahora hay que trabajar en las ciudades.

—NI A LA MAÑANA nos dejan en paz —dice Gina, sacudiendo la mano ante su cara para espantar la nube de mosquitos que revolotea a su alrededor.

Bianco, que acaba de aparecer por la puerta del estudio, listo para salir a la calle, con un saco de un lila tornasolado y unos pantalones a cuadros de un verde pálido, se para en el borde de la galería y la contempla: en los ocho meses y medio de su embarazo, Gina ha engordado por lo menos quince kilos, y, sentada en el sillón de caña, en el borde de la galería de enfrente, para aprovechar mejor las corrientes de aire pero permanecer al abrigo del sol de abril, anormalmente fuerte y malsano, tiene la solidez, la impasibilidad, y la forma vaga de una pirámide, con la parte inferior de su cuerpo encastrada en el sillón, y la parte superior que va angostándose hacia arriba, hasta rematar en el rodete que recoge, brillante y circular, el pelo bien estirado en la cima de la cabeza. Un vestido amplio, de un naranja amarillento, se infla tres veces a pesar de la abundancia del corte, dos en los senos y una, más prominente y redonda, en el vientre, en tanto que los brazos, que emergen, mates y redondos, de las sisas sin manga del vestido, presentan varios pliegues un poco más abajo de las axilas, entre los hombros y los codos; las mejillas continúan, sin solución de continuidad, borrando las mandíbulas, hacia la papada; y el escote recto, generoso con el fin de refrescar un poco su fatiga continua, deja ver las grandes masas oscuras y brillantes de los senos que, a causa de la estrechez del corpiño incapaz de retenerlos, se entrechocan y se enciman un poco, dibujando dos paréntesis invertidos que se tocan por el apogeo de las curvas y se prolongan bajo la tela.

—No te espongas —dice Bianco, pasándose la mano por el pelo color ladrillo para verificar la corrección de su peinado.

—Andan por todas partes —dice Gina, suspirando y apantanándose con la mano, con desgano y distracción, segura al parecer de que, por mucho que se esfuerce, no obtendrá ningún resultado contra el calor y contra los mosquitos.

—¿Te espero para el almuerzo? —dice después de unos segundos de silencio.

—Pienso que sí —dice Bianco, y, mientras empieza a cruzar el patio hacia ella, continúa—: Es una visita estrictamente profesional. Quiero verlo de cerca para ver si está a la altura de su reputación.

Al llegar junto al sillón de caña, se inclina hacia ella y le roza la mejilla con los labios. Está por erguirse otra vez, pero Gina lo retiene por la solapa del saco tornasolado, y lo huele dos o tres veces antes de soltarlo.

—¿Cognac a las once de la mañana? —le reconviene.

—Dormí mal anoche —dice Bianco—. Es un cordial. Me pone en el buen camino para el resto del día.

Gina se echa a reír. En los meses transcurridos que han ido cambiando poco a poco la forma de su cuerpo, y hasta su modo de ser, volviéndola más abstraída, más remota y más plácida, únicamente la franqueza insondable de sus ojos, cuyo

verdadero sentido escapa siempre a Bianco, ha permanecido inalterable, y a medida que ha ido pasando el tiempo Bianco, asaltado a menudo por sus pensamientos oscuros, incontenibles, se siente menos capaz de soportar su mirada.

—Pretextos —dice Gina. Y después, mirándolo de arriba abajo—. Qué elegancia.

Con un esfuerzo considerable, Bianco logra sonreír; en primer lugar, la familiaridad de Gina, el modo burlón con que parece refutar, en forma aparentemente jovial, su explicación a propósito del cognac, lo irrita ligeramente, haciéndolo sentirse poco respetado, y por otra parte, la alusión a su vestimenta, en la que Gina ha dejado deslizar, de una manera sobreentendida, que Bianco podría estar yendo a otra parte que a un encuentro profesional, una cita amorosa por ejemplo, le parece traicionar en Gina una concupiscencia omnipresente de la que tal vez ni siquiera es consciente y que justamente por esa misma razón a Bianco le resulta mucho más intolerable. En lugar de responder, sin abandonar su sonrisa forzada, Bianco se encoge de hombros para minimizar su supuesta elegancia.

Sale a la calle, en la que su caballo, ya ensillado, atado a un poste que se levanta en el borde de la vereda, lo espera, indiferente y pacífico. Monta de un salto y trota rígido y abstraído sobre la silla. El calor súbito, después de un amago pasajero de otoño, ha instaurado una indecisión en la atmósfera, y las hojas de los árboles, que han venido resecaándose con los grandes calores y amarilleando cuando llegó el otoño, traicionan, en masas ralas y desteñidas, con sus puntas rojizas o amarillentas, la incongruencia del sol matinal hirviente y adelgazado. El cognac hierve un poco en el cerebro de Bianco, que puede ver, desde la altura del caballo, un horizonte retirado hacia el que los baldíos, los huertos, las casas dispersas, las calles de tierra arenosa mal dibujadas, entre el pasto que crece en los zanjones y en las veredas casi inexistentes, los árboles, a medida que se alejan en la perspectiva van hundiéndose en una bruma de calor cada vez más espesa, pringosa y que, aunque es lo bastante translúcida para no ocultarlos completamente, desdibujando un poco sus contornos y volviendo sus masas borroneadas y algodonosas, les confiere una especie de irrealidad. Las familias antiguas viven en el sur, los nuevos ricos en el norte, dejando a los demás repartirse las otras direcciones del espacio según el azar de sus posibilidades, incluso el extremo sur y el extremo norte, en los que a partir de una línea divisoria más allá de la cual el espacio deja de estar sacralizado por la presencia de los ricos, cualquiera puede instalarse si tiene los medios suficientes para comprarle o arrendarle una parte del espacio a esos mismos ricos que no por no considerarlas aptas para vivir en ellas dejan sin embargo de ser sus propietarios. De modo que Bianco debe atravesar casi toda la ciudad, bordeando en cierto momento la orilla del río para llegar a destino; después de un buen rato de cabalgata, las casas empiezan a hacerse más frecuentes, las calles mejor dibujadas entre los zanjones, hasta que las herraduras del caballo empiezan a resonar sobre los adoquines y Bianco debe

atravesar el centro, en el que las viejas casas coloniales de gruesas paredes de adobe y techos de tejas comparten más de una vez la medianera con otras más modernas, incluso de altos algunas, muchas de ladrillos sin revocar, con veredas irregulares de ladrillos, y naranjos amargos, paraísos, gomeros, palos borrachos y jacarandaes que se levantan en los bordes, en los patios traseros o en las plazas. A esa hora de la mañana, los vendedores ambulantes gritan su mercancía y los desocupados conversan en las veredas, bajo los árboles, fumando un cigarro y espantando con una mano resignada las nubes de mosquitos que suben de los zanjones. Bianco deja atrás el centro y empieza a trotar otra vez por las calles de tierra arenosa hasta que se detiene frente a un rancho grande, pintado de blanco y, sin bajar del caballo, mira con atención lo que está pasando cerca de la entrada. El Sargento, con la manga derecha de su camisa vacía y plegada en dos, agarrada a la altura del hombro con un alfiler de gancho, hace ademanes ostentosos con un único brazo, sosteniendo un cigarro apagado entre dos dedos de la mano, dirigiéndose a una veintena de personas que están en el patio delantero y que tratan de acercarse a la puerta o de mirar vanamente a través de la hoja entreabierta o del rectángulo de la ventana, cubierta por una cortina de cretona, el interior del rancho.

—Ya les he dicho que hoy no los puede recibir. Recién pasado mañana —dice el Sargento, con autoridad amable, a los que parecen insistir para que los deje entrar al interior del rancho. Algunos, que tienen aire de enfermos, son sostenidos por miembros de su familia, otros tienen una gallina, un paquetito bajo el brazo, otros le muestran al Sargento, para tratar de convencerlo, dos o tres billetes, que el Sargento rechaza con aire digno pero jovial, para mostrar que no se trata de una cuestión de dinero sino de un obstáculo real que, si él pudiese, por el bien de todos los que lo hostigan, hubiese eliminado inmediatamente. El Sargento levanta la cabeza y ve a Bianco que lo contempla desde el caballo, y le hace una seña con la mano y una sonrisa amplia y acogedora, pero cuando Bianco está por bajarse, sacude negativamente la cabeza y, haciendo girar su única mano y moviendo el hombro derecho en el que la manga vacía de la camisa aferrada con el alfiler se sacude un poco, le indica que dé la vuelta por el costado del rancho y se dirija al patio trasero. «Es el Versailles de todos los ranchos», piensa Bianco, observando al pasar la construcción que, hecha con adobe bien apisonado y parejo, paredes espesas, paja bien recortada y aberturas regulares, con verdaderos marcos de madera, ha sido pintada a la cal recientemente y resplandece en la mañana. Al fondo, hay un huerto y un jardín cuidados, y más atrás una volanta cuyas varas se apoyan en el suelo, tres o cuatro caballos, y un gallinero. Hay una buena sombra de árboles también, pero la fronda, atacada ya por el otoño, manchada de rojo, de amarillo, de marrón, deja pasar por sus huecos que se irán agrandando en los próximos días, los rayos solares. Bianco se baja del caballo y ata la rienda a un tronco, en el mismo momento en que el

Sargento desemboca junto a él en el patio trasero.

—Un gusto verlo —dice el Sargento. Como le tiende la mano izquierda, Bianco vacila un poco, ya que no sabe cuál de las dos suyas tenderle, hasta que, decidiéndose por la derecha le da al Sargento un apretón un poco torpe, incómodo, y, al mismo tiempo, por la actitud corporal que deben asumir, cargado de una sensación de familiaridad excesiva.

—Waldo lo espera —dice el Sargento, amagando entrar en el rancho.

—Espere. Tenga —dice Bianco, metiendo la mano en el bolsillo y sacando un fajo de billetes.

—No, no —dice el Sargento—. Déselos a la hermana, delante de él. A él le gusta ver los billetes. Yo hago todo esto porque soy de la familia. Y porque creo.

Bianco lo sigue al interior. Aunque la luz matinal entra por la puerta y por las ventanas a pesar de las cortinas de cretona, en el primer recinto hay muchas velas encendidas, en candelabros de lata o de madera, sobre platitos, sobre bases circulares de madera que flotan en palanganas o en fuentes, iluminando imágenes y estatuillas de santos pegadas a la pared o apoyadas en repisas a las que cubren unos manteles bordados de una tela blanca inmaculada. El Sargento parece orgulloso de la decoración, y observa a Bianco para estudiar su reacción, pero Bianco deja deslizar una mirada indiferente, casi desdeñosa, por la habitación y, avanzando con decisión, únicamente se detiene ante la cortina de cretona que los separa de la habitación contigua.

—Pase, nomás —dice el Sargento, y se adelanta un poco para recoger la cortina.

Bianco atraviesa el hueco que deja la cortina recogida y entra en el recinto: el tape Waldo está sentado en una silla de paja en medio de la habitación y la Violadita, vestida de blanco, parada junto a él apoyando delicadamente la mano en el borde del respaldo, parece concentrar en ella sola la percepción exterior de ambos, porque es la única que dirige la mirada hacia Bianco cuando entra en la habitación. Waldo, vuelto ligeramente en sentido opuesto a la puerta por la que Bianco acaba de entrar, sacude todo el tiempo la cabeza y aferra, por el cabito de madera, un chupa-chupa circular, hecho de bandas oblicuas blancas y coloradas de una substancia ya un poco transparente a causa de las chupadas y que Waldo se lleva a la boca con lentitud, sin introducirlo en ella, sacando más bien una lengua ancha, manchada de blanco y de rojo a causa del chupa-chupa, que lame con lentitud meticulosa y eficaz la superficie a rayas blancas y coloradas y que después vuelve a entrar, atrincherándola detrás de sus grandes dientes blancos de caballo, que la boca, cuyos labios se mueven constantemente, no cubre del todo, como si la piel de la cara fuese demasiado chica en relación con los huesos de la mandíbula.

—Entre, entre señor —dice la Violadita—. Lo dulce le gusta mucho al pobrecito. Está contento hoy. Durmió bien.

—Gracias —dice Bianco.

Cuando ha oído hablar por primera vez de Waldo, un par de años atrás, por un médico que ha asistido a una de sus apariciones cerca de Esperanza, Bianco se interesó hasta tal punto que proyectó un viaje a Coronda, y una vez, yendo por tierra a Buenos Aires, paró en el pueblo para ir a visitarlo, pero el cura, en cuya casa pernoctó y con quien tuvo una larga conversación, le informó que Waldo y su hermana andaban peregrinando por el lado de Córdoba. Al enterarse la semana anterior que Waldo acababa de instalarse en la ciudad, mandó a llamar al Sargento, de quien le habían dicho que se ocupaba de Waldo y de la hermana, para proponerle esa visita especial, no con el fin de pedirle una profecía, sino únicamente para observarlo y, para convencer al Sargento, que al parecer temía una conspiración semejante a la que él, Bianco, siete años atrás, había debido sufrir en París, de parte de los positivistas, Bianco le extendió al Sargento una cuchara de plata diciéndole que la sostuviera fuerte por un extremo y después, pasando suavemente el índice y el medio de la mano izquierda durante un par de minutos sobre la cuchara, rozándola apenas, la había hecho doblarse en dos igual que si hubiese estado hecha de arcilla blanda.

«Ah, un colega», dijo el Sargento con admiración respetuosa y, echando una mirada al estudio de Bianco, dónde Bianco lo había recibido, pensó que Bianco era una relación útil de la que, si se tenía en cuenta la casa en la que vivía, tenía mucho que aprender.

Bianco avanza unos pasos y se para a un par de metros de los hermanos, manteniendo cierta distancia para poder observarlos mejor. Rechoncho, ausente, oscuro, Waldo parece ignorar por completo su presencia, y a Bianco lo maravilla la perfecta estabilidad del sombrerito de ala angosta y levantada un poco sobre la frente, a pesar del sacudimiento perpetuo de la cabeza. La mano que sostiene el chupa-chupa ha quedado elevada cerca de la boca, y separando los dientes, Waldo vuelve a sacar la lengua, despacio, y a pasarla con placer concienzudo por la superficie circular diseñada en rayas oblicuas blancas y coloradas, y Bianco tiene la impresión de que la masa rechoncha y atildada, endomingada en su chaleco bordado y en sus bombachas negras de seda, es una especie de autómata que funciona con un mecanismo interno muy complicado del que los raros gestos exteriores, lentos y repetitivos, no alcanzan a dar una idea de los engranajes múltiples y ocultos que les permiten producirse. Mientras tanto, la Violadita parece custodiarlo con devoción, seria y orgullosa, pero en alerta al mismo tiempo, como si el precio de la indiferencia hacia el mundo exterior que parece ostentar su hermano, ella tuviese que pagarlo duplicando la vigilancia. Bianco mete la mano en el bolsillo, saca varios billetes y doblándolos en dos, se los extiende; ella los recoge sin contarlos, sin siquiera mirarlos, y apoya la mano que los aferra contra la tela blanca del vestido, a la altura del vientre. Sin siquiera mover la cabeza, vuelta todo el tiempo en dirección ligeramente opuesta a

Bianco, Waldo parece haber reparado en los billetes ya que, bajando la mano que sostiene el chupa-chupa, empieza a hacer chirriar la saliva entre sus dientes blancos, y a mover los labios, sobre todo en las comisuras, con un ritmo más rápido, dando la impresión de que el mecanismo interno que rige sus movimientos ha entrado en una fase de aceleración. La piel de su cara, demasiado oscura para enrojecer, parece por el contrario aclararse un poco, agrisarse, por una especie de esfuerzo que demuestra realizar, o que en todo caso delatan el movimiento cada vez más rápido de la cabeza y los chirridos más intensos de la saliva entre los dientes, hasta tal punto que unas gotitas espumosas salpican los labios estirados y empalidecidos.

Un rumor empieza a formarse en su garganta y Bianco, que habla tantos idiomas con el mismo acento extranjero, sabe que ese rumor no es el embrión de ningún idioma conocido, que es anterior a las palabras y si es verdad que esa masa oscura y fofa de carne amontonada en la silla tiene el don de la profecía, ese don no le viene de las palabras sino que, viajando por galerías ignoradas y tortuosas de tiempo, de energía, y de materia doblegada, yendo y viniendo por ellas sin moverse de su silla de paja, el rumor condescenderá durante unos instantes a transvasarse imperfectamente en palabras que serán, respecto de él, sin excepción, inevitablemente extranjeras. Y las palabras empiezan a brotar, dificultosas, por entre los dientes apretados y humedecidos de saliva. Forman dos octosílabos perfectos, rimados, que se repiten una y otra vez, en voz cada vez más alta y más temblorosa: «Una nube viene hermana a oscurecer la mañana, Una nube viene hermana a oscurecer la mañana», en un crescendo cada vez más frenético que, cuando alcanza su paroxismo, se detiene de un modo brusco, aunque no así los movimientos de los labios, los chirridos de saliva y el sacudimiento aquiescente de la cabeza, que van aminorando de un modo gradual hasta que alcanzan el ritmo habitual de antes de la crisis, y como si el mecanismo entero que rige la masa fofa y endomingada quisiera dar a entender a Bianco que la demostración acaba de terminar, la mano que sostiene el chupa-chupa se eleva despacio hasta la altura de la boca y la lengua ancha sale de entre los dientes y se pone a lamer el círculo hecho de rayas oblicuas blancas y coloradas, tan transparente ya a causa de las lamidas eficaces que puede incluso divisarse la parte del cabito enterrada en la substancia dulzona y cristalina.

—Qué le ha parecido —lo interroga el Sargento, mientras Bianco desata la rienda, en el patio trasero, y se dispone a montar en su caballo.

—Muy interesante —dice Bianco—. Ya volveré.

—¿Oyó lo que dijo? —dice el Sargento.

—Oí, sí —dice Bianco. Y piensa: «Si es un mistificador, es sin duda uno de los mejores. Pero nadie puede ser un mistificador con semejante aspecto.»

—Preocupante —dice el Sargento.

Bianco no le contesta. Está por estrecharle la mano pero recordando la

complicación que supone ese acto, prefiere abstenerse de realizarlo, y oyendo el murmullo de la gente que espera cerca de la entrada principal, en el patio delantero, decide ir a pie hasta la calle. El Sargento lo acompaña, respetuoso; parece haber interpretado la decisión de Bianco de no estrecharle la mano como un acto de delicadeza.

—Bueno —dice el Sargento—. Tengo que convencer a esa gente de que vuelva pasado mañana. Que le vaya bien.

—Gracias —dice Bianco. Llevando al caballo por la rienda, empieza a alejarse hacia la calle. Una voz que lo llama en italiano lo hace detenerse.

—Ilustrísimo. Ilustrísimo —dice la voz.

De entre el grupo de los que esperan delante de la puerta, un hombre se aproxima a él, apresurándose y sacándose respetuosamente el sombrero, de modo que ya lo tiene en la mano cuando llega cerca de Bianco, parándose a cierta distancia para mostrar su consideración. Entre la barba mechada de gris y los cabellos grises, los ojos sonríen, tímidos y respetuosos.

—Cómo está, ilustrísimo. ¿Se acuerda de mí?

Bianco lo observa un buen rato, sabiendo que su cara le es familiar, pero sin llegar a reconocerlo.

—Calabria. El barco —dice el hombre, en italiano, con una sonrisa destinada a incitar a Bianco al reconocimiento, después de darle dos o tres pistas seguras. Al reconocerlo, Bianco hace un gesto tan elocuente, alzando los brazos, que el caballo, detrás suyo, se espanta un poco y sacude la cabeza, emitiendo un relincho débil.

—Claro que me acuerdo —dice Bianco en italiano—. También nos vimos en Buenos Aires. ¿Lo tiene presente?

—Cómo no. Usted se portó tan bien conmigo, ilustrísimo —dice el hombre, haciendo girar el sombrero por el ala, con las yemas de los dedos, manteniéndolo a la altura del vientre.

—¿Y cómo le ha ido? —dice Bianco.

El Calabrés se encoge de hombros: no muy bien, dice, en italiano. Nunca pudo obtener sus títulos de propiedad; ha sembrado, y cosechado, sí, pero como arrendatario. Y está, dice, como el día que llegó.

—¿Y la familia? —dice Bianco.

El Calabrés hace un movimiento vago con la cabeza, señalando una dirección imprecisa en el espacio.

—En Italia —dice—. No alcanzaba para todos. Les mando un poco de lo que gano. —Después mantiene el sombrero con una sola mano y encogiendo los dedos de la mano libre, dejando estirado únicamente el pulgar, señala con él, sacudiéndolo varias veces por encima del hombro—. ¿Lo vio? —dice.

—Sí. No atiende hasta pasado mañana —dice Bianco.

—Ya no sé qué hacer, si volverme a Italia, si quedarme, si traer a mi familia. No sé. Por eso lo vengo a consultar —dice el Calabrés.

—Es una buena idea. No se pierde nada —dice Bianco.

—Y a usted qué le dijo —dice el Calabrés.

—Yo no lo vine a consultar —dice Bianco—. Vine a estudiarlo. Para... —y alzando la mano en el aire, como si tuviera entre los dedos una pluma imaginaria, hace el gesto de escribir.

—Ah, entiendo —dice, un poco impresionado, el Calabrés.

Bianco se mete la mano en el bolsillo, y sin sacar el fajo, separa de él dos o tres billetes y se los extiende.

—No, por favor, ilustrísimo —dice el hombre, bajando un poco la cabeza.

—Sí, sí —dice Bianco—. Cómprele caramelos. Le gustan los caramelos.

El Calabrés echa una mirada fugaz hacia el grupo de gente que está en el patio delantero, para asegurarse de que nadie los observa, y agarrando los billetes los hace desaparecer en su bolsillo.

—Gracias, ilustrísimo —dice el Calabrés.

—¿Sabe alambrar? —dice Bianco—. Estoy alambrando mis campos y necesito brazos.

Los criollos no saben.

—Son unos brutos —dice el Calabrés—. Aparte del cuchillo, no son capaces de nada.

—Si se queda, venga a verme —dice Bianco.

—Si me quedo —dice el Calabrés como disculpándose un poco—. Tengo justo para el pasaje de vuelta. A ver qué me dice el tape. Lo que él me diga, lo hago.

—Cómprele caramelos —dice Bianco.

Se despiden. El Calabrés vuelve en dirección al rancho y Bianco monta a caballo.

Impaciente por la espera a que Bianco lo ha sometido, conversando primero con el Sargento, después con el Calabrés en el frente del rancho, el caballo quiere salir al galope, de modo que Bianco debe sofrenarlo un poco, y en el tira y afloje que se prolonga durante una centena de metros, Bianco mantiene las riendas tensas y el animal avanza a pasitos nerviosos, medio de costado, estremeciéndose un poco a causa del esfuerzo contenido.

Pero Bianco tiene ganas de ir despacio para liberar su atención y reflexionar sobre lo que ha visto en el interior del rancho, y por fin, desahogándose un poco de la tensión de la espera al avanzar por la calle de tierra arenosa, el animal se calma y se deja llevar tranquilamente al paso por su jinete. En lugar de disiparse, la bruma que borrona el horizonte sigue estacionaria a pesar del sol que está ya en el cenit y que, con su luz vertical, de intensidad anacrónica, parece achatar las casas ya de por sí poco elevadas, rectangulares y sin gracia, que van haciéndose más frecuentes a

medida que Bianco se aproxima al centro. No sopla ninguna brisa y en los árboles, inmóviles y exangües, la fronda, contaminada de manchas rojizas, amarillentas y marrones, da la impresión de que podría desprenderse enteramente a la menor sacudida. «No es ni otoño ni verano», piensa Bianco. «No se parece a ninguna estación; es como un cadáver de verano en plena corrupción y no puede saberse en qué va a parar.» Es verdad que, desde hace unos meses, sus pensamientos son semejantes a las hojas de los árboles, manchados de una especie de herrumbre, de un orín negruzco que destiñe sobre ellos o del que parecen venir impregnados, igual que un pedazo de metal enterrado durante mucho tiempo en el fondo del pantano, donde sustancias ignoradas y orgánicas han comenzado su disolución, de modo que el aire enrarecido y pringoso que entra y sale de sus pulmones, la bruma del horizonte y sus emociones confusas y empañadas, la luz matinal, engañosamente brillante y la evidencia con que le parece percibir lo exterior, pueden ser un fluido único, una corriente homogénea de la que lo interno y lo exterior no son más que las dos puntas inciertas y fluctuantes. Bruscamente, sin saber por qué, Bianco empieza a sentir el golpeteo de alerta en la nuca y en la espalda, entre los omóplatos, y moviendo la cabeza en varias direcciones, de un modo sorprendido y atento, empieza a buscar la causa de su excitación, hasta que, después de unos segundos de flotar en un lugar impreciso, en un tiempo sin dimensiones, sin siquiera autoconciencia o identidad, igual que si hubiese tenido un desvanecimiento pasajero, se da cuenta de que su caballo avanza al paso por la calle donde está la casa de Garay López y que algo, un hecho que acaba de producirse durante su ausencia fugacísima, un sobresalto que ha tenido lugar en el exterior pero que ha sido lo bastante intenso como para sacudirlo a distancia, se acaba de producir en la calle, de modo que manteniendo rígida la cabeza, fingiendo llevar la vista clavada en el horizonte para no traicionarse, hace girar los ojos hacia la entrada de la casa justo para ver a Garay López, o alguien que se le parece mucho, aparecer en la entrada, percibirlo a él, a Bianco, viniendo a caballo por el medio de la calle, desierta porque es más de mediodía, pararse de golpe al verlo, y volver a entrar precipitadamente en la casa para no ser sorprendido a su vez. «No puede haber envejecido tanto en tan pocos meses», piensa Bianco, y durante un par de segundos se dice que ha pensado tanto en Garay López que acaba de tener una alucinación; que a fuerza de desear que Garay López venga a la ciudad después de recibir su carta, el recurso supremo para desentrañar el nudo de ilusión y substancia que viene ahogándolo desde que volvió del campo y encontró a Gina chupando un cigarro con expresión de intenso placer, que le ha mandado a Garay López hace una semana para forzarlo a poner a su alcance la evidencia, ha puesto en la luz del día, como quien lanza una piedra al aire para descargar su impaciencia, la imagen de su deseo para alejar de sí algo semejante a la locura. Pero cuando pasa frente a la puerta, por el medio de la calle, trata de mirar hacia la casa por el rabillo del ojo y le parece

ver, por la puerta apenas entreabierta, que alguien está observándolo desde el interior. Pero no está seguro de que sea Garay López: el personaje que ha visto aparecer durante una fracción de segundo y volver precipitadamente sobre sus pasos para esconderse detrás de la puerta y de cuya realidad Bianco no tiene ahora ninguna duda, hubiese podido ser idéntico a Garay López, un poco envejecido, es cierto, pero sobre todo lo que lo diferencia de él es el desaliño evidente de sus ropas, arrugadas y sucias, y sobre todo, el tinte de su piel: el hombre que ha visto en la puerta tiene el cabello y la barba lacios y renegridos, pero en lugar de la cara oval y pálida que enmarcan habitualmente, Bianco ha visto una piel de un rosa vivo, encendido, y los rasgos alargados le han parecido más redondos, casi hinchados, como si no hubiese dormido. «Tal vez está borracho», piensa Bianco, «también él necesita un poco de cognac a las once de la mañana para soportar la espera, y va a seguir emborrachándose mientras no sepa si la cosa viva que va a salir ensangrentada y llorando de entre las piernas de Gina tiene el pelo lacio y negro o color ladrillo como el mío». Bianco aprieta los dientes y hace una mueca entreabriendo un poco los labios amargos, de modo que unas gotas de sudor se deslizan por el labio superior y le entran en la boca, y golpeando con la punta de las riendas el cogote del caballo, lo lanza al galope por la calle desierta.

Cuando llega a la casa, cubierto de sudor, salta del caballo y se inmoviliza un momento en la calle, bruscamente reflexivo, después del trayecto al galope en que, al mismo tiempo que las masas flexibles de su cuerpo, los sacudimientos del caballo han parecido sacudir también las imágenes precipitadas entrando y saliendo de la parte clara de su mente, entrechocándose y superponiéndose unas a otras con tal velocidad que han parecido ir surgiendo en alguna parte más remota que su propio interior, extrañas, incomprensibles y ajenas, a tal punto que durante unos segundos ha estado representándose a sí mismo, a Bianco, como si fuese otro, alguien que ha conocido en otros tiempos, en otros lugares, hundidos para siempre en una zona brumosa que se traga, no únicamente los primeros treinta años de su vida, sino el pasado entero, los cuajarones de materia en disgregación que se pierden en la nada. Pero ahora que está parado junto al caballo palpitante y jadeante bajo la fronda manchada de rojo, amarillo y marrón de los árboles que se levantan, mustios, en el borde de la vereda, ahora que sabe que tendrá que sentarse frente a Gina y comer con ella, enfrentarse con su mirada extrañamente abierta e insondable, mientras espera que las imágenes internas que han venido sacudiéndose durante el galope reintegren otra vez el orden calmo de la mañana, empieza a decirse, igual que si estuviera hablando con otro, tratando de hacerlo entrar en razón, de convencerlo con argumentos irrefutables: «Calma, Bianco, si era él el que estaba en la puerta, y estamos seguros de que era él, no podía ser más que él, atiborrado de cognac desde la mañana a partir del día en que recibió mi carta, si era él, y no cabe duda de que era él,

es Bianco el que controla la realidad, el que reina sobre los desplazamientos de larva de lo secundario, sobre el orden excremental, es Bianco el que planifica con la sola fuerza del espíritu, por un acto de voluntad calculado, los acontecimientos del mundo, él y no los que, poseídos sin saberlo por fuerzas sangrientas y sardónicas de las que ignoran incluso la existencia, y con más razón la existencia en ellos, se abandonan a lo que piensan que es un goce y en realidad no es más que azar químico y disgregación.» Y mirándose la mano que sostiene las riendas, el dorso recubierto de un vello ralo, color ladrillo, sigue contemplándola con fijeza hasta que para de temblar.

—No parece ser un mistificador —le dice a Gina en la mesa, mientras se sirve de la fuente que le tiende la sirvienta, apresurándose un poco porque Gina, que se ha servido antes que él, está esperando que él haya terminado de hacerlo para empezar a comer— no, de ninguna manera. Carece de la inteligencia necesaria para serlo. Pero de ahí a tomar sus tartajeos por una profecía. En fin. Habría que estudiar la cosa con más detenimiento.

—Me gustaría lavarme un poco después de la siesta —dice Gina, como si no hubiese escuchado las palabras de Bianco.

Reprimiendo su ofuscación por la actitud de Gina, tan frecuente desde que se han casado que ya la considera como una especie de manía, Bianco le responde amablemente:

—Te ayudo.

—Sí. Prefiero —y como comprueba que la sirvienta ha desaparecido en dirección de la cocina, agrega bajando un poco la voz—: No quiero mostrarme demasiado en este estado.

—Lo entiendo perfectamente —dice Bianco.

A causa del calor, Gina ha decidido que almorzarían en la galería, buscando, para aliviar un poco su sofocación, las ilusorias corrientes de aire que se obstinan en no soplar y, a decir verdad, tal vez en el comedor podría haber estado un poco más fresco pero, incapaz de contradecirla, Bianco finge que, en esos días, las galerías son el lugar más fresco de la casa, lo que desmiente la luz solar que cae a pique en el patio rectangular recalentando el aire en las galerías que están a la sombra.

—Me gustaría saber cómo empezó. El Sargento pretende que bruscamente, que hasta los nueve años no había dicho una palabra y que, de un día para otro, se puso a hablar en verso —dice Bianco—. Si no hay ninguna triquiñuela, es bastante asombroso. Pero si se trata de una mistificación, me pregunto cómo se organizan. Tal vez la hermana y el Sargento componen los versos y se los hacen aprender de memoria.

—Por qué va haber triquiñuela —dice Gina—. ¿Acaso cuando hacemos las experiencias hay alguna triquiñuela?

Bianco alza la mirada de su plato y la contempla. En la cara carnosa, mate, en la que las mejillas forman una sola masa de carne lisa con la papada, los ojos, bien abiertos, ocupan mucho lugar, y mantienen con tanta firmeza la mirada, llena de esa sinceridad tan perfecta que ya empieza a volverse turbulenta, que Bianco baja otra vez la cabeza hacia su plato.

—No. Cierto —dice Bianco.

Mientras Gina duerme la siesta, se encierra en el estudio, con la botella de cognac, y, apoyando el cuello en el borde del respaldar del diván, se queda mirando la superficie blanca del cielorraso, haciendo girar de tanto en tanto la copa entre las manos, en una ensoñación tranquila o vacía más bien, presa otra vez de esa especie de desaliento frío que lo asalta cuando, impedido por los acontecimientos de pasar a la acción, se ve obligado a esperar que, obedeciendo paso por paso a sus predicciones, lo real se manifieste. Al final, durante un buen rato, se pierde en la superficie blanca, en los infinitos matices de blanco que le parece discernir en ella, en turbulencias blancas, en espirales blancas sobre fondo blanco, en círculos concéntricos que giran en varias direcciones a la vez, en volutas blancas que cobran relieve a partir de la superficie y que crean una serie de sobresaltos orgánicos como si el cielorraso fuese un pozo de cal viva. Hasta tal punto se deja hechizar por el laberinto blanco, que recién la tercera vez que Gina golpea a la puerta, oye los golpes, e incorporándose de un salto, tan violento que parte del cognac se vuelca sobre su pantalón, empieza a dirigirse hacia la puerta en el momento en que Gina la abre y entra en el estudio.

—¿Dormías? —dice Gina.

—No. Pensaba —dice Bianco.

Gina le saca la copa de cognac de entre las manos.

—Empiezo a conocerte —dice—. Algo te perturba.

—¿A mí? —dice Bianco.

Y sacude negativamente la cabeza.

—Mejor —dice Gina, y hundiendo sus dedos largos en las masas encrespadas de pelo color ladrillo, un poco pegoteadas por el sudor, se las acaricia un momento. Bianco se siente aplastado por la presencia imponente de Gina que, aferrándolo con suavidad del hombro, lo arrastra consigo al cuarto de baño. Hay una gran tina vacía sobre el mosaico, y dos o tres recipientes de agua tibia preparados. Gina se desnuda y entra en la tina vacía quedándose parada en el centro, y estirando el brazo y moviendo todos los dedos con impaciencia distraída, le señala a Bianco un jarro de lata que flota en uno de los recipientes llenos de agua.

—Ya no puedo ni agacharme —dice Gina.

—Para qué estoy yo —dice Bianco. Se inclina para llenar el jarro de agua y cuando se incorpora, se acerca a Gina para darle el jarro, con la cabeza vuelta un poco de costado y los ojos bajos, como si no se atreviera a mirarla, como si tuviese el

temor de que la carne abundante y espesa segregara algún fluido mortífero. Los brazos, el cuello, las piernas, los senos, las nalgas, el vientre, se han inflado tanto que la carne, tensada al máximo, brilla, alisándose y aclarándose un poco, como si la pigmentación de la piel se diluyera y allí donde la carne es más blanda se han formado unos pliegues circulares tan profundos que da la impresión de que la carne estuviese atada con un alambre invisible bajo los bordes de piel que se juntan. En el vientre redondo, sobre cuya parte superior caen los senos inflados en los que casi desaparecen los pezones oscuros, el ombligo resalta como un pólipo duro, y la franja de vello negro curvándose, desaparece bajo el vientre que oculta casi enteramente los pelos del pubis.

—Un momento, por favor —dice Gina. Y alzando los brazos, empieza a desnudarse los cabellos. A causa de su posición, del movimiento de las manos que se demoran en los nudos de los cabellos, todo el cuerpo se llena de ondulaciones pesadas, que se repiten, periódicas, cada vez que las manos realizan los mismos movimientos infructuosos, y cuando las manos se impacientan a causa de alguna dificultad, violentando los gestos, las ondulaciones se hacen más rápidas y más intensas, transmitiéndose al cuello que se llena de pliegues, a los senos que se bambolean, al vientre que se estremece, a los brazos en los que la piel se sacude, y a los pies que se mueven un poco contra el piso de la tina. Por fin Gina logra su propósito y la lluvia negra de sus cabellos se despliega contra su espalda, sacudiéndose a causa de la caída, y un poco ondulado en las puntas a causa del rodete que los tenía aprisionados, y después de sacudirlos con energía lenta por encima de los hombros para separarlos bien, Gina recoge el jarro que le tiende Bianco y lo vuelca sobre su propia cara, cerrando los ojos a causa del impacto y extendiéndole a ciegas el jarro a Bianco para que vuelva a llenarlo. Repiten varias veces la operación, y después, con lentitud y meticulosidad, Gina se enjabona. Bianco le friega la espalda y después comienza a enjuagarla, dejando caer sobre ella, suavemente, uno tras otro, los jarros de agua tibia.

Por fin se arrodilla en el suelo y le enjabona las piernas y los pies. En un momento dado alza la cabeza y la contempla: desde abajo, Gina le parece enorme, casi infinita, prolongándose en círculos de carne que forman una vasta pirámide cuya cúspide, afinándose, parece ir a perderse en la penumbra del techo. Y cuando se incorpora un poco, siempre de rodillas, poniéndose frente a ella para refregarle la parte delantera de los muslos, su cara queda casi pegada al vientre increíblemente tenso y redondo, y durante unos segundos le parece percibir, del otro lado de la piel, de la protuberancia dura del ombligo, de la franja curva de vello negro que se pierde en el pubis oculto por el borde de la circunferencia, el magma de materia en acción, agitándose en combinaciones y en transformaciones sin límite, los charcos abigarrados de substancia entrechocándose y entremezclándose, sin otra finalidad que

esa fabricación constante de humores, de tejidos, de concreciones repetitivas, pasajeras, monótonas, inhumanas, las cuatro o cinco variaciones del mismo rumor adverso, persistente y sin sentido.

Después la ayuda a vestirse, la deja en manos de la sirvienta, que la peina plácida en la galería, y él se va al patio del fondo, a sentarse con un libro bajo los árboles, y a esperar la llegada de Garay López, pero siguen el atardecer, el anochecer, la noche, la medianoche, y Garay López no aparece. Fumando un cigarro bajo la luna empañada, con su infaltable copa de cognac en la mano, espantando de tanto en tanto las nubes de mosquitos que ni siquiera se alejan cuando sacude la mano cerca de su cara, después de haber acompañado a Gina a la cama, Bianco piensa: «No era él. Tal vez se suicidó en Buenos Aires, al recibir la carta, y lo que vi en la puerta de su casa era su propio fantasma. Tal vez tuve una visión. Tal vez no recibió la carta. Tal vez la recibió y como no es él el que engendró esa cosa que Gina tiene en el vientre, no juzga imprescindible venir. Normalmente, esta última sería la mejor de las hipótesis. Con un pequeño inconveniente sin embargo: si él no es el que la fecundó, quiere decir que me estoy volviendo loco.»

Pero a la mañana siguiente, Garay López viene a visitarlos. Cuando la sirvienta se lo anuncia y sale al patio a recibirlo, a Bianco le cuesta trabajo reconocerlo, y mientras se va acercando a él con la mano tendida ve al mismo personaje del día anterior, alguien que se parece mucho a Garay López, que es casi idéntico a él en verdad, a no ser porque el que viene ahora hacia él con la mano tendida parece veinte años más viejo, lleva un saco y un pantalón arrugados y sucios, y tiene la cara roja, un poco hinchada y no la palidez habitual, incluso deliberada, del Garay López que él conoce.

—Cher ami.

—Caro dottore —dice Bianco, estrechándole la mano. Al acercarse a Garay López un relente fétido llega a las narices de Bianco, un olor fuerte a paja húmeda, un poco podrida, y Bianco nota que a Garay López se le han puesto rojos hasta los párpados, y que incluso unas manchitas rojas le tiñen también las pupilas. Contrariamente a su costumbre, Garay López suelta inmediatamente la mano de Bianco y cuando ve a Gina a lo lejos, sentada a la sombra en la galería, alza los brazos con su efusividad habitual, un poco más indolente que de costumbre tal vez, y avanza hacia ella. A pesar de los gestos ostentosos de Garay López por demostrar la precipitación con que desea saludar a Gina, Bianco puede seguirlo sin dificultad, porque los movimientos de Garay López son dificultosos, un poco torpes, igual que si fuesen ejecutados no por un cuerpo hecho de huesos y de músculos elásticos, sino por un muñeco de trapo que se desarticula a cada paso. Bianco nota que, a pesar de su efusividad, Garay López se detiene a dos o tres metros de Gina, sin tenderle las manos, como es su costumbre.

—¡Gina! ¡Gina! ¡Qué belleza! ¡Una reina! ¡Una madona! Y yo puedo apreciarlo, porque a la mía, cuando era así de chico, se la llevaron y nunca más me la devolvieron —dice Garay López, en italiano, con sus habituales gestos excesivos y teatrales que esta vez parece realizar gracias a esfuerzos desmesurados que lo agitan un poco y enrojecen todavía más la piel de su cara y de sus manos. Y después, continuando en español—: Mi hermana, que la vio un día en la calle, me escribió hace dos o tres meses para darme la noticia. Me hubiese gustado más saberlo por ustedes.

Las cejas color ladrillo se fruncen un poco.

—¿Cómo? ¿No recibió mi carta?

—Recibí varias cartas tuyas desde el mes de agosto, cher ami, pero eran todas cartas comerciales —dice Garay López—. Únicamente hablaba de alambre, de torniquetes, de llaves inglesas. Ni siquiera de sus dichosos positivistas.

—Hace ocho días le escribí anunciándole el nacimiento inminente —dice Bianco.

—No me dijiste nada —dice Gina.

—Desgraciadamente —dice Garay López— no la recibí.

Y su cara se ensombrece. «Está mintiendo», piensa Bianco. Mirando un poco a su alrededor como si buscara algo, una silla tal vez, Garay López da dos pasos cansados y se apoya contra la pared. Una sonrisa laboriosa se insinúa en sus ojos enrojecidos.

—Debo haberme cruzado con su carta en el camino —dice Garay López. Y después de su sonrisa fugaz, más esbozada que realmente emitida, su expresión vuelve a ensombrecerse.

—Lo noto un poco cansado —dice Bianco.

—Yo también —dice Gina, con un aire un poco indiferente que a Bianco le suena simulado o chocante.

—Un largo viaje. A caballo —dice Garay López—. Como sé que han llegado las primeras remesas de alambre, me pareció que debía estar aquí. Quiero convencer a papá de la eficacia del método. Pero mi hermano, naturalmente, cuando me vio llegar, se fue al campo.

«Está mintiendo», piensa Bianco. «Está mintiendo, y por la mirada que nos dirige teme que no le creamos.»

—Pretextos —dice inesperadamente Gina—. ¿No será alguna señorita la causa?

—Una señorita —repite Garay López, como si no hubiese entendido bien, por distracción o aturdimiento, y, moviéndose un poco para afirmarse y realizar con eficacia el movimiento que prepara, se deja deslizar despacio contra la pared y se sienta en el suelo.

—Antonio —dice Gina.

Una expresión de angustia indecible aparece en la cara de Garay López. Las fórmulas corteses que profiere parecen provenir de una distancia infinita.

—Cuánto lo siento. Discúlpeme. Cansancio. Un poco de fiebre, sin duda —dice. Y apoyando la cabeza contra la pared, fija los ojos en el rectángulo de cielo azul brumoso que se recorta sobre el patio—. Qué tiempo tan extraño.

—Le traigo un cognac —dice Bianco, y se dirige rápidamente hacia la sala. Llena un vaso de cognac y se vuelve con rapidez, para regresar al patio, pero cuando está por salir vacila un momento y, parándose detrás de la puerta, que ha quedado entreabierta, espía el patio por la abertura. Gina, sentada en su sillón, sacude la mano ante su cara para darse un poco de aire, o espantar a los mosquitos que, ya desde la mañana, parecen apeteecer su sangre caliente y revolotean por la galería y el patio en nubes que se hacen visibles, como un polvillo plateado, cuando atraviesan los rayos de sol; y Garay López, sentado en el suelo, la espalda apoyada contra la pared y las piernas estiradas sobre el mosaico de la galería, que sacude despacio la cabeza, como si estuviese respondiendo, de un modo discreto o disimulado, a algo que Gina puede haberle dicho en el momento en que él, Bianco, estaba sirviendo el cognac. Tal vez ahora mismo, piensa Bianco, están comunicándose de un modo secreto, sin mover los labios, o con el pensamiento, sin palabras tal vez, sintiendo transitar por ellos, en estremecimientos ínfimos pero que experimentan al mismo tiempo esa fuerza adversa que los habita y de la que él, Bianco, por un gran esfuerzo de voluntad, ha logrado excluirse sabiendo sin embargo que debe permanecer alerta y vigilante.

Durante unos segundos también, experimenta, sin saber por qué, una nostalgia inexplicable por una escena semejante, percibida involuntariamente nueve meses antes, cuando abrió la puerta de la sala, después de haber cabalgado toda la tarde bajo la lluvia, y los vio, Gina chupando con expresión de intenso placer un cigarro, Garay López inclinado hacia ella y hablándole en voz baja con una sonrisa malévola. Para alejar de sí esa nostalgia, Bianco abre la puerta y sale al patio, aproximándose a ellos e inclinándose hacia Garay López para alcanzarle la copa de cognac.

—Muy amable, cher ami —dice Garay López, agarrando con tanta blandura y distracción la copa, que, de no haber contenido alcohol hasta la mitad solamente de su capacidad, el cognac se hubiese volcado a causa de la inclinación excesiva en que, sin siquiera darse cuenta, mantiene la copa.

—Qué día tan extraño —dice Garay López.

Detrás de sus párpados rojos, de sus pupilas manchadas de rojo, los ojos parecen cubiertos de una capa finísima de vapor. Alza la copa hasta sus labios y toma un trago, pero casi inmediatamente, el cognac reaparece por las comisuras.

—Una volanta me espera en la calle —dice Garay López—. ¿Le molestaría acompañarme, cher ami?

—Tiene que cuidarse, Antonio —dice Gina—. Vaya a saber qué vida lleva en Buenos Aires.

Mientras se incorpora despacio, Garay López trata de sonreír, pero la copa se le

cae de las manos y se hace pedazos contra los mosaicos.

—No les ahorro ninguna de mis torpezas —dice Garay López.

—No es nada —dice Bianco—. Venga.

Bianco lo aferra del brazo y Garay López, antes de encaminarse hacia la puerta, se vuelve hacia Gina.

—Está más bella que nunca. Es así como la prefiero —dice.

—Vaya y descanse, Antonio —dice Gina.

Hay como indiferencia en su voz, piensa Bianco. Habla como desde detrás de un tul transparente, igual que si nosotros estuviésemos moviéndonos en otro espacio, en otras épocas, como si ella sola formara parte del presente y nosotros chapaleáramos, disgregándonos, en el pasado. Como si ella sola existiera y nosotros ya estuviésemos listos para confundirnos con la nada. Cuando obliga a Garay López, que parece negarse al principio, a apoyarse contra su hombro para acompañarlo hasta la calle, vuelve a sentir su aliento fétido, el olor de paja húmeda y podrida que parece emanar, no solamente de su boca, sino de todo su cuerpo. Y cuando llegan a la calle, Bianco nota, en la cara del criado que los espera junto la puerta, el mismo tono rosa vivo que ha visto ayer en la cara de Garay López al sorprenderlo en la puerta de su casa, el rosa vivo que hoy se ha vuelto encarnado, como si el amo precediera al criado en un proceso de transformación extraña e irreparable.

Y ese mismo rosa vivo es visible al día siguiente en la cara de la hermana de Garay López, que lo atiende en la puerta, sin hacerlo entrar, diciéndole que Garay López está en la cama, con mucha fiebre, y que no podrá recibirlo. Mientras ella habla, Bianco observa los párpados rojizos, las líneas de los ojos bien marcadas con trazos rojizos, como si las hubiese acentuado con un lápiz rojo, y la piel de los párpados le recuerda a Bianco las veces en que ha contemplado su propia mano al trasluz, ante la llama de una vela. «Es el sol de estos días tan anormales lo que les está dando ese color», piensa Bianco, cuando se queda solo en la vereda, y alzando la cabeza mira con aprensión el cielo brumoso, y después los árboles en los que día tras día, el rojo oscuro, el amarillo y el marrón invaden el follaje. Y está cada vez más convencido, porque, volviendo a su casa, de tanto en tanto se cruza con alguien cuya piel tiene el mismo rosa vivo o el rojo de Garay López. Es igual que si los mismos cambios de color que contaminan la luz del sol, el horizonte y el follaje, estuviesen produciéndose en la piel humana, como si el mundo estuviese cambiando y las sustancias caprichosas que, combinándose entre ellas, lo componen, por algún desorden inesperado, u obedeciendo a alguna consigna arcaica inscrita en su esencia y demasiado lejana en el tiempo como para que los hombres puedan preverla, hubiesen decidido darle una apariencia extravagante, para variar el verde sempiterno de los árboles y el azul monótono del cielo. A tal punto está convencido que cuando llega a su casa va directamente al dormitorio y se mira largamente en el espejo del

lavatorio: pero es siempre el mismo, el mismo pelo encrespado en ondas color ladrillo que la cabalgata ha desordenado un poco, pero que están lo bastante rígidas y apelmazadas por el sudor como para guardar cierto orden, la misma piel blancuzca, atravesada de arrugas finísimas que se acentúan alrededor de los ojos, ajando las ojeras azules, la piel que ni el sol de la llanura logra tostar o cambiar siquiera ligeramente de color, igual que si del universo entero en transformación, él fuese el último reducto inmutable, de una sola pieza, él que ha pasado por tantas identidades diferentes, pero que no han bastado sin embargo para disolver el coágulo central de sombra que lo constituye.

Al día siguiente, vuelve a lo de Garay López y esta vez es la segunda hermana la que lo recibe, con el mismo tinte rosa vivo en la piel, diciéndole que Garay López tiene fiebre, y que hay enfermos en la casa, de modo que Bianco se vuelve pensando. «Todo esto es una farsa para ganar tiempo, él se hace negar con las hermanas que, a causa del sol fuerte, están un poco más quemadas que de costumbre», pero costeadando el río a caballo en dirección al norte, lo asalta la idea intolerable de que Garay López esté realmente enfermo y se lleve a la tumba su secreto. Porque de ella, se dice Bianco, de ella no habré de saber la verdad. Ella misma ya ni debe acordarse de lo que pasó, si pasó algo, hasta tal punto que si yo la torturara para obligarla a confesármelo, ella ni siquiera va a saber de lo que estoy hablando, porque ahora me doy cuenta de dónde viene mi terror: ella no está habitada por la fuerza sino que es la fuerza misma, así como es solidaria de lo que le piden sus entrañas y puede ser al mismo tiempo la yegua y el caballo cuando copulan.

—¿Pudiste verlo? —pregunta Gina desde la galería, cuando lo ve entrar.

—No. Vi a la otra hermana —dice Bianco, rozándole suavemente la mejilla con los labios, pero sin atreverse a levantar la mirada hacia ella.

Gina está limándose las uñas, de modo que tampoco ella le dirige la mirada. En el silencio del patio, el ruido de la arenilla contra el borde de la uña produce un chirrido rítmico que Bianco percibe de un modo exagerado, casi exclusivo, como si su sensibilidad auditiva se hubiese acrecentado.

—Y qué te dijo —dice Gina, limándose las uñas, sin alzar la vista.

—Tiene mucha fiebre —dice Bianco—. Dicen que tal vez no pase la noche.

—Pobre Antonio —dice Gina, sin dejar de limarse las uñas.

Bianco se encierra en el estudio. Le parece percibir en Gina algo definitivamente cerrado, enterrado bajo capas de una substancia al mismo tiempo impalpable e indestructible, sellada una y otra vez, envuelta en pliegues tenaces, y vuelta a cerrar después con varias vueltas de llave y, para asegurarse de que nadie, ni ella misma, tendrá acceso a lo que yace enterrado, Gina ha tirado tal vez la llave al fondo de una ciénaga de penumbra y de olvido.

Está seguro de verlo escrito en el abismo blanco del cielorraso. Pero a la mañana

siguiente, con el tercer o cuarto mate que le trae al estudio, la sirvienta le extiende un sobre cerrado.

Bianco termina el mate, lo devuelve a la sirvienta, y cuando la ve desaparecer en la galería, abre lentamente el sobre. La escritura inconfundible de Garay López, un poco más temblorosa que de costumbre, lo hace sentarse en el sillón, aliviado, para leer la esquila, que está escrita en francés: «Cher ami: esta mañana experimento una innegable mejoría. Pero como conozco los síntomas de mi enfermedad, mucho me temo que sólo sea pasajera. Un crimen abominable pesa sobre mi conciencia. Por el respeto que debo a su persona, de la que he aprendido tanto, no quisiera ir a la tumba sin confesárselo. Le suplico que pase a verme apenas reciba esta misiva.»

Con una expresión de triunfo, de pena, de alivio, de odio, de amargura, Bianco estruja la carta, y la deja caer sobre el escritorio. Diez minutos más tarde, está galopando hacia el sur. La tierra es blancuzca, blanda, húmeda bajo los cascos del caballo; el cielo y el horizonte están cubiertos por una bruma verdosa; los pastos, los árboles, tienen un color indefinido, lleno de matices, que van de un verde agrisado a un marrón oscuro, pasando por el rojo sangre, el amarillo, el beige, el caoba. Alrededor de los árboles, el suelo está lleno de hojas podridas, y el pasto que bordea las zanjas se pudre al contacto del agua estacionada, inmovilizada en la superficie por una especie de espuma cremosa, arrugada y verduzca. Al llegar a lo de Garay López, Bianco baja de un salto del caballo, jadeante y sudoroso, y, cuando golpea, se impacienta al no recibir respuesta inmediata, pero al disponerse a golpear por segunda vez, la puerta se abre despacio y el propio Garay López, vestido con su elegancia habitual, aparece en el zaguán.

—Gracias por haber venido —murmura en francés.

—Caro dottore, ¿cómo hubiese podido no hacerlo? —dice Bianco, siguiendo a Garay López por el zaguán.

—Hay muchos enfermos en la casa —dice Garay López en voz baja.

Se sientan en la sala, frente a frente, y Bianco observa que, previendo su venida, Garay López ha preparado una botella de cognac y dos copas. Sin siquiera consultarlo, sirve cognac en las copas y, después de extenderle una a Bianco, recoge la otra para sí mismo y se apoya contra el respaldo del sillón. Bianco lo observa atentamente, y Garay López, consciente de la mirada que lo recorre con atención, lo deja hacer con una sonrisa débil.

Bianco comprueba que el rojo de la piel se ha transformado en un color indeciso, un violáceo amarillento, y por debajo de ese tinte indefinible, en la región subcutánea, una infinitud de puntos rojos, como picaduras de mosquitos, o como una urticaria, recubren todas las partes visibles de su cuerpo.

—Fiebre amarilla —dice Garay López cuando advierte que Bianco ha terminado de inspeccionarlo. Bianco toma un trago de cognac, y lo mira. La cara de Garay

López está también un poco hinchada, y el color rojo, que ha desaparecido de la cara para diseminarse por toda la piel, sigue concentrado todavía en sus pupilas.

—Discúlpeme por la otra mañana, cuando pasó a caballo —dice Garay López—. Me daba mucha vergüenza afrontarlo.

—Me hizo dudar. Al fin pensé que no se trataba de usted —dice Bianco. La nuca y la espalda, entre los omóplatos, empiezan a latirle con fuerza, y, tal vez a causa del cognac, la camisa se le pega a la piel—. «Ahora va a decírmelo, va a decírmelo», piensa. «Está por decírmelo.»

—Si me escondí, fue por respeto hacia su persona —dice Garay López.

—Le creo —dice Bianco.

Garay López hace silencio, y toma un poco de cognac, dejando de mirarlo a los ojos, de modo que Bianco se siente un poco desorientado, decepcionado. «Tal vez cree que yo lo sé por Gina y considera que ya me lo ha dicho, que con lo que acaba de decir es suficiente, de modo que no sabré nunca si fueron ellos los que desarreglaron la cama, los que aplastaron el almohadón aquella tarde, mientras yo galopaba bajo la lluvia.» Garay López parece profundamente absorto en sus pensamientos, y cuando levanta la cabeza y vuelve a mirarlo, la esperanza renace en las pupilas de Bianco.

—Yo sé que hay cosas oscuras en su vida, cher ami —dice Garay López—. Terribles tal vez. Pero yo lo he aceptado a usted como es, sin interesarme por su pasado, a cambio de su amistad. Y hoy somos socios y amigos. Espero que usted también sepa aceptarme como soy.

—Puede contar conmigo —dice Bianco. «Considera que ya ha dicho todo», piensa, pero ve que Garay López se cubre la cara con la mano libre y le dice entre sollozos:

—Lo que tengo que confesarle es abominable. Abominable.

—Serénese —dice Bianco, terminando su cognac y sintiendo que el golpeteo en la nuca y la espalda se acelera.

—La semana pasada —dice Garay López, controlando un poco su llanto— estaba de guardia en el hospital, y me di cuenta de que dos de los enfermos tenían la fiebre amarilla.

Los otros médicos habían diagnosticado una fiebre benigna. Me entró pánico. No dije nada.

Y arguyendo que mi padre estaba muy enfermo, pedí licencia en el hospital, y me vine para acá, por miedo al contagio.

—De modo que era eso. Ese es su crimen horrendo —dice Bianco, con una entonación gélida, despechada, reprobatoria, empezando a ponerse de pie, y pensando: «Ha cambiado de idea a último momento, no se atreve, y está contándome otra de sus historias, para que yo crea que es la razón por la que me ha llamado.»

—Pero eso no es lo más grave —dice Garay López—. Lo más grave es que la he traído conmigo, he traído la epidemia conmigo. Mi familia se está muriendo. Toda la servidumbre se está muriendo. Los vecinos se empiezan a morir. Toda la ciudad está contaminada.

—No es cierto —dice Bianco—. No es cierto. Está mintiendo.

—¡Llévese a Gina al campo! ¡Llévela al campo!

—Está mintiendo para ocultar algo más horrendo —dice Bianco.

—¿Más horrendo todavía? —dice Garay López, pero Bianco ya está en la puerta de la habitación, y empieza a caminar a toda velocidad por el zaguán hacia la calle.

—Llévese a Gina. Llévesela al campo —le oye decir todavía a Garay López cuando llega a la calle. La bruma verdosa que cubre el horizonte y el cielo da la impresión de que se está nublando, pero el sol grisáceo brilla intenso, emitiendo unos destellos cenicientos.

—Cómo está Antonio —dice Gina, sentada en su sillón en la galería, cuando lo ve entrar.

—Delira —dice Bianco.

Rozándole apenas las mejillas con los labios, casi sin detenerse, Bianco pasa junto a ella y se aleja en dirección del patio trasero. Una especie de furor lo ha invadido en lo de Garay López, una rabia indecisa cuyo objeto es Gina por momentos, por momentos Garay López, y por momentos la misma indecisión que la genera, como si lo exasperara depender de los demás para verificar en lo exterior sus palpitos y sus intuiciones. Lo cierto es que a la hora de la siesta se pierde un buen rato en tironeos dubitativos y escrupulosos a propósito de las razones que han podido impulsar a Garay López a contarle la historia de la epidemia, sin que se le cruce una sola vez por la mente que lo que le ha dicho Garay López, lejos de ser una historia, como él la llama mentalmente, puede tener algún elemento de verdad.

Pero la confesión de Garay López, aunque Bianco no la tiene para nada en cuenta en su concepción de las cosas, tiñe livianamente de incertidumbre su interior, porque el día transcurre para él en un clima de excitación intranquila y de ansiedad. A eso de las cinco, Gina se levanta de la siesta, un poco perdida y como congestionada, y Bianco, que la observa a la distancia, como si temiese entrar en contacto con ella, y no se sintiese capaz de juzgar en qué punto exacto del espacio o de la emoción su proximidad empieza a volverse realmente peligrosa, le oye decir desde el otro extremo de la galería:

—Todo esto te perturba, me doy cuenta. Cómo se van vaciando en estos meses las botellas.

Con una sonrisa ambigua, Bianco se encoge de hombros, sin reconocer ni negar.

Simulando leer, se atrinchera detrás de un libro, en el patio trasero, y se deja envolver, inquieto y desolado, por el atardecer brusco, un poco lívido, que se

concentra antes que nada en la fronda carcomida. De tanto vacilar él, también el universo entero parece vacilar cuando por fin anochece, entre los zumbidos de los mosquitos y los ruidos y las voces de las sirvientas que se afanan en el patio y en la cocina, preparando la cena o poniendo la mesa en la galería, los sonidos familiares a los que, aun sin prestarles atención, les atribuye distraídamente una fragilidad suplementaria en razón de una inminencia sin nombre que parece amenazarlos. Durante la cena, apenas si hablan de Garay López, y Bianco necesita hacer verdaderamente un esfuerzo para percibir en Gina alguna deliberación en su silencio casi completo sobre el tema. Tal vez simula tan bien que ni siquiera da la impresión de simular, piensa con una sonrisita interior, quebrada y ligeramente autocompasiva con la que reconoce ante sí mismo, no sin amargura, su incapacidad definitiva de penetrar en ella. Casi enseguida después de comer, la incita a acostarse, ya que la siente tan distante cuando están juntos que necesita, de un modo paradójico, mantenerla lejos para tratar de desentrañarla. Hacia medianoche, errabundeando por los patios precedido por la brasa del cigarro apretado entre los dientes que se vuelve más intensa a cada chupada, en la oscuridad de la casa, de la ciudad entera quizás, comprende que la posibilidad de saber está escapándosele, deslizándose por el corredor sin fondo del pasado hacia el lugar inconcebible en el que se herrumbran, se carcomen y se pulverizan las esperanzas frustradas y los secretos. Cuando entra en el dormitorio, Gina, que duerme echada boca arriba, emite unos ronquidos, cortos, irregulares e intermitentes, y Bianco se echa a su lado y se pone a escucharlos, decorando de tanto en tanto la respiración pausada como costuras de sonido que engrasan un hilo fino de aliento. Otros hubiesen ahogado esa respiración, piensa, hubiesen apagado con un tirón brusco el rumor que se agita detrás de la frente, sin comprender que son la única prueba de que algo tuvo realmente lugar. Cuatro o cinco veces, sin desvestirse, se acuesta a su lado, vuelve a levantarse para recorrer la casa en penumbras, las galerías, los patios, las habitaciones, hasta que, sobre el cuadrilátero del patio de delante la fosforescencia rojiza de la aurora empieza a fluir, y él decide irse a la cama para dormir un par de horas, sobresaltándose a cada momento y decirse, entre las asociaciones cada vez más rápidas y un poco absurdas del insomnio, que al día siguiente obligará a Garay López a decirle la verdad, aun cuando se vea obligado a usar la fuerza para conseguirlo.

Pero cuando va a verlo al día siguiente, se encuentra con dos enfermeros en la puerta, que le impiden entrar. Uno de ellos tiene ya el tinte rosa vivo en la cara que, a decir verdad, le da un aire más bien saludable, pero, al mirarlo a los ojos, Bianco percibe las pupilas atravesadas de regueros sanguinolentos. En el momento en que está por volverse, diciéndose que hará otra tentativa más tarde, el médico sale de la casa: como es el mismo que se ocupa del embarazo de Gina, Bianco lo intercepta en la vereda.

—Están todos muriéndose ahí dentro —dice el médico—. Para qué quiere entrar.

—Es mi mejor amigo —dice Bianco—. He estado con él todos los días.

—Piense en su señora —dice el médico—. Tiene que sacarla de la ciudad.

—Déjeme entrar y le prometo llevarla hoy mismo al campo —dice Bianco—. He estado con él todos estos días. Ya me hubiese contagiado.

El médico observa con atención profesional su piel blancuzca. Y se vuelve hacia los enfermeros.

—Déjenlo entrar —dice—. No sé para qué insiste, si él igual no lo va a reconocer.

Antes de que Bianco desaparezca en el interior de la casa, el médico lo aferra familiarmente por la manga y lo retiene un instante:

—De aquí, se va derecho al campo —dice.

—Se lo prometo —dice Bianco.

El silencio es tan grande en la casa que, al desembocar del zaguán en el primer patio, Bianco se detiene; en medio del patio, bajo la glicina, hay una vieja criolla que está fumando una pipa, sentada en un sillón de mimbre, y aunque se mueve un poco, más indiferente que curiosa al verlo aparecer, Bianco tiene la impresión de que sus movimientos se dibujan en un mundo sin sonido, submarino o sideral, donde la luz cenicienta es un medio corpóreo, una especie de gelatina en la que, igual que en un molde de cera, los movimientos de la vieja se inscriben en cada una de sus fases, demorándose un poco, y exhibiéndolas a todas a la vez durante una fracción de segundo. Bianco se detiene en medio del patio.

—Antonio —dice.

Antes de hacer el menor gesto, la vieja lanza una bocanada de humo, con la pipa aferrada entre los dientes, y la nubecita grisácea se pierde en el aire gris, no como si se dispersara en él, sino como si el aire fuese una sustancia porosa que la hubiese absorbido inmediatamente. Con un movimiento de la cabeza, la vieja le indica una de las puertas que dan a la galería. Cuando la empuja y entra en la habitación, el olor es tan intenso que Bianco saca un pañuelo y se cubre la boca y la nariz para no respirarlo. Enteramente desnudo, Garay López está tirado en la cama, sin almohada, inmóvil, los ojos bien abiertos clavados en el techo, y a parte del cabello y de la barba renegridos y de los pelos del pubis renegridos, toda la piel de su cuerpo es amarilla, azafranada, y, a causa del sudor, relumbra un poco contra las sábanas empapadas. No sólo tiene el olor, sino también el color de la paja descompuesta, piensa Bianco, y manteniéndose a distancia, se inclina un poco hacia él.

—Caro dottore —susurra.

Cuando la voz de Bianco suena en la habitación en penumbras, los párpados de Garay López tiemblan un poco.

—Me privó de madre al nacer —dice Garay López.

—Caro dottore —dice Bianco—. Lo que Gina lleva en el vientre...

—Me privó de madre —dice Garay López.

Bianco observa que tiene dos pedacitos de algodón hundidos en los oídos, y las plantas de los pies un poco azuladas bajo el amarillo uniforme de la piel.

—Son sus últimos instantes —dice Bianco—. Dígamelo. Tiene que ser usted. A ella no podré sacarle nada.

—Me privó de madre —dice Garay López.

Bajo el pañuelo blanco con que se protege la nariz y la boca, Bianco siente que sus labios amargos se contraen un poco. Está por inclinarse más hacia la cama, pero la prudencia lo retiene. Sus ojos empiezan a recorrer la habitación, hasta que, apoyado contra el costado de la cómoda, descubre un bastón con mango de plata. Bianco lo recoge y con la punta, da unos golpecitos contra el muslo de Garay López.

—Caro dottore —dice.

Garay López no se mueve, los ojos bien abiertos fijos en el techo, la piel amarilla, lustrosa, que segrega ese olor de paja descompuesta, el cuerpo desnudo, como de materia inorgánica, en el que únicamente los ojos, empañados, parecen todavía vivos. La punta del bastón sube a lo largo del cuerpo y se hunde en la barba, a la altura de la mejilla.

—No simule —dice Bianco—. Yo vi la cama deshecha. Vi el almohadón. Vi la cara de Gina cuando chupaba el cigarro.

Garay López sigue inmóvil. Con la punta del bastón, Bianco le da dos o tres golpecitos en la mejilla, pero la cabeza le opone una extraña resistencia, como si los músculos del cuello, ya rígidos, fuesen incapaces de permitirle el menor movimiento. Un hilito de sangre brota de uno de los orificios de la nariz. Con furia, Bianco levanta el bastón, como si estuviese por dejarlo caer sobre la cabeza, no por odio hacia Garay López sino a esa sangre autónoma, a esa substancia amarilla que colora su cuerpo, indiferente a sus propósitos, esa conspiración material que se opone, malévolamente, a sus deseos, interrumpiéndolos, dejándolos flotar en el aire, haciéndolos recular y apelmazarse sin orden otra vez en el pozo negro donde nacen, transformándolos en duda, en sufrimiento, en delirio, hacia el universo que parece volverse enteramente exterior, construcción inmensa pero irrisoria de la que todos los fragmentos están contaminados, activándose en combinaciones absurdas y momentáneas que se consumen en el instante mismo en que se forman, hacia el chisporroteo incesante que ya está arrebatándole el largo cuerpo amarillo y los secretos que contiene. Pero Bianco baja despacio el bastón y lo deja caer al suelo. Cuando el mango de plata choca contra el piso de madera, Garay López se estremece un poco.

—Me privó de madre al nacer —dice.

Bianco sale de la habitación. Un olor de paja podrida flota en toda la casa, en toda la ciudad probablemente. La vieja, sentada bajo la glicina ya deshojada, recibe en la cara las sombras grises de las ramas y de los troncos despellejados y retorcidos, y ni

siquiera alza la cabeza cuando Bianco, sin despedirse, cruza el patio, atraviesa el zaguán, y sale a la calle.

En la ciudad, las caras rosa vivo, rojas, amarillentas, se destacan entre las otras, pálidas, ansiosas, o las oscuras, humildes, para las que la epidemia es una contrariedad más bajo el sol incomprensible, desdeñoso y ceniciento. En una esquina, un hombre, apoyado con una mano contra un muro de adobe, vomita en la vereda, arqueándose y sacudiendo la mano libre en dirección a nadie en particular, para indicar su sufrimiento. Otro, un poco más lejos, se asoma a una ventana, y Bianco advierte en su cara el color indefinido que asomaba en la de Garay López, cuando el rojo había desaparecido, y la fase amarilla no había comenzado todavía. Una mujer sale bruscamente de una casa, dando alaridos, y señalando a los transeúntes que se apuran el interior. Una familia carga apresuradamente cosas en su carro. En la vereda de enfrente, dos policías clausuran una puerta pegando en diagonal con engrudo una franja ancha de papel que cubre el picaporte y la cerradura. En una esquina, el médico, que está hablando con un oficial del ejército, lo reconoce y le hace una seña que Bianco interpreta como una exhortación a partir inmediatamente de la ciudad. Cuando empieza a dejar atrás el centro, Bianco le da al caballo dos o tres golpes de rienda para apurarlo, pero casi enseguida lo sofrena un poco para echar un vistazo sobre un hombre que agoniza al borde de un zanjón. «Sí, sí, trajo la epidemia», piensa Bianco, galopando nuevamente, «pero no por miedo, yo mismo veo a todos estos que se vuelven rojizos y amarillos a mi alrededor, y no tengo miedo; la trajo porque recibió la carta y quería ver el color del pelo de lo que va a salir de entre las piernas de Gina». Un orgullo incongruente, vagamente demencial, le hace fruncir las orejas y chispear los ojos cuando comprueba que aun si el universo entero se desplomara, y el sol, los árboles, la tierra, los hombres, parecen anunciar ya esa inminencia, si vacilara sobre sus goznes herrumbrados antes de estallar, él no modificaría su convicción, ni dejaría de vigilar el visteo engañoso que el todo adverso despliega ante sus ojos con el fin de distraerlo y extraviarlo en su selva pantanosa. Pero cuando llega a su casa, y ve a Gina sentada en el sillón, en la galería, el presentimiento de lo que hay enterrado en ella, fuera de su alcance, en el centro de un laberinto de experiencia, de sangre y de memoria, sin que tal vez ni siquiera Gina lo sepa, es él el que vacila, él el que podría desplomarse si esa cosa arcaica trasvasada en el cuerpo de Gina decidiera mandar, mortíferas, sus radiaciones.

Y se van a la llanura. Bianco insiste para que Gina lleve su sillón, el único en el que está realmente cómoda, de modo que cargan en un carro alimentos, frazadas, agua, cognac, y Gina, sentada en medio del carro en su sillón, lo tranquiliza cuando Bianco, a cada sacudida, reteniendo las riendas, se vuelve ansioso hacia ella para preguntarle si no se ha hecho mal, si está cómoda, si no quiere que paren un rato para descansar. Hasta la salida de la ciudad, deben seguir una caravana de carros, caballos,

caminantes que escapan de la epidemia, pero ya en las afueras, los grupos se dispersan en la llanura y se pierden en el horizonte exangüe y descolorido, confundándose poco a poco con el pasto beige y el cielo color ceniza. Súbitamente están solos en el campo, y el carro, tirado por cuatro bueyes, avanza tan despacio, a pesar de la pica insistente con que Bianco los acicatea, que se diría que, de un modo trabajoso y poco eficaz, alguien va tirando el paisaje entero hacia atrás, haciendo estremecerse a los bueyes y al carro a cada sacudida, igual que si estuviesen pegados a la alfombra beige que hace las veces de suelo, de modo que recién llegan al rancho al amanecer del día siguiente y como Gina ha dormido casi toda la noche a pesar de los bandazos, es Bianco el que, cuando baja del carro, ve todavía el cielo y el horizonte sacudirse ante sus ojos durante por lo menos un minuto como si todavía siguiera desplazándose. Pero descansan todo el día y toda la noche, y al día siguiente se despiertan los dos de humor excelente.

—Si nos quedamos demasiado, puede nacer aquí —dice Bianco, mientras desayunan.

—Qué importa —dice Gina—. Tenemos todo lo necesario.

—Y si hay una complicación —dice Bianco.

—Qué complicación. No va haber ninguna complicación —dice Gina.

—Pienso en Antonio. Pobre Antonio —dice Bianco.

Gina no responde, igual que si no hubiese oído. Bianco sale del rancho. En la llanura no se mueve nada, no se ve un pájaro, un animal, una nube, no sopla ninguna brisa, y el pasto beige que se apelmaza, de tan blando, bajo las botas de Bianco, no reluce en la luz irreal y cenicienta. «Estoy soñando», piensa Bianco. «Estoy sin duda en mi casa de París, durmiendo junto a una de mis queridas, después de un baile en la embajada, en el que abusé un poco del champagne probablemente, y me he puesto a soñar, con imágenes despedazadas e incoherentes, que tuve una escaramuza con los positivistas, que me fui a Normandía, a Sicilia, que me hice adjudicar unos terrenos en la llanura, en el fin del mundo, que conocí a un médico llamado Garay López, a una mujer que se llama Gina, que me casé con ella, que hay una fuerza adversa que por razones oscuras busca destruirme, que hay una epidemia en una ciudad y que ahora estoy en un espacio vacío, gris y beige, en el que ocurre nada, aparte del silencio propio de los sueños, del sueño de alguien que soy yo y que no sabe que está durmiendo en su cama, en un lugar que se llama París, que se llama mundo.» Pero la voz de Gina, viniendo desde el rancho, lo saca de su ensoñación.

Durante los primeros seis días no pasa nada, a no ser el sol gris que atraviesa lento el cielo gris, la ausencia de sonidos, de brisa, de algo vivo en la llanura, aparte de ellos dos que descansan, leen, esperan. Por fin, el séptimo día, el gris del cielo comienza a ennegrecerse, la bruma cenicienta a transformarse en nubes que parecen salir del suelo, en el horizonte, y que, brotando en perspectiva desde la línea en que

cielo y tierra se juntan, van ensanchándose y espesándose a medida que se alejan de ella, nubes densas con ribetes negruzcos, que, de tanto acumularse, forman un cielo bajo, un techo oscuro, en tanto que todo el círculo del horizonte titila de relámpagos, y una línea de truenos, igual que un galope remoto, viene aproximándose. Cerca de mediodía, la oscuridad es tan grande, que deben encender un farol en el rancho, como si fuese de noche, y cuando la lluvia empieza a caer, durante una hora más o menos, el aire se oscurece más todavía, y los relámpagos y los truenos se acumulan encima del rancho, asediándolo con resplandores verdosos intensos e intermitentes, y con vibraciones y temblores, hasta que, casi sin transición, y dando la impresión de que la tormenta hubiese escamoteado la tarde, llega la noche. La lluvia es tan abundante, tan continua, tan persistente, que únicamente la explosión de los truenos introduce alguna diversidad en el ruido monótono del agua, tan fuerte que deben hablarse a gritos y repetirse más de una vez las frases que intercambian para entenderlas. Bianco apenas si puede dormir, vigilando las goteras, las descargas eléctricas, los faroles, y echando miradas inquietas y frecuentes a Gina que, acostada boca arriba en el catre, ajena al tumulto de la tormenta, con los ojos cerrados, el vientre enorme que infla la frazada, respira apaciblemente. Y a la mañana siguiente, parado en la puerta del rancho, envuelto en un saco de lana, Bianco contempla la lluvia intensa que desde el mediodía de la víspera no ha dejado de caer un solo instante. Los relámpagos y los truenos se han hecho más discretos, más remotos, más espaciados. Una luz verdosa, que no es ni penumbra ni claridad, se extiende en pliegues cada vez más apelmazados a medida que se alejan en el espacio, y no hay cielo, ni tierra, ni horizontes, ni nada, únicamente ese medio verdoso y uniforme en el que el rancho parece flotar o estar depositado, igual que en el fondo de una pecera.

—Ahora sí llegó el otoño —murmura Bianco en italiano.

La lluvia se transforma poco a poco en llovizna, hasta que para por fin a la medianoche, y el viento, que empieza a limpiar el aire y el cielo, sopla fuerte durante la madrugada, hasta que al alba se detiene, de modo que, por entre las rendijas del rancho, al amanecer, Bianco ve colarse los primeros rayos rojizos del sol. Hace un poco de frío. A la hora del almuerzo, sacan la mesa afuera y comen al solcito.

—El frío va a acabar con la epidemia —dice Bianco.

—Ah, sí, la epidemia —dice Gina. Y deteniendo el tenedor a mitad de camino hacia la boca, alza un poco el mentón señalando un punto de la llanura a espaldas de Bianco, y dice—: Viene alguien.

Bianco se da la vuelta. Los siete u ocho jinetes están tan cerca, que se pregunta cómo Gina ha podido hacer para no verlos antes, a menos que, en lugar de venir del horizonte, hayan brotado súbitamente del punto de la tierra en el que ahora trotan hacia el rancho.

Bianco separa los faldones de su saco para que el revólver sea bien visible en la

cintura, aunque sabe que, por el trote tranquilo con que vienen aproximándose, no son indios. A medida que avanzan, creciendo de tamaño, los detalles de vestimenta, de altura, de color, se precisan poco a poco en el aire transparente, adelgazado por la lluvia, en la luz plena, un poco blanquecina, que destiñe también el cielo, la vasta superficie celeste en la que no se ve una sola nube. Y cuando ve que el jinete del medio, que cabalga un poco adelante, es más chico que los otros seis, tres de cada lado, que quizás sofrenan un poco sus caballos para que él sobresalga ligeramente del grupo, Bianco los reconoce: «Es el hermano. El incendiario. El que mató a su propia madre para hacerse un lugar en el mundo.»

—Es el hermano de Antonio —le dice a Gina en italiano.

Los jinetes llegan a unos metros del rancho, se detienen y Bianco se dirige a su encuentro.

—Si gustan —dice, señalando la mesa con un ademán vago.

—Ya comimos —dice el hermano. Arqueado sobre el caballo de tan flaco, pero tenso, musculoso, con cara de criatura todavía, apenas un poco menos roto que los gauchos tiesos, más corpulentos y más viejos que él, que degollarían un pueblo entero o se dejarían degollar si él se lo pidiera. El sombrero no alcanza a disimular unas manchas blancuzcas que bajan sin duda desde la coronilla hasta la parte superior de la frente, anormalmente despejada para su edad. La voz seca, un poco chillona, rápida, no ha expresado ni enemistad ni desdén, sino mera premura por abordar el tema que lo ha hecho desplazarse.

Bianco no deja de percibirlo.

—¿Qué lo trae por acá? —dice, sintiendo que después de semanas, de meses durante los cuales ha estado sepultado por capas densas y pegajosas de emociones desconocidas y temibles, su instinto pragmático, el costado derecho de su personalidad, esa facilidad casi indolente con que es capaz de reinar sobre todo lo que atañe a lo práctico, que íntimamente se dice despreciar, empieza a emerger otra vez, intacto y natural, igual que un gran artista que comenzara a dar sus primeras pinceladas seguras después de una larga enfermedad.

—He perdido a toda mi familia —dice el otro.

—Lo sabemos —dice Bianco—. Nuestro sentido pésame. Nosotros hemos perdido también a un amigo muy querido.

El hermano no dice nada.

—¿Por qué no desensilla? —dice Bianco—. Supongo que viene a hablarme de la sociedad que habíamos formado con su hermano. La muerte de su padre, sin duda, lo pone a usted en un dilema.

Una expresión de sorpresa aparece en la cara del hermano al advertir que Bianco ha adivinado con tanta facilidad el motivo de su visita.

—Desensille —dice Bianco—. Una copa de cognac nos va a aclarar las ideas.

Después de una vacilación brevísima, el hermano le pasa las riendas al gaucho que está a su lado y baja del caballo. Y es cuando pone los pies en el suelo y empieza a caminar hacia la mesa que parece reparar por primera vez en Gina, que, sentada en su sillón en la punta de la mesa, lo observa sin disimulo, pero también sin curiosidad, con esos ojos francos y directos en los que, en lugar de una emoción definida, flamean ondulaciones oscuras, insondables, venidas de pliegues ocultos y activos, que en un primer momento lo hacen desviar la mirada y después, a cada instante, levantarla con incomodidad y disimulo para tratar de encontrar otra vez, fugaz e infructuosamente, los ojos turbadores. Pero cuando llega junto a ella, y advierte el embarazo, el parto inminente, sus ojos se clavan en el vientre encastrado entre el sillón y el borde de la mesa con la misma ansiedad temerosa y preocupada con que un perro podría espiar el rebenque que lo amenaza. Cuando vuelve con la botella de cognac, Bianco sabe que lo tiene entre sus manos, que el animal salvaje capaz de salir de noche, para reivindicar la total soberanía de su deseo, a incendiar campos de trigo, acaba de entrar en un aura que lo neutraliza, lo desarma, afloja las paredes endurecidas en las gratas mohosas de su interior, y hace que se filtren a la luz del día, igual que vapores sulfurosos, lo que estaba enterrado en ellas bajo costras de desdén y de crueldad. No solamente, piensa Bianco, va aceptar ser mi socio, sino también mi primer cliente, y a partir de esta tarde, le enseñará a esos gauchos asesinos a fabricar ladrillos, y por primera vez en su vida será capaz de ver un poco más allá de su absurda fijación monomaniaca con el ganado, aceptando que los miles y miles de extranjeros que están llegando al país puedan sembrar un poco de trigo en el borde de sus campos, en sus propios campos si la ocasión se presenta; y en lugar de ir a quemar estúpidamente las cosechas, terminará por aprender que es mucho mejor comprarlas a bajo precio, acopiarlas en el puerto de la ciudad, y venderlas diez veces más caras en el mercado europeo. Y todo eso porque ha entrado en el círculo mágico, en el campo magnético, en el espacio hechizado en el que impera la fuerza, el magma, la promesa, la espiral sin nombre y sin finalidad, ni amiga ni enemiga, que, con igual indiferencia, nos trae a la luz del día o nos tritura y nos muele hasta confundirnos con el polvo helado de las estrellas.

—Como amigo, era mejor Antonio —dice Gina, cuando los jinetes empiezan a alejarse por la llanura— pero como socio, este parece más apropiado.

Bianco responde con un gruñido amable. El sol de otoño, benévolo, le entibia el cráneo a través de las masas abundantes y encrespadas de su pelo color ladrillo, y también entibia el cognac; un rayo de luz se quiebra en la superficie de la bebida, atraviesa el vidrio de la copa, y proyecta una mancha luminosa sobre la madera de la mesa.

—Te tengo reservada una sorpresa —dice Gina. Y metiendo la mano en el bolsillo de su vestido, saca las tres imágenes rectangulares, de bordes redondeados,

de color azul claro en los reversos idénticos, y los tres dibujos bien diferenciados en el anverso: la nuez, ovalada y dividida en dos partes iguales por dos paralelas verticales y muy juntas, marrón claro sobre fondo blanco, que contiene, en cada una de sus dos mitades, varias líneas curvas simétricas que representan las anfractuosidades, la banana bien amarilla que se imprime en diagonal sobre un fondo rosa, y el racimo de uvas que consiste en realidad en una serie de circulitos de un azul violáceo, formando en varias hileras irregulares de número decreciente un triángulo invertido, contra un fondo encarnado que le da al racimo somero una especie de relieve.

—¿Te parece que es el momento? —dice Bianco.

—Hace meses que no lo intentamos —dice Gina—. Ya es hora de empezar de nuevo.

—No sé si estoy en condiciones de concentrarme —dice Bianco.

—Probemos —dice Gina.

Sin apuro, por no decir sin convicción, sin ilusiones tal vez sobre la realidad de sus antiguos poderes, o quizás sobre su eficacia presente, sobre su pertinencia incluso, Bianco se levanta y se queda un momento indeciso, parado junto a la mesa, contemplando las tres imágenes que Gina tiene en la mano. Después de unos segundos, sin decir palabra, empieza a caminar despacio hacia el rancho. Cuando entra en él, enceguecido por la luz exterior, tiene que ir tanteando en la penumbra hasta encontrar el banco de madera en el que se dispone a sentarse para efectuar en las mejores condiciones posibles la concentración que le exige el ejercicio de transmisión telepática. Con los brazos extendidos, un poco inclinado para palpar la madera del banco en la penumbra que quiere disiparse, va luchando contra la esperanza, contra el deseo, contra la ilusión de que el resultado de la experiencia sea satisfactorio, ya que, para defenderse de la fuerza adversa, para escapar del aura, piensa que lo más prudente es no esperar nada, no desear nada, no dejarse arrastrar por el imán insidioso que hace de todo su ser una brizna de metal inerme desplazándose a toda velocidad, irresistiblemente, hacia lo desconocido. Pero cuando sus rodillas encuentran el borde del banco, eso mismo contra lo que quiere luchar lo hace olvidarse de sus propósitos. De modo que se sienta en el banco y, dispuesto a concentrarse, cierra los ojos y se inmoviliza.

Envío

LOS QUE MIRAN PERPLEJOS transcurrir sin razón aparente los días y las noches, los que arrastran consigo un peso grande desde el pasado, los que piensan que cada minuto es el último y que no estaban preparados para enfrentarse a tanta realidad, los que creen de sí mismos que son la mancha negra, la escoria del mundo, los que andan como perdidos en la costra indiferente de las mañanas, los que no tienen como herencia recibida y a legar más que la espera, los que se mueren de hambre, de frío, de tristeza, en los baldíos borrosos de los arrabales, los que han hecho de la noche su casa, del día su martirio, los que se saben fugitivos, frágiles, irreales, misteriosos, se arracimaban una tarde en la entrada del rancho de Waldo, en las afueras de la ciudad, esperando al Sargento, que estaba en el interior, y que les acababa de prometer que Waldo, apenas se levantara de la siesta, se dispondría a recibirlos. Con un paquete de caramelos que había comprado siguiendo los consejos de Bianco, el Calabrés circulaba entre ellos que, a decir verdad, formaban una pequeña muchedumbre. A muchos de los que esperaban, el Calabrés los conocía, porque era el tercer día consecutivo en que trataba de hacerse recibir por Waldo, sin resultado, ya que la afluencia de gente era tan grande, a causa de la epidemia quizás, que Waldo, aunque comenzaba a las ocho de la mañana y terminaba a las ocho de la noche, con un intervalo de dos horas para comer y dormir la siesta, no daba abasto para recibirlos a todos. Cansado de vagar por la llanura, por las ciudades, con ganas de volver a ver a su familia que había mandado de vuelta a Italia, sin saber si traerla de nuevo o volverse también él a su patria, pero indeciso, supersticioso, temeroso del futuro, acobardado por las adversidades, el Calabrés había decidido consultar a Waldo, de quien se decía que las profecías eran infalibles, para salir de su indeterminación y encarar con mayor certidumbre su futuro. Lo que Waldo le dijese, él lo haría. Pero ya hacía tres días que esperaba en el frente del rancho encalado con su paquete de caramelos y tres billetes en el bolsillo, que había separado del dinero que tenía ahorrado para el pasaje, sin obtener audiencia de Waldo. Por fin el Sargento apareció en la puerta, con la manga vacía de la camisa plegada y agarrada con un alfiler al hombro derecho, y alzando su única mano en la que sostenía un cigarro apagado entre el índice y el medio, anunció que Waldo se disponía a recibirlos, pero que, como había demasiada gente, en vez de consultas individuales él los haría entrar por grupos, para que nadie quedara sin entrar. La muchedumbre empezó a apretujarse alrededor de la entrada, mostrando sus regalos, sus billetes, y todos pretendían estar esperando desde hacía tres días, cinco días, una semana, de modo que el Calabrés, que era más bien pequeño de estatura pero morrudo y fuerte, empezó a dar codazos para tratar de entrar entre los primeros. A una mujer la sacaron desvanecida del tumulto, y filtrándose por entre los que le abrían paso para dejarla salir a respirar,

logró llegar a la puerta y entrar con el primer grupo, no sin que antes alguien, al que él había separado de un empujón, le diese un coscorrón en la nuca. El Sargento les daba un golpecito en el hombro con su única mano y los hacía entrar, diciéndoles que prepararan los regalos y los billetes. El Calabrés sacó sus tres billetes, los plegó a lo largo, y los mantuvo en el puño cerrado, haciéndolos sobresalir para que fueran bien visibles. Cuando los quince estuvieron adentro, quisieron apretujarse alrededor de Waldo, que estaba sentado en una silla de paja y que parecía indiferente al tumulto, pero su hermana mayor, la mujer del Sargento, los retenía y los empujaba hacia atrás para que guardaran cierta distancia. Después el Sargento cerró la puerta del rancho y vino a ayudar a su mujer a recoger los billetes y los regalos, mientras la Violadita, vestida de blanco, se inclinaba hacia Waldo y le decía algo al oído. Por fin se hizo un silencio largo, solemne, en el recinto, y Waldo, que sacudía despacio la cabeza y hacía chirriar la saliva con los dientes, empezó a emitir desde el fondo de la garganta un sonido rugoso, húmedo, incomprensible, que fue transformándose poco a poco en un dístico octosilábico, del que el Calabrés no sabía que era un dístico ni que era octosilábico, que repitió varias veces, cada vez más alto, pero con una pronunciación tan deformada por los dientes apretados y la saliva que chirriaba que el Calabrés, que era uno de los más alejados y que como había pasado sus siete años en la llanura en la compañía casi exclusiva de otros italianos, apenas si chapuceaba un poco el idioma del país, no logró entender lo que significaban. Las dos o tres palabras fragmentarias que llegaron a sus oídos no tenían para él más sentido que el sonido gutural y rugoso a partir del cual Waldo las había formado. Por fin, Waldo hizo silencio y quedó otra vez inmóvil, ausente, vuelto ligeramente en sentido contrario al punto de la pieza en el que estaban los que habían venido a consultarlo, y cuando el Calabrés esperaba que la profecía fuese formulada por segunda vez para ver si entendía algo, el Sargento y su mujer, con mucha cortesía pero con firmeza, los condujeron a la puerta. Así, el Calabrés, desorientado, se encontró unos segundos más tarde parado en el patio trasero, sin haber comprendido la profecía, sin saber por lo tanto, como antes de entrar, qué decisión tomar, y sin los billetes y sin los caramelos.

HIC INCIPIT PESTIS



Juan José Saer nació en Serodino, provincia de Santa Fe (Argentina), en 1937. Empezó a publicar poemas y cuentos en el periódico *El Litoral*, y su primer libro de relatos apareció en 1960. En 1962 fue designado profesor del Instituto de Cinematografía de la Universidad del Litoral. Desde 1968 reside en Francia, donde en la actualidad es profesor de Literatura en la Universidad de Haute Bretagne (Rennes). En 1988 obtuvo el Premio Nadal con su novela *La ocasión*, un libro —en palabras de la crítica— «hecho con los más genuinos materiales de la narrativa contemporánea y de los saberes y reflexiones que de ella se desprenden». Su obra comprende hasta la fecha dieciséis volúmenes de narrativa —mencionaremos las novelas *Cicatrices* (1969), *El limonero real* (1974), *Nadie nada nunca* (1980), *El entenado* (1983) y *Glosa* (1986)—, uno de poemas (*El arte de narrar*, 1977) y otro de ensayos (*Una literatura sin atributos*, publicado originalmente en francés).